



MARTÍ GIRONELL

Malavecina

DESTINO

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Nota del autor

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

Notas

Créditos

Malavecina

Martí Gironell

Traducción de Rosa María Prats de la Iglesia

Ediciones Destino

*Para quienes tengan ganas de descubrir que en
los jardines brota el diálogo entre naturaleza,
cultura y salud.*

Las maravillas de la creación consisten en la armonía de dos únicos principios diversamente combinados, a saber: la fuerza y la belleza.
Y las flores poseen ambos.

FLORENCIO JAZMÍN, *El lenguaje de las flores y el de las frutas, con algunos emblemas de las piedras y los colores*, 1882

Nota del autor

Hacía mucho tiempo que tenía en mente esta novela, y la he ido documentando y escribiendo durante años. Como todo relato histórico, y tal como decía Umberto Eco, la ficción que vais a leer quiere ser una buena herramienta para entender la realidad. Aun así, debéis tener en cuenta que, como autor, me tomo ciertas licencias literarias, tanto en los hechos como en los personajes, que pueden haber existido o no pero que forman parte de este juego. Un juego que, como en el lenguaje de las plantas y las flores, es ambiguo y verosímil, real y ficticio. Y os puede llevar a pensar si realmente pasó o no. Aquí subyace la magia del poder de las palabras en la literatura.

Peralada, 1847

—¡Joan, ve a buscar a la Malaveïna!¹ —gritó Agnès, su mujer, desde la habitación, donde también se encontraba Angeleta, la vieja matriarca de la familia de Can Quelic de Garriguella.

Alba estaba convencida de que el día que debía dar a luz morirían tanto ella como la criatura. No estaba asustada, no: estaba aterrorizada. Sabía que había habido mujeres mucho más fuertes que ella que no habían superado el parto y habían muerto, y otras que habían visto llegar a su hijo al mundo, pero no lo habían visto crecer. Hacía horas que había roto aguas y no había forma de que diera a luz. La acompañaban su madre y su abuela. Y, tras muchas horas, siguió los sabios consejos de su madrina, Angeleta, la única que contaba con experiencia ayudando a traer niños al mundo. Entre resoplidos y gritos de dolor, saltó de la cama de matrimonio de sus padres, se desnudó y se puso en pie, recta en un rincón limpio y bien iluminado de la alcoba. Alba abandonó la postura erguida en la que se encontraba al principio y, cuando la anciana partera se lo indicó, se puso en cuclillas, tal como lo hacía para evacuar. Agachada y encogida, con los talones rozando los glúteos, el hueso sacro basculaba hacia atrás mientras los músculos que ceñían su vagina se abrían y se dilataban. Tenía la sensación de estar desgarrándose viva. Intercambió una mirada de inquietud con su abuela mientras

profería gritos y resoplidos que le aceleraban la respiración. La angustiaba que la criatura no terminara de salir. Se resistía. No veía asomar nada, salvo sus propios excrementos mezclados con un fluido viscoso de un color pardo verduzco, el contenido del saco embrionario del que debía nacer su hijo. Y sangre. Mucha sangre. Fue toda aquella cantidad de sangre la que alertó a Angeleta y le hizo llamar a la Malaveïna.

—Rezad una novena. Procurad aplicaros la baba de una babosa sobre las verrugas durante nueve días, antes de ir a dormir y cuando os levantéis al romper el alba. Y podéis ir a recoger semillas de jengibre. Recoged una por cada verruga; si queréis que se os quiten, tenéis que ponerlas bajo la almohada y dormir sobre ellas durante ocho días. Pasado ese tiempo, las tiráis. Notaréis que, antes de una semana, las verrugas habrán desaparecido.

El hombre asintió, tomó la bolsita, le pagó y se marchó.

La Malaveïna era una mujer menuda y robusta que, al girarse, tapaba el sol. Miraba con unos ojos estremecedoramente azules, cautivadores, y a menudo perturbaba a quien osara sostenerle la mirada más tiempo del debido. Poseía una voz plena y unas manos surcadas por sabañones y arañazos, cicatrices que daban testimonio de su labor en el bosque, requisando de la madre naturaleza raíces, plantas y flores que poseían la prodigiosa virtud de sanar. Su cabellera lucía un gris perla singular; cuando el sol la alcanzaba, como por arte de magia, adquiría un tono suave y lustroso de blanco roto con un sutil fulgor iridiscente. Decían que rondaba el centenar de años, pero conservaba la vitalidad de una muchacha. Y todos narraban versiones distintas sobre su vida. Unos rumoreaban que había huido de un sanatorio de Barcelona donde recluían a los

endemoniados; otros sostenían que mantenía tratos con el diablo y que de ahí provenían sus poderes. E incluso había quienes aseguraban que su don nacía del hecho de haber sobrevivido a la caída de un rayo. En realidad, nadie sabía nada a ciencia cierta. Habladurías que la habían convertido en una mujer temida y respetada a partes iguales. Vivía en un caserón destartalado, a las afueras de Garriguella. Cada semana montaba su puesto en el mercado, con una hilera de hierbas y ungüentos dispuestos sobre el mostrador. Terminado el día ya no quedaba ni uno. Todos depositaban su fe en la eficacia de sus remedios; sus ungüentos eran respetados y temidos, y gozaban de gran demanda. Sin embargo, su figura despertaba el recelo de las autoridades, tanto eclesiásticas como civiles, quienes desaprobaban sus métodos y le atribuían vínculos con el demonio.

Pese a ello, en una ocasión, para doblegar el tifus que había postrado al jefe de los somatenes, sacrificó un gato negro, cercenó su cabeza y su rabo, lo desolló por la mitad y lo evisceró por completo. Preservó las entrañas en un tarro por si le hallaran utilidad en el futuro y aplicó el resto del animal sobre el cuerpo del enfermo. Dado que el remedio solo surtía efecto cuando el gato todavía estaba caliente, tuvo que sacrificar una docena. El caso es que, tras aquello, aquel hombre volvió a perseguir a los malhechores con más brío que nunca.

La fama de la Malaveïna y, sobre todo, de la eficacia de sus remedios había llegado a oídos del conde de Peralada, don Francesc Xavier de Rocabertí. El noble tenía la cara llena de verrugas, como si fuera la piel de una calabaza. Pero el de Rocabertí no se acercó al puesto de la hechicera para no ser reconocido. No quería que el pueblo supiera que el señor conde confiaba en los métodos de aquella a quien todos consideraban una bruja. Y por eso envió a un

criado con el objetivo de que la mujer le recetase uno de sus remedios para hacer desaparecer todos esos granos.

El conde había oído muchos rumores sobre las mujeres que traficaban con esas materias y con esos materiales, las llamaran brujas, hechiceras o curanderas. Pero lo que sobre todo se había extendido —favorecido por las malas lenguas— era la idea de que si aquellas mujeres acudían a reuniones clandestinas o con objetivos oscuros y poco claros, era porque se habían dejado enredar por el demonio. Y a pesar de que nadie podía demostrarlo, se decía que la Malaveïna había sido tentada por el Maligno. Corría el rumor de que, en general, la mujer era fácilmente influenciable por el demonio y sus malas artes. En realidad, sin embargo, el conde siempre había pensado que lo que arrastraba a aquellas mujeres hacia la brujería y la hechicería era el grado de libertad del que gozaban. En aquel contexto, se sentían superiores y disfrutaban por partida doble. Primero, porque tenían la posibilidad de hacer todo aquello que en la sociedad en la que vivían no podían hacer —esto incluía también liberarse sexualmente—, y, después, porque así tenían en sus manos un poder temporal que las hacía sentirse plenas, y no un mero objeto de intercambio.

—¡Vengo a buscaros de parte de Angeleta de Can Quelic!

Plantado ante el puesto de la Malaveïna, Joan, sudado y preocupado, restregaba nervioso entre sus manos la gorra, que se había quitado en presencia de aquella mujer a la que veneraba. La hechicera alzó las cejas mientras se guardaba el dinero del conde en un saquito que llevaba atado a la faja por encima de la falda de arpillera, larga hasta los pies, de donde, dependiendo del día, sobresalían las punteras de unos zuecos o de unas alpargatas de esparto de cintas.

—¿Qué le pasa?

—No, a ella nada... Es Alba, mi hija —susurró.

—¿Qué tiene?

—Lleva muchas horas de parto y la criatura no sale. Y nos da miedo perderlas a las dos.

—¿Es primeriza? —preguntó la mujer mientras se bajaba las mangas de la camisa negra, que llevaba remangadas.

—Sí.

La Malaveïna terminó de recoger botes, ungüentos, ramos y flores que tenía sobre la estrecha mesa de madera que servía para mostrar el género a los compradores y lo metió todo en un saco. Se lo echó a la espalda y salió zumbando hacia Can Quelic.

—¡Vámonos! ¡No podemos perder tiempo!

Dentro de la habitación de Can Quelic, la Malaveïna sacó un frasco con un líquido dorado.

—Siéntate en la cama. Bébetelo y dejarás de sangrar.

Alba miró de reojo a su madre y a su abuela, que asentían con la cabeza. La joven obedeció las órdenes de la vieja hechicera y se tragó un buen sorbo de jarabe de caléndula, que aliviaba los dolores de la menstruación y calmaba los espasmos uterinos y, sobre todo, reducía el sangrado excesivo. El brebaje incluía un poco de espino blanco, que hacía de relajante muscular y también actuaba contra los espasmos.

Esperaron un rato a que el brebaje surtiera efecto. La chica dejó de retorcerse de dolor y el malestar fue a menos. La poción había hecho efecto.

Cuando la curandera consideró que había pasado suficiente tiempo, le pidió que se tumbara. Le puso las manos sobre la barriga y empezó a presionar. Mientras la hechicera apretaba con las manos

para conducir aquella vida que se obstinaba en no querer salir del vientre materno, le pedía a Alba que empujara.

—¡Empuja, tienes que empujar mucho más fuerte! —exigía también Angeleta, sumándose a las órdenes de la Malaveïna. Actuaban coordinadas, como si fueran una sola mujer, aunque físicamente eran muy diferentes. La futura bisabuela era seca y larguirucha, con los ojos marrones y el pelo gris recogido en un moño. Angeleta era de las pocas personas, por no decir la única, que tenía una relación amistosa con la Malaveïna. Se entendían muy bien. Fue gracias a esa franqueza y esa confianza que se tenían la una a la otra por lo que la curandera acudió enseguida a Can Quelic.

—Ya lo hago, ya lo intento, pero... ¡no puedo! —gritaba Alba. Estaba exhausta.

Jadeando, buscó con la mirada a su madre, que intentaba transmitirle la serenidad y la confianza necesarias para encarar la recta final.

—¡Un último esfuerzo, hija, que ya está aquí! —susurró Agnès.

Alba asintió con la cabeza y sacó fuerzas de flaqueza para traer a su criatura al mundo. Las venas del cuello se le hinchaban y volvía a empujar y a soplar mientras se aferraba a unas cuerdas de cáñamo que había colgadas en la pared, donde se apoyaba para no perder el equilibrio y no desfallecer.

—¡Así! ¡Muy bien! Y ahora muévete como un péndulo sin dejar de empujar hacia abajo, como si fueras del vientre —le indicó Angeleta.

La chica hizo caso de las indicaciones de su abuela y repitió aquella acción pendular, y al poco notó un movimiento como cuando la fruta madura se desprende de la rama.

—¡Ya sale, ya sale! —oyó gritar a la Malaveïna—. ¡Venga, un último empujón! Tienes que ayudar, yo tiro del niño, pero tú tienes que empujar, ¡vamos!

Y tiraba de la criatura como los hombres que arrancaban la corteza de los alcornoques.

Alba miró hacia su entrepierna. Quería ver si intuía la cabecita, pero no pudo porque perdía el equilibrio. Entonces decidió volver a fijar la mirada en el cañizo que tenía sobre su cabeza, bajo el techo, acompañando el movimiento con un grito que le salió del fondo de las entrañas, justo del mismo lugar de donde salía su criatura, ayudada por las sabias manos de la Malaveïna.

Era una niña.

—Aurora... —susurró Alba con un hilo de voz al verle la cara.

Una cara luminosa, sonrosada como la luz que precede a la salida del sol. Y, de hecho, aquella criatura marcaría un nuevo principio, un comienzo. Estaba convencida de que era el preludio de una nueva vida.

Un chillido claro y agudo rompió el silencio que momentáneamente se había instalado en la habitación. El aire que empezaba a respirar la recién nacida le dolía en los pequeños pulmones y por eso se quejaba, unas quejas que quedaron ahogadas por los gritos de alegría y júbilo que se escucharon dentro y fuera de la estancia.

Con la criatura recién nacida, durante las primeras horas tras el parto, la Malaveïna hizo beber a la madre una infusión de santónico, una planta olorosa y amarga, de hojas pequeñas, grisáceas y con flores amarillas, que soltaba una sustancia blanca, cristalina, ligeramente amarga. La bebían las mujeres que acababan de dar a luz porque iba bien para estimular la subida de la leche, pero también para aliviar los dolores de las contracciones del útero, que volvía a recuperar su forma normal. Antes de la primera lactancia, sin embargo, y tras el trasiego del parto, era tradición que las personas que habían asistido al mismo salieran de la habitación para

que madre e hija pudieran estar en paz y disfrutar de unos minutos de intimidad y tranquilidad. Alba cogió a su bebé, la desenvolvió de las telas que la arropaban para que no pasara frío y se la puso encima.

El contacto entre las dos pieles desnudas sin ninguna interferencia provocó un tímido escalofrío en la pequeña, que desapareció enseguida. Reconoció la piel de su madre y, buscando su calor, se acurrucó y se acopló a ella.

Alba la observaba.

Estaba absorta en todos y cada uno de los movimientos que los pequeños músculos del bebé dibujaban en su carita y en todo el cuerpo, que todavía, de vez en cuando, tenía algún espasmo. La niña medio abrió los ojos, unos ojos diminutos y negros que con el tiempo se convertirían en verdes con motas doradas, como los de su madre.

Alba tenía la mirada centelleante, sus pupilas doradas brillaban más que nunca, de orgullo, de felicidad. Le sonrió y le acercó un dedo para acariciarle la barbilla. Fue en aquel instante cuando su hija le agarró el dedo con su manita, con una fuerza que no olvidaría jamás mientras viviera. Madre e hija se miraron fijamente. Y en la mirada de su pequeña, Alba vio la de Antoni.

Garriguella, un año antes

El olor del aire anunciaba que la uva ya estaba lista para recoger. Era un aroma afrutado y dulce, pegajoso y húmedo.

Alba, la hija de los masoveros que trabajaban las viñas que los condes de Peralada tenían en Garriguella, estaba nerviosa. Esperaba con ilusión aquella época del año y se levantaba muy temprano para estar lista. Se puso un vestido largo de algodón cómodo para trabajar y se hizo una coleta para que el pelo largo y negro no le molestara. Así todo el mundo podía ver sus ojos verdes con motas doradas y su sonrisa de satisfacción en aquella cara pequeña, redonda y pecosa cuando saludaba a los vendimiadores. Solía ponerse al frente de la cuadrilla porque tenía mucha destreza y encaraba las cepas con la podadera bien afilada. En la mano derecha llevaba una pequeña hoz curvada y con la izquierda agarraba los racimos con firmeza. Tal como le había enseñado su padre. Un corte preciso, seco, y el racimo caía al fondo del cesto hasta que este quedaba rebosante. Pero cuando cosechaba las uvas de las cepas nuevas el primer año que daban fruto, dejaba de cortar al menos un racimo para que así la cosecha del año siguiente fuera más abundante. Según le había contado su padre, esta creencia recordaba a un viejo culto a la madre tierra y representaba una ofrenda en su honor.

Vendimiaban de sol a sol y por las noches, a pesar de tener la espalda quebrada por la dura jornada de trabajo, todavía tenían ganas de cantar y bailar. Durante el día, las chicas del grupo se habían encargado de inflamar los ánimos de los vendimiadores con canciones y tonadas picantes y subidas de tono, y ahora se dejaban cortejar por los mozos que venían de los pueblos de los alrededores. Pero a Alba ya hacía tiempo que la rondaba Antoni, el hijo mayor de los condes. A sus padres no les hacía mucha gracia esta relación. Hubieran preferido que la heredera de la casa se encaprichase de algún joven de Figueres, de Vilamaniscle, de Rabós o de Llançà, pero...

Los viñedos de los condes ocupaban grandes parcelas y necesitaban muchas manos durante los meses de septiembre y octubre para realizar la vendimia. Era habitual que los señores de Peralada diesen permiso para contratar más personal, tanto vecinos como forasteros, para agilizar el trabajo. Convenía meter toda la uva en la bodega cuanto antes para evitar que un mal temporal arruinara la cosecha. El trasiego de la tierra al lagar era intenso, y los racimos sobresalían de las comportas, unos recipientes de madera con dos asas a cada lado que facilitaban el transporte de las uvas. El aroma del mosto prensado se esparcía por todos los rincones del pueblo, y el olor lo impregnaba todo. Aquella fragancia activaba en Alba todos los mecanismos internos que la incitaban a actuar, marcando uno de los momentos que ella consideraba más bonitos y mágicos del año.

La cháchara, los rumores, las melodías y las cantinelas disparatadas acompañaban a los grupos de vendimiadores que se dirigían hacia las viñas.

—«Hierve el serón de uva bien lleno, / llora la madera con el mosto novel, / ronda la pasa más de una abeja / que rodea y

corteja / el nuevo moscatel» —cantaba un chico.

—«Y tú, muchachita tan presumida, / fruta madura, espliego florido, / labios de mora, fina cintura, / color en la mejilla / y flores sobre el pecho» —gorjeaba otro.

—«Eres como el dedo de dama, granada y madura, / lo mejor de la viña para el vendimiador. / ¡Quién pudiera cogerte o hacer como la abeja, / buscar en tu boca la más rica ofrenda, / tenerte, / y ser en tu vida, / quien te bese mejor!» —concluía el jefe de grupo de los mozos.

Rita, un portento de mujer, alta y bien plantada, era prima y amiga de la heredera de Can Quelic desde que compartían pupitre en la escuela. La chica estaba risueña y excitada con aquellas palabras que le dirigía un mozo de Vilajuïga. De proporciones exageradas para unos, exuberantes para otros, Rita era una fuerza desbocada de la naturaleza; al ver a Alba trabajando, aunque con un semblante serio, como si estuviera preocupada, se acercó para hablar con ella:

—¿Qué te pasa, muchacha? —Puso los brazos en jarras mientras la miraba con una expresión divertida.

—Nada... —respondió Alba sin cambiar el gesto. Seria.

—A mí no me lo parece. ¿Qué más necesitas para ser feliz? ¡Tendremos una buena cosecha y tu pretendiente es el hijo de los amos! ¡Todo te sale bien!

Alba se sonrojó, avergonzada, y Rita consiguió arrancarle una tímida risa.

—Si lo supieran mis padres...

—¡Oh, tus padres tira que te va! Pero ¿y los suyos? ¿Qué harían los condes si supieran que su hijito corteja a la hija de los masoveros? ¡Dónde se ha visto algo así! Pero el amor, ya se sabe... —dijo risueña Rita.

—Precisamente este año ya podré pisar la uva —soltó Alba.

—¿Qué?! —exclamó, extrañada—. ¿Que podrás pisar uva? —Fruncía el ceño—. No tienes... ¿no tenías siempre el periodo para la vendimia? A ti y a mí la regla nos baja siempre por estas fechas...

Hizo una pausa mientras miraba a Alba.

—O es que... —Y se tapó la boca para reprimir un grito.

—No, no me ha bajado. He tenido dos faltas —confirmó con gesto grave.

Entre los vendimiadores existía la creencia de que la sangre mataba a la sangre. La superstición decía que la menstruación mataba al vino, la sangre de la tierra, y por tanto las mujeres fértiles y en edad de procrear no solo tenían vetado su consumo, sino que no podían participar en la elaboración y debían abstenerse de pisar la uva. Se consideraba un sacrilegio. Las mujeres enturbiaban el vino, decían.

—Quizá este año podré pisar uvas, ipero no podré beber ni una gota! —se lamentaba Alba, que enseguida lanzó una advertencia a Rita—: Y tú, todo lo que podrás catar será un vino pequeño, aguado, dulce o cocido. Ya sabes que mi padre siempre dice aquello de «Mujer borracha y vino en bodega, no puede ser». Y por eso no os deja beber vino puro a ninguna de las vendimiadoras, porque dice que luego hay demasiado desenfreno con los mozos.

—¡Siempre quedará la bota de la madrina! —le recordó Rita, con una sonrisa pícara.

Las bodegas algo importantes, con solera y tradición, solían tener una bota destinada al vino rancio, y solo se sacaba un poco en las grandes ocasiones. Solía ser la más vieja de la bodega, y se la conocía con el nombre de *la madrina*. Para vendimiar, se terminaba de llenar la madrina con la flor del vino nuevo, que, por efecto de la mezcla, del tartrato y de la madera de la misma bota, muy pronto se

volvía también rancio. Tradicionalmente, la madrina estaba al fondo de la bodega, junto al ángulo que formaba el rincón, y era la última bota de la estiba.

—¡Aunque a mí me gustan los vinos fuertes y ásperos, que se agarran a la garganta como un gato loco! —le reconoció Rita.

—¡Tú sí que estás hecha una pilla! ¡Ya he visto, ya, cómo os mirabais ese chico y tú! ¿De dónde es? —preguntó Alba.

—¡Sííí! —Los ojos de Rita brillaban—. ¿Lo has visto? ¡De Vilajuïga, es un pedazo de hombre! ¡Es guapo, ¿eh?!

Pero Alba ya tenía la cabeza en otra parte. En un rincón de su memoria donde guardaba uno de los episodios más bonitos de su vida.

Era un día que había ido hasta la barraca que tenían junto a las viñas, un cobertizo con paredes de piedra y un tejado hecho de cañas y paja. Aquella cabaña les servía tanto de refugio como de almacén para guardar las diferentes herramientas que necesitaban para trabajar y así no tener que volver a la masía a buscarlas.

Alba estaba rodeada de legones, un par de azadas, una hoz, una navaja, una pala, un pico para desarraigar y tijeras de podar, entre otros aperos. Salió de la barraca con una aceitera. Cuando llegó cerca de las viñas, dio un trago al líquido de aquel recipiente de metal por el pitorro grande y lo escupió para rociar todas las parras y los racimos. Era un sistema antiquísimo que se utilizaba desde tiempos remotos para evitar que se acercaran avispa y abejas. A lo largo del año, también utilizaba otras técnicas poco ortodoxas, con resultados desiguales. Por ejemplo, esparcir ceniza con aceite sobre los troncos para que, al podarlos, la ceniza que caía en los ojos de las cepas las protegiera de la helada. Y, en pleno invierno, para

prevenir más heladas, también cogía estiércol seco y lo depositaba en diferentes puntos de la viña. Según de dónde soplara el viento y dónde viera que iba a caer la helada, quemaba el estiércol para que el humo resultante la fuera dispersando.

Al regresar a la masía, los pómulos de Alba, ligeramente salpicados por unas pecas deliciosas, habían adquirido una rojez que se tornaba rosa pálido en las mejillas, fruto seguramente del esfuerzo de las últimas horas en las viñas. Aquel rubor, sin embargo, también era señal de vergüenza, confusión y excitación, porque vio que Antoni, el hijo mayor de los condes, se dirigía a grandes zancadas hacia ella. Alto y bien plantado, tenía un rostro noble de frente amplia, nariz recta y barbilla cuadrada y belicosa, que le endurecía los rasgos, pero unos ojos vivos y redondos y un cabello alborotado que le daban un aire despistado.

—¿Quieres un trago de agua? La del botijo está fresca —le ofreció, señalándole uno pequeñito que siempre tenía a mano para cuando volvía del campo.

—Oh, sí, gracias —respondió Alba con un hilo de voz tras soltar un bufido que le hizo ondear un rizo.

La chica agarró el recipiente de barro por el asa, lo alzó para beber a chorro y miró fijamente el pitorro, por donde salió un hilo impetuoso que primero le mojó la nariz —lo que le hizo lanzar un grito y una risotada—, después los labios y, finalmente, le llenó toda la boca.

Acto seguido, Alba hundió el brazo entre los sarmientos, las ramas largas y delgadas de las cepas, palpó el zarcillo y arrancó un pámpano junto con una lozana hoja de vid. Encima extendió un racimo con una multitud de bayas jugosas, uvas de pulpa dulce y piel amarillenta, y se los ofreció como si se tratara de un don, de

una ofrenda a una divinidad. No en vano, Antoni la veía como una diosa.

—¡Parecen perlas! —se maravilló él.

—Sí, es una variedad de cepa blanca que se llama macabeo —apuntó Alba mientras acariciaba con suavidad el racimo de uvas, compacto y grande—. El grano es redondo y muy dulce, ¿lo ves? Es dorado tirando a blanco. —Antoni asintió—. Y tiene la piel muy fina. Brota lentamente, es resistente a las heladas y a las sequías, pero sensible a las plagas.

Al verlo interesado, Alba continuó:

—Pero hay otras que tienen otra tonalidad más rojiza, casi negra. La garnacha negra da unas uvas dulces, jugosas y con la piel de color morado.

—Vinos tintos, blancos... ¡Debe de haber muchos tipos de uvas! ¡Qué trabajo!

—Sí, estamos entretenidos, aunque cuando tenemos más trabajo es en otoño, pues tenemos que vendimiar y después empezar el proceso de producción del vino. Pero antes de hacer el vino tenemos que arar la tierra, abonarla y podar las cepas para que no tengan ni enfermedades ni animalitos que estropeen la planta y el fruto.

El chico asentía con unos ojos vivos, abiertos, atento a los comentarios que ella le hacía.

—La clave para un buen vino es la uva. Si la tienes, tienes buen vino garantizado durante décadas. Nuestra uva hace vino tinto, pero tenemos una muy especial que es la que te he enseñado, que se llama macabeo o garnacha blanca y que guardamos en barriles pequeños para ocasiones especiales; ¿la quieres probar?

—Claro, me gustaría mucho.

Llegaron a la bodega y Alba le sirvió de una bota pequeña donde no cabían más de treinta litros. Le acercó un vaso y se puso otro

para ella. Los chocaron y se los tomaron de un trago.

—¿Qué notas?

Antoni se lo había tragado y no lo había podido saborear.

—No lo sé, me lo he bebido todo —reconoció con una sonrisa, tapándose la boca como quien admite una travesura.

—Da otro sorbo, pero esta vez, antes de tragártelo, mantenlo y deja que llene todos los rincones de la boca.

El chico le acercó el vaso para que le sirviera más.

—Está muy fresco.

—¿Y no notas nada más?

Dio otro trago.

—No, no sabría decirte qué sabores encuentro... Quizá si me echas un chorrillo más —dijo sonriendo, y le acercó el vaso para que vertiera el líquido en él.

—Un poco más y basta, que si no, se te subirá a la cabeza —le concedió Alba.

—Ya estoy algo aturdido —reconoció él. Cerró los ojos, se pasó la lengua por los labios y abrió la boca para emitir su veredicto—: Creo que tiene... tiene sabor a fruta —dictaminó con seguridad.

—¡Exactoooo! Es un vino blanco con sabor a fruta, con un aroma fresco y con mucha personalidad...

Y Alba se dispuso a explayarse.

—Estos días que hay luna ascendente y creciente mi padre y yo hemos decidido injertar para poder tener otro tipo de uva. Así, si tenemos más oferta, podremos vender con más garantías en el mercado y en las ferias donde llevamos el vino.

—¿Y cómo haces eso de injertar?

—Es muy sencillo. Mira —le explicó mientras salía de nuevo a la era—, se trata de hacer un corte en una rama de la planta ya arraigada e introducir un tronco o una rama de otra cepa, de modo

que se establezca una unión permanente que dé un fruto diferente, pero con características de uno y de otro.

—Es una acción muy sexual, ¿verdad?

—Sí —reconoció Alba notando un calor en las mejillas, no sabía si por el vino o por el tono que estaba tomando la conversación.

—No tienes por qué avergonzarte, mujer. —Antoni había advertido la turbación en el rostro de Alba—. De hecho, no deja de ser una acción reproductiva para obtener un fruto, más o menos como en las uniones entre un macho y una hembra, en las que también hay que poner mucho amor —insistió, y arrancó una sonrisa cómplice de Alba.

—Este es un oficio donde hace falta mucho sentido común y mucho respeto por la tierra; se la tiene que tratar como a un ser vivo, como si fuera una persona. Por tanto, hay que ponerle mucho amor: tienes que amarla, cuidarla, escucharla, saber interpretarla en cada momento, porque va cambiando y cada año es diferente.

Antoni la escuchaba con una sonrisa permanente estampada en los labios, por donde se entreveían los dientes, muy blancos, con los que se mordía los nudillos. Se imaginaba en los brazos de Alba recibiendo esas atenciones y siendo mimado por sus manos rugosas, llenas de asperezas, pero generadoras de placer y de sensaciones suaves.

—¿Y qué necesita la viña para dar buen vino? —consiguió preguntar.

—Un suelo bien pobre —contestó ella.

—¿Qué quieres decir? ¿Que estas tierras de mis padres... no son buenas?

—¡Sí, sí que lo son! Pero, según la creencia campesina, cuando... —y se agachó para coger un puñado de aquella tierra, y la iba deshaciendo entre los dedos mientras hablaba— cuando la tierra es

rica y fértil se plantan verduras. Cuando no lo es tanto, si la calidad sigue siendo baja, se siembran trigo o ajos. Pero cuando el suelo parece que no tiene nada que dar, entonces es cuando se dedica al cultivo legendario, ancestral por excelencia y más complejo. Ahora bien, también es el que da más alegrías desde hace miles de años. Plantar viñas en una huerta muy fértil te dará muchas uvas, aunque no servirán para hacer buen vino.

Antoni la escuchaba embelesado, pasándose la lengua por los labios de vez en cuando.

—El vino se hace en la viña y no en la bodega —le aseguró—. En la bodega reposa una barrica que hay que llenar de un líquido que ya debe tener calidad, personalidad y diferencia. Cuando esté listo el nuevo vino, ya lo probaremos.

—De acuerdo —concedió Antoni.

Los dos jóvenes continuaron paseando por los viñedos junto a los bosques que rodeaban las cepas. Alba miró aquella frondosidad y le dijo:

—¿Me acompañas a recoger moras?

Antoni asintió con un movimiento de cabeza.

—Conozco un rincón del Bosque del Conde... —apuntó ella sonriendo.

El chico levantó las cejas en señal de sorpresa.

—Sí, sí..., allí crecen unas zarzas que dan las más sabrosas. Y aunque sean de vuestra propiedad, idudo que hayas probado nunca nada tan bueno! —sentenció.

Las habían descubierto Rita y ella el año anterior y, desde entonces, iban a menudo.

—¡Vamos! ¡No me lo perdería por nada del mundo!

La chica se adelantó para enseñarle el camino y Antoni observó cómo caminaba con aquel aire suyo de autoridad enérgica que, sin

embargo, no provocaba rechazo en sus interlocutores; al contrario: cuando le veían los ojos verdes salpicados de oro, no podían evitar sentir una cierta atracción. Alba era de constitución sencilla, bien proporcionada, bonita, ingeniosa y decidida.

En los prados, las delicadas florecillas amarillas del diente de león formaban alfombras de un color llamativo. Se mantenían abiertas mientras brillaba el sol y se cerraban de noche o con la lluvia; de ahí el nombre de *apagaluces* por el que también se las conocía. Cuando maduraban, las flores se convertían en pequeños globos sedosos que a los niños les gustaba soplar para ver cómo el ligero plumón que esparcían las semillas huía por el aire, llevado por el viento.

—¡Me encantan los apagaluces! —exclamó Alba.

—¿Pero no se llamaban dientes de león?

—¡Sí, también! Porque sus hojas recortadas parecen dientes de sierra grandes, como si fueran los del rey de la selva. ¿Sabes que hay muchas supersticiones sobre el diente de león?

—¿Ah, sí?

—Por ejemplo, que un deseo se hace realidad si consigues hacer volar toda la flor de un soplo.

—Humm... Muy interesante —dijo, pícaro, Antoni.

—Dicen que tiene un significado de presagio, de augurio. Y por eso hay personas que creen que, si después de soplar queda alguna parte del plumón enganchada, eso profetiza los hijos que tendrás.

Antoni se acercó al borde del camino. Arrancó un diente de león por el tallo y se lo acercó a la cara, a la altura de la boca. Tomó aire y lo expulsó en un soplo sostenido; los pelos del vilano se desprendieron de la flor y revolotearon a su aire. Todos salvo uno. La pareja se miró y se dedicó una sonrisa cómplice, porque ambos sabían qué significaba aquello. Y por su cabeza rondaba una

pregunta que no osaron formular en voz alta, aunque sí en su interior.

«¿Se cumplirá? ¿Tendremos un hijo?»

El sol picaba, pero no quemaba. Era un día suave. No se movía ni una brizna de hierba, y por eso la temperatura cambió en cuanto se adentraron en el bosque, un jardín silvestre que crecía imponente al borde de las viñas y cuya extensión era considerable; la densa masa boscosa llegaba hasta los dominios del castillo donde vivían Antoni y su familia.

Allí, bajo la sombra de las copas de los árboles, hacía fresco, y el chico pudo ver cómo a Alba se le ponía la piel de gallina. Solo fue un estremecimiento, un escalofrío al notar el cambio de temperatura gracias a la sombra que les regalaban los árboles.

—Es agradable —dijo Alba mientras se le abrazaba.

—Sí —asintió Antoni señalándole la piel—, pero ¿estás segura de que no tienes frío? —Iba con un vestido blanco de algodón y nada más.

—No... —respondió ella con una sonrisa nerviosa.

Caminaban muy cerca el uno del otro; querían que aquel paseo no terminara nunca, deseaban que las zarzas estuvieran muy lejos, tardar mucho en encontrar las moras.

—Te agradezco que intercedieras en la pelea, a pesar de la oposición de tu padre.

Antoni se refería a la discusión que tuvieron él y un chico que había venido a Garriguella a vendimiar. La disputa, que estuvo a punto de llegar a las manos, la detuvo Alba.

—Es lo que tenía que hacer como jefe de grupo.

El chico vendimiaba con ella y estaba bajo las órdenes de Alba, y por tanto le correspondía a la joven dirimir la cuestión. No lo expulsó, como le pedía su padre, y justificó la decisión porque iban

justos de tiempo y de personal, y no se podía permitir prescindir de nadie. Todas las manos eran necesarias. No se lo dijo, pero Alba también había optado por aquella solución para que nadie pudiera recriminarle que favorecía al hijo del conde.

—Sin embargo, te atreviste a desobedecer su autoridad.

—Lo respeto a él y a su trabajo, y le quiero —hizo otra pausa, le miró a los ojos y se le acercó. Le tomó las manos y le dijo—: Pero también te quiero a ti. No te podía dejar ahí en el patio y que te golpearan. No lo habría soportado.

A Antoni le subió un sofoco a la cara y no se le ocurrió nada mejor que soltarse de las manos y rodearla con los brazos. Sin decir nada, la estrechó con fuerza contra su pecho y notó que sus corazones latían al mismo ritmo. Se miraron y, poco a poco, sus labios se acercaron hasta encontrarse.

Sus lenguas se acariciaron antes de iniciar un dulce combate. Habían caído de rodillas sobre la hierba y se quitaban la ropa sin separarse el uno del otro. Se soltaron un instante. Ella sonreía. Se quitó el vestido, y la imagen de su cuerpo desnudo inflamó a Antoni, que se desprendió de la camisa y los calzoncillos de un tirón y la recorrió de arriba abajo con ansia: desde la base del cuello, tensa, pasando por los pechos carnosos, el vientre plano y los muslos fuertes, hasta llegar al centro de su universo, que pronto hizo suyo.

Se detuvo para conocer el secreto y le gustó lo que vio, el olor que desprendía. No sabía si tenía permiso, pero avanzó con toda la ternura de la que fue capaz mientras ella soltaba un gemido largo y contenido de bienvenida. Perdieron el mundo de vista.

Pero para que eso no ocurriera, mantenían los ojos bien abiertos para no perderse ningún detalle el uno del otro. Les brillaban los ojos, y la piel también, aunque por el esfuerzo de embestirse mutuamente.

Sus ríos se desbordaron en el mismo instante en que cayeron el uno al lado del otro.

Resollaban y jadeaban.

Alba le mordió la oreja y le susurró un «te quiero» que le hizo estremecerse...

—¡Alba!

El grito de Rita la hizo volver al presente. Y aquella imagen idílica de ellos dos amándose se disipó.

—Espabila, que todavía tenemos mucho trabajo por hacer —le recordó su amiga—. ¡El fruto de la viña no espera!

3

Se acercaba la festividad de San Miguel, el día que empezaba la vendimia en todo el Empordà, y en Can Quelic el ajetreo y el movimiento ya se notaban desde la víspera.

Ya habían llegado los boteros de Marcial de Figueres, un grupo de mozos que cargaban sus herramientas, pero que en el morral también llevaban otras intenciones, como la de encontrar a una joven para cortejarla y casarse con ella; bastante habían repasado de arriba abajo a las chicas de las cuadrillas de recolectores que desfilaban hacia las viñas. En el patio y en los bajos de la casa se oía mañana y tarde el estruendo que armaban los toneleros con las mazas para enderezar los aros de hierro de las barricas; también ataban los mimbres a los capazos.

El día anterior, Agnès y un grupo de mujeres barrían y quitaban las telarañas de la cuba de azulejos de Valencia que debía contener miles de litros de vino, la fregaban y la dejaban limpia como una patena. Tanto relucía que se podían incluso reflejar en ella. La abuela Angeleta sacó de la cómoda manteles y servilletas blancas y cubiertos de boj de Tortellà, tan brillantes que parecían barnizados.

Y con la ayuda de los pequeños, capitaneados por el de la casa, Marçal, empezaron a poner la mesa, a traer los cántaros con agua y a llenar los porrones.

Por San Miguel, en Can Quelic se preparaba un homenaje al santo patrón de los viticultores, que consistía en una buena comida y

bailes en la era para todo el mundo. Pero primero había que trabajar duro.

De buena mañana, se reunían en la masía toneleros, arrieros, carreteros, vendimiadores, prensadores y cuadrillas de jóvenes recolectores de los pueblos de los alrededores. Por parejas y a las órdenes de los jefes de grupo, con los legones y las hoces bien afiladas, llenaban los cestos. Cuando estaban llenos, los llevaban a la portadera, donde las prensaban con el pisón para que cupiera más cantidad. Una vez que las portaderas rebosaban, colmadas de uva, se acercaban al carro con las barras de transporte y las subían agarrándolas por las asas entre dos compañeros. Antes de almorzar, a las nueve y media en punto, todas las portaderas estaban ya bien llenas y cargadas en el carro.

Entonces llegaba el turno de disfrutar de un buen pan con tomate, arenque salado, cebolla y aceitunas. De postre, uva bien fresca e higos era lo que solían comer, antes de retomar la faena hasta la hora de comer. Gracias a las canciones, ya fueran tradicionales, nostálgicas o pícaras, la jornada se les hacía más llevadera.

Al anochecer, cuando los carros llegaban a la masía, volcaban los esportones en la tina situada sobre el lagar y los hombres se preparaban, por parejas, para pisar la uva. Antes, sin embargo, la abuela Angeleta se encargaba de encender una vela. No quería más desgracias. Ver la llama evitaba a los vendimiadores morir por asfixia; por el tufo del vino, como lo llamaban, que en realidad eran los gases de los efluvios de la fermentación de la uva. Cuando el azúcar del mosto se convertía en alcohol, liberaba una gran cantidad de dióxido de carbono, y sin una buena ventilación existía el peligro de inhalar este gas y morir por falta de aire.

Dos o tres hombres, con las perneras de los pantalones remangadas y una mano agarrada a una cuerda que colgaba del

techo para no resbalar y caer en la cisterna de la primera fermentación, hacían el paso de la oca sobre los racimos, que dejaban de serlo para convertirse en mosto, siempre bien sujetos para evitar la dulce muerte a causa del tufo del vino. Los niños tenían prohibido acercarse a la puerta de aquel lugar, porque desprendía un olor tan especial y único que, si lo aspiraban demasiado, existía el peligro de aturdirse hasta perder el mundo de vista para siempre. Eso había pasado solo una vez, hacía muchos años. Y después de la tragedia que se había vivido en Can Quelic, se abrieron unos respiraderos, unos agujeros en el techo que desembocaban en unas chimeneas exteriores para expulsar el gas.

Después de vendimiar, los jornaleros esperaban con deleite la hora de sentarse a la mesa. Y, sobre todo, la fiesta de después. Todos se engalanaban para la ocasión. Alba y Rita también se acicalaban para estar espléndidas. Todo eran risas y festejos, que se desarrollaban según unos códigos preestablecidos, un sistema de signos y reglas fuera de lo convencional que servían para transmutar el significado de un mensaje en otro con el objetivo que el interesado quería transmitir o interpretar. Generalmente, las chicas llevaban un ramito en el pecho y los chicos un clavel en el pliegue de la barretina. No obstante, había alguna chica, como Rita, que lucía un aciano. Lo llevaba sobre el corazón, y quería decir que buscaba amor. Que estaba disponible para que la cortejasen y pidiesen en matrimonio. La joven se apresuró a poner un aciano en el bolsillo de aquel joven de Vilajuïga que se la había comido con los ojos mientras iba hacia la viña. Si la flor vivía, era señal de que debía casarse con él, pero si moría quería decir que tendría que buscarse a otro chico. Alba, en cambio, llevaba el aciano en el pelo, y aquello implicaba precaución. Era una advertencia a todos para que tuvieran medida, sensatez y tacto, porque sus flores las vigilaba otro jardinero. El lenguaje de las

flores era otra manera de comunicarse que tanto jóvenes como mayores habían aprendido de generación en generación. Fue la abuela Angeleta quien enseñó a Alba a leer las flores y las plantas. Siempre le decía que eran portadoras de felicidad y que podían curar el cuerpo y el alma. Y ella no lo comentaba, pero Alba bien sabía que la abuela no había encontrado la que pudiera curar la suya, su alma. Cuando llegaba la vendimia, la abuela Angeleta estaba turbada, sobre todo cuando se acercaba el final y el olor afrutado y dulce del mosto nuevo daba paso a aquel hedor penetrante de la uva que fermenta. Entonces, sentada en una silla de enea, ajena a todo el ajetreo que había en Can Quelic y sugestionada por aquel aroma, recordaba la tarde en que perdió a su hijo por culpa del aguardiente.

Ese día había tenido tanto trabajo que ni ella ni nadie había pensado en comprar velas para que estuvieran listas cuando tuvieran que pisar la uva y garantizar con la llama encendida que el ambiente era respirable. Las habían gastado todas. El trajín de toda la jornada yendo arriba y abajo de la viña a la masía y de la masía al lagar había hecho que no se prestara atención a los niños, más allá de tenerlos controlados cuando entraban los carros cargados para que las mulas no pudieran pisar a los pequeños con sus cascos. Había sido una buena añada y se preveía una excelente producción. La uva que se había cosechado ya estaba lista para pisar, y el aroma era penetrante, atrayente, vivo y cautivador. Igual que la miel atrae a las moscas, el olor había atraído a los niños, que eran muy golosos. Y tenían un demonio en cada oreja.

El hijo de Angeleta, Ramonet, le había dicho a su primo, Siset, que lo siguiera, que harían lo que hacían los mayores. Y entraron en el lagar, impregnado de aquel fuerte olor. Se cogieron por los brazos, tal como habían visto hacer a los hombres, y empezaron a pisar

uvas. Entusiasmados y animados, al cabo de unos instantes no notaron que las piernas les flaqueaban y, en un abrir y cerrar de ojos, se doblaron como un junco y quedaron tendidos el uno al lado del otro, sin sentido, como si durmieran sobre una cama de uvas a medio pisar. De la tina situada encima del lagar cayó una nueva y abundante lluvia de uvas que los sepultó. Cuando al final de la jornada una pareja de vendimiadores llegó con la intención de empezar a pisar uvas, notaron un estorbo bajo sus pies que no les permitía presionar con la fuerza que necesitaban. El espanto al descubrir los cuerpos de los dos pequeños sin vida dejó a todos muy conmocionados.

—¡Maldito tufo del vino! La nariz me dice que, a menudo, no prestamos a los olores la atención que se merecen. —Angeleta se lamentaba en voz alta, mientras su cabeza regresaba de aquel doloroso viaje al pasado.

El olfato es uno de los sentidos que, sin darnos cuenta, más nos condiciona. Incluso más que el gusto, la vista o el tacto. Angeleta siempre decía que, si te habías pasado todo el día oliendo un olor desagradable, un hedor, terminarías la jornada de mal humor. Y que, en cambio, si te paseabas por el bosque y te llenabas los pulmones de su aroma, te tranquilizaba y te dejaba el estado de ánimo en paz.

Los olores son evocadores de recuerdos, de buenos y malos momentos. Entran por la nariz y suben directamente al cajón de la memoria y las emociones. Angeleta lo experimentaba a menudo. No le hacía falta pasearse por delante de la tina para tener presente a su hijo, pero aquel olor del mosto fermentado era tan potente y sugerente que la empujaba cada año a buscar su presencia.

Peralada, 1847

—... ¡¿Y bien?!

Antòniu Tomàs, el administrador del conde, se disponía a responder a lo que le preguntaba el hijo mayor de su amo. Bajo la calva y la amplia frente, su cerebro trabajaba para contestar de manera adecuada, con sus pequeños ojos centelleando tras las gafas redondas. Leal y protector como era, Tomàs se debatía consigo mismo para dar una respuesta beneficiosa tanto para el señor conde como para su hijo.

—No sé si acertaré, pues lo que me pides cuestiona una determinada forma de pensar y de manifestarse desde que el mundo es mundo. Es inevitable que los padres sufran, se alegren, desapruében o, como mínimo, supervisen las amistades y compañías de sus hijos. Las clases sociales y la permisividad de los progenitores son una de las notables barreras que los familiares suelen colocar para evitar relaciones no deseadas. Estoy hablando del eterno vínculo entre los privilegiados y el pueblo llano. Esta es la gran mentira de la Humanidad, Antoni. Tus padres saben qué te conviene. Hazles caso. Eres muy joven y tus padres tienen otros planes para ti. Piensa que a la larga serás el conde de Peralada, y que el linaje de los Rocabertí...

—... ¿y qué? ¿De qué me servirá tener un título, posición social, posesiones, si no puedo tener a mi lado a la mujer que amo? Porque

yo quiero a Alba. ¡Y si me envían a París no la veré nunca más!

—Mucho me temo que mis argumentos no son de tu agrado y que querías escuchar otros, pero, desgraciadamente para ti, es así. Esa es la voluntad de tus padres y debes obedecerles —insistía Tomàs—. Además, piensa que el hecho de no verla ni quedar con ella te ayudará, y así quizá dejarás de quererla —le aconsejaba, porque lo apreciaba y no quería verle sufrir.

—¿Que no la vea?, ¿que no quede con ella?, ¿que no piense en ella? —Antoni de Rocabertí interrogaba al administrador condal sin miramientos—. ¿Es que no tenéis memoria? Cuando erais joven, Antòniu, ¿no habíais sentido lo que yo siento? Me pedís un imposible: aunque no me quede, aunque no la vea, la amaré. No hay nada que hacer. Es como un hechizo, como un encantamiento.

Resignado y triste, el hijo mayor de los condes dirigió sus pasos hacia su habitación, con el corazón dividido. En Peralada se preparaban dos grandes acontecimientos de signo muy distinto: uno, la boda de su hermana, Joana Adelaida, la única hija de los condes; el otro, la despedida forzosa de Antoni hacia Francia. Y él, por una parte, estaba contento por su hermana; por la otra, sin embargo, estaba dolido por las diferencias que establecían sus padres, porque a ella la dejaban casarse con el hombre al que amaba y a él no. A ella la bendecían ante todos con una celebración y a él lo maldecían con un exilio dorado. Pura injusticia. No sirvió de nada intentar hablar con su padre para hacerle cambiar de opinión: la decisión estaba tomada. Ya se lo había advertido Antòniu Tomàs, quien lo había preparado para el golpe.

A pesar de su estado de ánimo, decidió pasar por la habitación de su hermana para despedirse y desearle suerte.

—Hermana, espero que seas muy feliz con Gabriel. Te lo deseo hoy porque mañana al alba me marchó hacia París —le dijo Antoni

una vez dentro de la estancia.

Joana Adelaida estaba de pie ante la cama, contemplando el vestido, el velo, el abanico y el pañuelo que luciría al día siguiente para casarse.

—Lamentaré mucho que no estés mañana, pero tengo que confesarte que creo que nuestros padres hacen lo mejor para ti.

—Joana... —dijo él, visiblemente decepcionado.

—Sí, ya lo sé, quieres mucho a esa chica, pero... —y se detuvo para intentar encontrar las palabras adecuadas que no hirieran a su hermano mientras le cogía las manos— estoy convencida de que te mereces a otra persona más adecuada para ti.

—No quiero a nadie más, Joana. La quiero a ella. Quiero a Alba, y nos merecemos tenernos el uno al otro. Como tú y Gabriel.

—No compares nuestra situación con la vuestra —contestó ella algo tensa—. Hemos llegado al punto final de un noviazgo y de un compromiso...

Antoni la interrumpió:

—... y de unas negociaciones económicas y políticas entre las dos familias.

La hija de los condes se casaba con el primogénito de una familia adinerada, de buena posición e influyente de Figueres. En Peralada, aquel matrimonio se veía como una forma de establecer pactos y alianzas de tipo económico y político con la familia del novio que favorecerían los negocios y el patrimonio de ambas.

—¡Ni se te ocurra decir eso! —gritó Joana, ofendida.

—Quizá no quieras oírlo, pero es lo que hay detrás de vuestro enlace. No dudo que amas a Gabriel, pero...

—Pero ¿qué? ¿Insinúas que él no me quiere? ¿Que es un matrimonio por conveniencia? —replicó ella, sobresaltada.

—No... Eso lo has dicho tú. ¿Es que no estás convencida de que Gabriel te corresponda?

—No pienso seguir hablando en estos términos de mi futuro marido, a quien, por cierto, deberías tener un poco más de respeto. Te pido, por favor, que salgas de mi habitación. Buenas noches, y que mañana tengas un buen viaje.

Le dio la espalda y se dirigió a la ventana para perder la mirada en el Bosque del Conde. Detrás de ella, oyó los pasos de su hermano dirigiéndose hacia la puerta de la estancia. Antes de cerrarla le dijo:

—Buenas noches, hermana. —Y mientras se iba masculló unas palabras en voz baja que Joana no entendió. Pensaba que, si hubiera sido otra persona, quizá le habría lanzado una maldición, un mal augurio, pero no su hermano.

Aun así, aquella conversación de despedida había tomado un cariz que no le había gustado nada; parecía que quisiera atraer el mal tiempo a deshora. No había querido reconocerle a Antoni que su noviazgo con Gabriel había sido especial, diferente, pero que ambos sabían lo que sentían el uno por el otro.

Cuando se aseguró de que su hermano ya se había ido, Joana Adelaida se acercó de nuevo a la cama, donde descansaba una parte del ajuar nupcial que luciría. La futura novia, alterada por la conversación que acababa de tener y por las dudas que le había planteado Antoni, repasó con ojos tristes el vestido, acariciándolo con los dedos de la mano derecha para notar la seda negra, el organdí con puntillas y bordados, y el velo blanco con el que se cubriría la cabeza y parte de la cara, trabajado con diseños florales que dejaban entrever unas cuantas perlas. Al lado había otro componente imprescindible: el abanico.

Desplegó el abanico, también de color blanco, un regalo del novio, y notó los materiales nobles con los que estaba hecho: marfil,

hueso, nácar para el varillaje y puntillas para el país. En el país del abanico —el trozo de tela o de papel pintado sostenido por las varillas—, se entretuvo en seguir con la mirada las iniciales bordadas de los novios, entrelazadas. Y, finalmente, la mirada se detuvo en el pañuelo. Blanco, de encaje y con un único bordado: sus iniciales. Las tradiciones y las supersticiones indican que la novia debe llorar el día de su boda. En las sociedades rurales interpretaban que este hecho auguraba un año de buenas cosechas. Y, según otros, el hecho de que la novia llorara aquel día indicaba que nunca más volvería a llorar.

Joana Adelaida cogió el pañuelo, inmaculado, lo desplegó y, como si se tratase de una premonición, lo dejó empapado de lágrimas.

Antoni de Rocabertí llegó a su habitación desesperado. Estaba abatido. Se dejó caer en el sillón que tenía frente a la chimenea y, mientras repasaba mentalmente la conversación que acababa de tener con el señor Tomàs, primero, y con su hermana, después, la vista se le fue hacia un baúl que había a los pies de la cama. De repente, se le iluminó el rostro. Se levantó y se dirigió hacia aquel arcón, una caja de madera recubierta de piel y molduras metálicas. Abrió la cerradura con una pequeña llave que llevaba colgada al cuello, levantó la tapa y en el fondo encontró lo que había escondido a la espera de que quizá algún día le fuera de utilidad. Ahora creía que había llegado aquel momento. Hundió el brazo y sacó un par de prendas de ropa, unos calzones largos y una casaca de un marrón grisáceo que desprendía un hedor difícil de definir. Una mezcla de humedad, de bosque y de humo.

Con aquella ropa en las manos, Antoni recordó por qué había decidido quedársela. Fue un día que estaba con Alba, paseando por

los alrededores de Santa Maria del Camp, y oyeron un rumor de voces detrás del santuario. Se asomaron con cautela y vieron a un grupo de mujeres, entre las cuales distinguieron a aquella vieja hechicera.

Alba y Antoni se miraron extrañados y decidieron seguir las. Al principio avanzaban a paso lento, pero les sorprendió que las mujeres fueran aligerando la marcha hasta el punto de que les costaba seguir las. La vieja curandera parecía que tirase del resto del grupo y se adentraron por un sendero con una fuerte pendiente. Ellos dos resollaban detrás de aquella anciana y, al final, perdieron a las mujeres de vista, como si el bosque se las hubiera tragado. Estaba a punto de anochecer; solo quedaba un destello de sol, un hilo de luz que pronto desaparecería. La curiosidad les empujó a abandonar el camino hollado y se adentraron en el bosque. No habían podido ir muy lejos. La humedad les empezaba a calar los huesos y sentían algo de frío. Tenían los ojos muy abiertos, casi fuera de las órbitas, no solo para ver qué tenían delante, sino también para saber qué estaban pisando. ¿Adónde narices habrían ido aquellas mujeres? No se habían esfumado. Entonces oyeron un pitido muy agudo y sostenido que les hería los oídos. Primero se llevaron las manos a las orejas para protegerse de aquel intenso y retorcido silbido, pero cuanto más cerca lo tenían, menos daño les hacía y más deseaban escucharlo. La dulce melodía los atraía hacia donde se producía aquella intensa tonada. Era el sonido de un flautín, que de repente quedó truncado por el repique de un tamboril enfurecido y arrebatado que no seguía ningún tipo de compás. Avanzando hacia la música, salieron del bosque y tuvieron que frotarse los ojos varias veces cuando, en un claro, vieron lo que tenían delante: al lado de una ermita en ruinas había un grupo de mujeres alrededor de una piedra. Allí encima, rodeado por unos

cirios amarillos y negros que desprendían una luz azulada, había un libro y todas ellas se iban acercando para darle un beso, como si siguieran una ceremonia parecida a una misa, pero con una liturgia muy particular. La música había cambiado de tono y, entre el grupo de mujeres de todas las edades que ahora empezaban a bailar, les pareció reconocer a la Malaveína. Pero lo que más les llamó la atención no fue la variedad de edades, sino que todas iban desnudas. Se habían quitado los ropajes siguiendo un ritual concreto: primero se desnudaban, acto seguido se frotaban contra un matorral espinoso y después escondían la ropa. Y una vez guardada, se unían a un corro que giraba al ritmo de aquella música que los había llevado hasta allí. Entre ellas, risueñas y juguetonas, se ayudaban a desprenderse de los vestidos, se tocaban y se besaban, y acto seguido se untaban el cuerpo con cera o aceite. No habrían sabido decir de qué estaba hecha aquella pomada, pero seguramente contenía alguna sustancia, algún producto especial o con propiedades alucinógenas, porque después de aplicársela se incorporaban al círculo como unas poseídas, danzando alrededor de una figura que tocaba el flautín y el tamboril. Así lo intuían por el sonido que salía del centro del círculo, pero no terminaban de verlo con claridad porque los cuerpos de las mujeres no se lo permitían. Se subieron a un árbol con mucho cuidado para no ser vistos y se quedaron sin aliento al ver la figura que estaba tocando música. Sentado en un tronco, un macho cabrío gigante de pelo negro brillante sacudía la cabeza y blandía los enormes y retorcidos cuernos que coronaban su testa, una cornamenta formidable que estaba adquiriendo un color morado. Era ese macho cabrío gigante el que hacía bailar a aquellas mujeres a un ritmo que ahora se había vuelto más sensual, coincidiendo con una reverencia que le hacían

las mujeres: de una en una, salían un momento del corro, daban un paso adelante y le dedicaban una reverencia. Lo adoraban.

Las mujeres se postraban ante él, arrodilladas, se inclinaban sobre la entrepierna de aquella bestia humanizada y comenzaba el ritual. En dos tiempos, primero lo besaban durante un rato y después se retiraban haciendo un gesto cómplice a aquella criatura, para volver al corro a danzar llenas de fuerza, preñadas de una vitalidad inusitada, mientras otra mujer ocupaba su lugar. Ese ritual se repitió una docena de veces, una por mujer.

Con la última, el gran macho cabrío lanzó un largo y estridente relincho que remató con unos repiques de pandereta, y entonces todo se detuvo. Desde lo alto del árbol, Alba y Antoni no dejaban de mirar el corro. Las mujeres estaban quietas. El macho cabrío se levantó y fue pasando por delante de todas sus fieles servidoras. Eligió a tres, y les extrañó que las elegidas no fueran solo jóvenes. Eran mujeres que representaban las tres edades: la juventud, la madurez y la vejez femeninas. Las tres, cogidas de las manos, siguieron a quien parecía su amo mientras el resto de las mujeres que habían estado bailando formaban un segundo círculo alrededor de aquella endiablada trinidad; porque, en el momento en que entraron en ese segundo círculo, se unieron en un solo cuerpo. Una vez que el macho cabrío las hubo satisfecho, se sumó el resto de las mujeres, en lo que se convirtió en una orgía salvaje que la pareja contemplaba desde lo alto del árbol sin dar crédito a lo que veían.

Alba oyó un intenso batir de alas cerca de sus oídos y notó que algo la había picado. Se giró para ver qué le provocaba aquel escozor, pero solo vio una mariposa naranja y negra que se alejaba. El picor era muy fuerte y se le extendía por toda la espalda, que le empezaba a quemar. Tenía la intención de rascarse; sentía que toda ella hervía por culpa de aquel picotazo que acababa de recibir. No

sabía que una mariposa pudiera picar así. Y mientras intentaba rascarse para aliviar el picor, hizo un mal gesto con tan mala suerte que resbaló y se cayó del árbol.

Antoni se quería morir.

El grito de dolor de Alba cuando se golpeó con todas las costillas en el suelo alertó a algunas de las participantes en aquella fiesta carnal. Dos mujeres levantaron la cabeza de entre aquel bosque de piernas y brazos en el que estaban sumergidas y corrieron a buscarla. Cuando Antoni vio que se acercaban, se encaramó todavía más arriba. Fue un acto reflejo. Tenía miedo y, aunque no lo pareciera, sufría por Alba. Desde lo más alto de la copa del árbol, protegido entre las hojas y las ramas, pudo verlo todo mientras se autoconvencía de que lo mejor era no exponerse, aunque aquella muestra de cobardía le hacía sentirse en contradicción con una parte de sí mismo que le reclamaba que saltase y ayudara a la chica. Cuando estaba a punto de hacer caso a la voz de la conciencia, tuvo que desdecirse. Las dos mujeres que habían salido de la multitud ya ayudaban a Alba a levantarse con gran delicadeza, y la invitaban a entrar en el corro y unirse a la celebración. Se sentía un olor muy fuerte e intenso, como a huevos podridos. Era hedor a azufre. Alba no giró la vista hacia el árbol en ningún momento, estaba como embrujada; no sabía qué le pasaba, pero avanzaba hacia el corro tambaleándose, con la ayuda de las dos chicas.

Tras un rato siendo testigo de una escena que se le quedó grabada en la retina, y con mucha cautela, Antoni decidió bajar del árbol, tratando de elegir un momento en el que le pareció que estaban tan absortas que no lo verían. Se deslizó por la corteza rugosa del árbol procurando no romper ninguna rama y cuando llegó al suelo se alejó retrocediendo, sin dar nunca la espalda a las brujas. Deshizo el camino del bosque que habían tomado antes con Alba, y

aprovechó para pasar por el lugar donde las brujas habían dejado sus ropas y coger las de Malaveïna. Recordaba haber oído decir que si alguien les arrebatava la ropa podía conseguir, a cambio de devolvérsela, el respeto de la bruja, tanto para él como para su familia.

Una vez finalizado el ritual, las mujeres se fueron vistiendo y se marcharon por caminos distintos. La montaña ofrecía suficientes atajos y senderos para que pudieran regresar a sus lugares de origen de manera discreta. Mientras tanto, Alba intentaba reponerse del aturdimiento en el que la había dejado aquella ceremonia tan alocada.

No daba crédito.

Tenía la mirada extraviada, perdida por aquella explanada que hacía un rato —no sabía cuánto, pues había perdido la noción del tiempo— había sido testigo de una locura. Notaba la boca pastosa, con una mezcla de sabores. Y en la nariz, aquel hedor a huevos podridos. Estaba mareada, confusa, y dentro de su cabeza aún resonaba la melodía juguetona del flautín. Aquella melodía ensordecedora había sometido su voluntad y la había sumido en un estado que no sabía definir. Era consciente de lo que había pasado a su alrededor y de lo que hacían ella y el resto de las mujeres. Poco a poco, se incorporó y notó que la espalda se quejaba. Y gracias al pinchazo de dolor en el cuerpo empezó a recordar. Se había caído del árbol. Se giró y vio el roble del que se había caído. Y se tocó el cuello, donde aún sentía un leve escozor. Recordó que le había picado algún bicho. Que estaba con Antoni. ¿Dónde estaba él? ¿Adónde había ido? ¿Por qué no la había ayudado? ¿Quería ella que la ayudara? Si lo hubiera hecho, la habría privado de vivir una experiencia única y... turbadora. Aquellas mujeres la habían acogido en su círculo. Había sentido lo que hasta entonces jamás había

sentido, ni sabía que pudiera sentir. Se acarició el cuerpo desnudo. ¿Le había gustado?

Preguntas sin respuesta.

Alba giró la cabeza a un lado y a otro, se frotó los ojos y reconoció junto a un seto un montón de ropa: su vestido. Se lo puso tan rápido como pudo, porque hacía rato que había oscurecido, y se dirigió a casa. En Can Quelic ya debían de echarla de menos.

Con aquel recuerdo muy presente, Rocabertí pensó que no perdía nada por probarlo, así que metió en un hatillo la ropa de la curandera que había guardado y salió a escondidas del palacio.

Estaba tan desesperado por lo que acababa de decirle Antòniu Tomàs que lo único que se le pasó por la cabeza fue ir a ver a la Malaveïna y devolverle sus pertenencias a cambio de que la vieja hechicera pudiera interceder para ayudarle en su propósito. Que pudiera ejercer alguna influencia inexplicable, que pudiera cambiar los acontecimientos a través de algún sortilegio o algún embrujo.

El susurro de un autillo que anidaba cerca de la torre del castillo acompañó a Antoni mientras dejaba los dominios condales de Peralada para internarse en la frondosidad del bosque que se extendía ante él. Cuando llevaba un rato caminando, divisó la casona que buscaba. Era una masía de piedra de tejado bajo, con la fachada parcialmente tapizada por una gran hiedra y flanqueada por una chimenea larga y prominente. Era la casona de la Malaveïna.

Tomó aire antes de llamar, como si quisiera cargarse de valor. Con los nudillos de la mano derecha golpeó con firmeza y determinación, aunque por dentro le recorría un escalofrío que lo mantenía inquieto. Notaba un nudo en el estómago.

Las bisagras chirriaron y tras el batiente de la puerta apareció la dueña de la casa.

—¿Qué queréis? —preguntó de malos modos. Sus facciones transmitían frialdad y seriedad, y aún más enmarcadas por el

pañuelo que llevaba atado bajo la barbilla, que le cubría la cabeza y la mitad de la cara. Mostraba un rostro arrugado y aquella mirada azul que lo taladraba bajo las cejas blancas.

—¿Es vuestra esta ropa? —le preguntó Antoni, enseñándole el contenido del hatillo.

La mujer echó un vistazo rápido a aquel montón de harapos. A pesar del paso del tiempo, la reconoció y asintió con un gesto. Terminó de abrir la puerta y con la mirada lo invitó a entrar.

La estancia era confortable, presidida por una chimenea con una olla que hervía colgada de los llares, un perol ennegrecido que antaño había sido de cobre. Antoni pensó que debía de hervir todo el día y así ayudaba a oxigenar el espacio, que buena falta le hacía. Desprendía buen olor. La mujer echó un chorro de aceite y añadió un par de huevos. Era sopa de clara de huevo.

—Eso, gachas y legumbres, las viandas de los pobres. La comida de la escasez —aclaró la anciana al ver que el hijo de los condes la observaba.

El joven sonrió y aprovechó para entablar conversación. Comenzó con un reconocimiento.

—Sé que mi padre hace tiempo que recurrió a vuestros remedios.

Antoni repasaba los estantes, repletos de botes y frascos de todos los tamaños y colores, donde reposaban los aceites, jarabes, ungüentos e infusiones que elaboraba la curandera.

—Es cierto, pero en público desaprueba mis métodos y apoya a las autoridades eclesiásticas, que persiguen a las mujeres que, como una servidora, solo ponemos nuestro conocimiento al servicio de la gente. La naturaleza me provee de todo lo que necesito, y es mi deber ayudar a todo el que me lo pida. En general, la gente es bastante agradecida.

Y echó un vistazo a los embutidos, fuets, butifarras y jamones que colgaban de unos ganchos al otro lado de los estantes de los remedios. Antoni entendió que aquellos embutidos formaban parte de algunos de los pagos en especie que recibía por sus curas.

—Pero vos sois una bruja que tiene tratos con el diablo. Lo he visto con mis propios ojos.

—Eso no es del todo cierto.

Antoni alzó las cejas y le volvió a mostrar la ropa.

—Si asistí a aquella reunión fue por curiosidad. No tengo tratos con el diablo. Tengo la capacidad de sanar porque conozco las plantas, las flores, los árboles y sus frutos. Y soy capaz de aliviar el dolor y hacer desaparecer todos los males sin hechizos ni prácticas oscuras. Uso las fuerzas de la Naturaleza porque estoy en comunión con ellas.

—A mí no me engañaréis. Sé lo que vi.

—Vos sois un hombre cabal. Soy una curandera, no una bruja ni una hechicera. Aunque me llaman de todo, no debéis temer que os eche mal de ojo ni os embruje. ¡Eso no lo hago! —insistió alzando la voz—. Y tampoco hace falta que eche cinco granos de sal al fuego para que vuestro corazón arda; ya lo tenéis bien encendido por esa chica de Can Quelic. Bien que se os nota.

Antoni no se sorprendió al oír aquellas palabras, porque creía que la mujer tenía poderes y, por tanto, no era extraño que supiera que amaba a Alba.

—Por eso venía. ¿No podéis hacer nada para interceder por nosotros?

—Vuestro amor ya se ha consumado y la Naturaleza seguirá su curso.

Ahora sí que Antoni bajó la mirada y se ruborizó. Pero enseguida volvió a levantar la cabeza bien alta porque consideraba que no

tenía que avergonzarse de nada.

La curandera prosiguió:

—La voluntad de vuestro padre depende de otra fuerza contra la cual no puedo hacer nada.

—¿Y no tenéis el poder de averiguar el futuro?

—¡Ay, qué cándido! El futuro... Mirad, los de nuestro gremio nos regimos por cuatro preceptos que, una vez que se ponen en marcha, liberan una energía que se puede transformar en aquello que queramos.

—¿Y cuáles son?

—Debéis tener una voluntad constructiva, debéis desarrollar una imaginación creadora, debéis tener fe, creer en ello, y finalmente debéis trabajar para hacer realidad vuestro deseo. Mientras tanto, es necesario mantener el secreto para que nada ni nadie pueda estropear vuestros planes. Eso y ser fiel. La fidelidad es constancia. Os debéis mantener firmes, tenaces y perseverantes para conseguir vuestro objetivo —sentenció la Malaveïna.

Ya estaban fuera, delante de la fachada del caserón donde crecía una gran hiedra. Y la vieja curandera le dijo:

—Tenéis que ser como la hiedra. Ella no es capaz de soportar su propio peso, de modo que busca un árbol o una pared para sujetarse y poder trepar. Una vez que ha conseguido agarrarse, nada la puede separar de su compañero de vida.

—Pero tenía entendido que la hiedra representa la ingratitud, porque ahoga al árbol que la sostiene —objetó Antoni.

—No es verdad. La hiedra no vive de su compañero, sino que se alimenta de sus propias raíces —puntualizó.

La Malaveïna acariciaba aquellas hojas verdes que alfombraban la pared del exterior de su casa. La consideraba una gran aliada. Sabía que, si trepaba por los muros de una vivienda, protegía a sus

habitantes, igual que a ella. La hiedra curaba heridas, y el agua teñida con el verde de sus hojas se aplicaba como remedio para vencer las cataratas. Incluso había hecho colgar hiedras en los establos para evitar que la leche de las vacas se volviera agria.

—En la antigua Grecia, los matrimonios se presentaban en el altar de Himeneo con un ramo de hiedras, como símbolo de una unión indisoluble. No lo dudéis —concluyó la Malaveína antes de despedirse de él y volver a entrar en su caserón.

Antoni le dejó el hatillo de ropa y abandonó la casa. No se iba precisamente con las manos vacías. Tenía el respeto de la curandera a la que había ido a buscar y la idea que le había dado la anciana rondándole por la cabeza. Quizá no era un hechizo, pero sí una fórmula que le permitiría, una vez que estuviera en París, trabajar para intentar conseguir lo que deseaba en un futuro. Y eso no era otra cosa que, algún día no muy lejano, volver a estar con Alba.

6

El silencio de la noche quedó interrumpido en Can Quelic. Unos golpes insistentes repicaban en la puerta de la masía.

—¿Quién demonios es? ¿Quién llama a estas horas?

Joan y Agnès llevaban muy poco rato en la cama y se levantaron de un salto.

—Ve a mirar qué quieren. Todavía despertarán a Aurora, con estos golpes. —Agnès se preocupaba por la hija de Alba.

Y Joan salió de la habitación, con el pecho medio desnudo. Los golpes continuaban.

—¡Ya voy! ¡Mal rayo lo parta! —dijo mascullando cuatro juramentos mientras atravesaba a zancadas el espacio que servía a la vez de comedor y de sala.

Cuando abrió, se encontró de frente con uno de los hombres del conde de Peralada.

—¡Buenas noches! —dijo, serio, Antòniu Tomàs, el administrador del castillo.

—Dios os bendiga. ¿Qué te trae hasta Garriguella, Antòniu, que no pueda esperar a mañana?

—¿Podemos hablar dentro, Joan?

El heredero de Can Quelic se apartó para dejarle entrar, cerró la puerta tras de sí y le hizo sentarse en una silla de la cocina.

—Habla.

—El señor conde sabe que tu hija ha dado a luz a una criatura.

Joan se pasó la mano por el cabello y suspiró profundamente antes de contestar:

—Sí, así es.

—¿Sabe quién es el padre?

—No —respondió, decidido, Joan.

El administrador del conde de Rocabertí levantó las cejas en señal de sorpresa. Aquella negación no le había convencido en absoluto.

—¡Venga ya, Joan! ¡A mí no me vas a engañar!

—¿Por qué dices eso, Antòniu?

—Porque como tú muy bien sabes, y el conde también, el padre de esta criatura es Antoni, su hijo. Y no piensa consentir que haya vínculo alguno entre su casa y la vuestra.

—¿Y qué quiere que haga?

—Quiere que tu hija y la criatura se marchen de estas tierras.

—¿Cómo dices? —Abrió los ojos como platos.

—Lo que oyes, Joan. El conde dice que por nada del mundo permitirá que en sus tierras viva el fruto de una aberración.

—¿De una aberración? Pero si es fruto del amor de...

El enviado del conde lo interrumpió, sin dejarle continuar:

—El conde considera que es una desviación de la moral. Ni los padres están casados ni aceptará que su hijo se case con una... cualquiera.

Joan tuvo que morderse la lengua por la forma en la que aquel hombre, que también provenía de una familia humilde, se refería a su hija.

—¿Y si me niego?

—Si te niegas, os echará a ti y a tu familia.

Y de repente se oyó un golpe seco. A Joan le pareció que provenía de la habitación donde estaba la letrina, pero no le dio más

importancia. Tenía las manos en la cabeza y, nervioso, se pasaba los dedos por el cabello.

—Ya sabes que el conde no tendrá problemas para encontrar otros masoveros que se encarguen de los viñedos —le anunció Tomàs.

—Es un castigo muy severo. Me parece muy injusto. Desmesurado... ¿Adónde van a ir mi hija y mi nieta? —sollozaba Joan.

El administrador del conde se levantó y, cuando ya se dirigía hacia la puerta, le dijo:

—El conde es un hombre recto y estricto. Debes saber que va a enviar a su hijo a París, donde vive su hermano, para que se concentre en los estudios y se olvide de vuestra hija y de la criatura, a pesar de que el chico no sabe nada del nacimiento.

Y, dicho esto, le dio la espalda y salió de Can Quelic.

Joan se había quedado abatido en la silla de la cocina. Deshecho y triste, con las manos intentando sostenerse la cabeza, tenía los ojos llorosos clavados en el suelo que pisaba. Un lugar que, como le acababa de recordar el enviado del conde, no era de su propiedad, y si quería seguir allí debía acatar las órdenes.

—Lo he oído todo...

Era Agnès, que apareció en la cocina con la voz rota. Tenía la cara desencajada y los ojos rojos y húmedos; todavía lloraba. Estaba de pie ante su marido en camisón, solo abrigada con la manta que tenían a los pies de la cama y que se había echado por la espalda cuando decidió salir de la habitación de matrimonio. Joan levantó la vista hacia su mujer y negó con la cabeza.

—Agnès, no tenemos otra solución que obedecer.

—¡Joan, por el amor de Dios! ¿iAdónde quieres que vayan!?

—No lo sé, no lo sé... —Y se rascaba nerviosamente la cabeza—. ¿Y nosotros? ¡Somos mayores, Agnès! Si nos marchamos de Can

Quelic, ¿dónde iremos a parar, con Marçal y la abuela Angeleta?

—Ya nos espabilaremos —dijo ella, por inercia y sin demasiada convicción.

—¿Cómo? No tenemos adónde ir. No tenemos nada. Esto —y abría los brazos para abarcar la cocina, y por extensión la masía y las tierras—, esto es lo que creemos que tenemos. Pero ni siquiera esto es nuestro —reconoció lleno de impotencia, sollozando.

Sobrecogida ante aquella escena que acababa de contemplar desde su habitación, Alba, que se había despertado al oír algún grito, tomó una determinación. Huir. Si la desterraban porque el conde consideraba que había cometido un acto de depravación, no quería avergonzar a sus padres. Huiría.

Cuando se aseguró de que Joan y Agnès ya se habían retirado a su habitación y los ronquidos de su padre certificaban que estaban dormidos, Alba salió de casa ligera de equipaje, después de envolver a la niña y colgársela a la espalda como si fuera un fardo. Antes, sin embargo, había escrito una nota de despedida que dejó sobre la mesa de la cocina.

Padre, madre, no me busquéis. He decidido que lo mejor para todos es que la niña y yo nos marchemos, sobre todo para que no tengáis que estar pendientes de la benevolencia de los condes de Peralada. Os quiero mucho y por nada del mundo querría que tuvierais que pasar vergüenza o penurias por mi culpa. Os estoy muy agradecida por la vida que me habéis dado, pero ahora ha llegado la hora de que busque mi propio camino, sola con mi hija, lejos de la viña y de Peralada.

Alba

A aquella hora, cuando faltaba poco para que amaneciera, todavía no había nadie en ninguna parte. Alba caminó campo a través en dirección a Mollet de Peralada hasta que la lluvia que empezaba a caer la obligó a refugiarse en una cueva. Era una cavidad no demasiado profunda en una pared de roca, en una ladera muy

empinada, en la que penetraba un poco de claridad. Decidió que se quedaría allí hasta que el chaparrón amainara, pero la lluvia fue arreciando y, cuando ya llevaban muchas horas allí, la niña se despertó y empezó a llorar. Tenía hambre. Intentó darle el pecho, y mientras estaba ocupada en ello oyó ruidos que venían de la entrada de la cueva. Se angustió porque le pareció que eran risas, de hombres.

Resultó que eran una pareja de malhechores que apenas hacía unas horas que habían salido de la cárcel de Figueres, dos desdichados a los que por la mañana habían dejado libres y que, una vez fuera de la prisión, habían entrado en la taberna de la plaza de Figueres y habían pedido dos vasos de vino. El dueño del local les había servido y a continuación habían hecho chocar los vasos para brindar.

—¡A la salud de Butarós! —Y los vaciaron de un trago.

El 10 de agosto de 1839, el padre Josep Vilert, el sacerdote custodio del santuario de la Mare de Déu del Camp, en Garriguella, no estaba en el templo, pero a las nueve de la mañana entraron tres hombres que, tras mil excesos, martirizaron a la pobre mayordoma e incluso le abrieron el vientre de forma cruel. A pesar de la salvajada, la mujer sobrevivió y la víctima pudo declarar a la Guardia Civil que habían sido el hombre que vivía solo en el Mas Butarós y dos compañeros suyos. Butarós fue ejecutado mediante garrote vil en la plaza de Figueres y sus cómplices, encarcelados. Habían pasado ocho años desde que colaboraron en aquel crimen contra la mayordoma del santuario de la Mare de Déu del Camp, el mismo tiempo que estuvieron encerrados en la prisión de Figueres. Aquella pareja de malvados rondaba de nuevo por Garriguella y por los alrededores del santuario. Y así fue como dieron con la cueva donde

se habían refugiado Alba y su hija. Al descubrirlas quisieron violentarlas.

Los gritos se oían desde fuera de la cueva, y la Malaveïna, que recolectaba ruda cerca de aquel abrigo rocoso, no lo dudó: dejó lo que estaba haciendo y se dirigió allí. En cuatro zancadas se plantó en la cueva con la intención de ayudar a aquella mujer que, con una niña en brazos, gritaba ante dos tipos corpulentos. Cuando vieron a la Malaveïna, los dos granujas, con aire de ser capaces de cometer cualquier fechoría, se rieron de ella y la menospreciaron. Ebrios como estaban, el alcohol les hacía pavonearse, y no sabían discernir el peligro que conllevaba enfrentarse a la Malaveïna. Pero, al cabo de un rato de decir tonterías y fanfarronadas, uno de ellos la reconoció y empezó a persignarse, como quien ve al demonio.

—¡Es esa vieja bruja! ¡La que dicen que hace pactos con el diablo! Nos echará un mal de ojo que nos provocará alguna desgracia.

—¡Anda ya! —decía el otro—. ¿Qué quieres que nos haga esta vieja escuálida?

—¡Cállate! Mira, ¿ves cómo nos observa? Su mirada maligna tiene una especie de fuerza que no es de este mundo. Esos ojos...

La Malaveïna los acechaba, atenta a lo que pudiera pasar y calculando sus posibilidades. Eran dos, y aunque hubiera uno que estaba muerto de miedo, el que llevaba la voz cantante tenía malas intenciones. Se le veía en la cara. Y aquel podía arrastrar fácilmente a su compañero.

—¡Ves cómo nos estudia de arriba abajo! —insistía—. ¡Seguro que está mascullando alguna maldición para lanzárnosla!

La Malaveïna no solo les amenazó con darles un buen zurriagazo con aquella raíz de sabina que usaba de bastón, sino que además les lanzó un hechizo:

—Me he atado al demonio, me he atado a una piedra negra, me he atado a las siete hoces del Todopoderoso... Me he atado a la cola del sol y a los cuernos de la luna. Y me habéis agarrado como a un perro, por el hocico, como a un cachorro por la nuca. ¡Soy vuestro, oh, amo y señor! ¡¡Oh, misericordioso Marduk, venid hacia mí!!

Los facinerosos se largaron, muertos de miedo, al oír que la mujer invocaba un nombre que a menudo se asociaba al demonio. Una vez que hubo pasado el peligro, la curandera se acercó a Alba.

—¿Estáis bien? —espetó, enfadada.

—Sí, muchas gracias, señora...

—¡Vámonos! Salgamos de aquí, no sea que vuelvan ese par.

Alba obedeció y, estrechando bien fuerte contra su pecho a su hija, se puso a caminar detrás de la mujer. La había reconocido porque ya la había asistido el día del parto. Estaban predestinadas a encontrarse.

Al poco tiempo de caminar por el bosque, apareció ante ella una masía de piedra cubierta por una gran hiedra de la que emergía una larga chimenea.

—¡Ya hemos llegado! —anunció la Malaveína.

Entraron, y cuando Alba hubo terminado de dormir a la niña, la curandera, que estaba sentada junto al fuego, le acercó un cuenco de caldo humeante. Había aplastado una cabeza de ajos con el puño, los había echado al fondo de la olla donde hervía un caldo de verduras y había añadido un puñado de tomillo fresco; al cabo de un rato, había roto un par de huevos y, al final, puso un par de trozos de pan seco.

—Come. Esta sopa de tomillo te recuperará del susto —le aseguró mientras Alba le agradecía el ofrecimiento con una sonrisa y se la tomaba de las manos—. ¿Qué hacías en aquella cueva?

—Huía.

—¿Sola y con una criatura?

Alba le relató su historia: que había tenido que huir de casa con la niña porque la había tenido sin estar casada y no quería que la señalasen ni a ella ni a sus padres. En ningún momento citó ni a Antoni ni a los condes de Peralada, pero la vieja hechicera empatizó con su desgracia y no le costó nada ponerse en su lugar. Aquel relato consiguió ablandar el carácter feroz y esquivo de aquella mujer, que se había ganado fama de arisca, solitaria, hosca e intratable.

La Malaveïna rehuía el trato con la gente y a menudo se mostraba irritable con quienes se acercaban. Era desconfiada por naturaleza. Pero tenía sus motivos.

—No sabes cómo te entiendo, hija... —Y dejó escapar un suspiro—. Años atrás, yo también hui y me tuve que esconder en el bosque. Tenía que dormir como las liebres, con precaución y mucho cuidado para no dejarme sorprender ni atrapar. Comía huevos que cogía de los nidos, ponía alguna trampa para cazar algún conejo y como no podía acercarme a ningún río...

—¿Por qué?

—Porque sabía que mi marido los vigilaba. Para poder beber, me bebía el agua de la niebla. Conocía una técnica que le había oído alguna vez a mi abuela Silvèria, un sistema para obtener agua en tiempos de sequía, pero también en situaciones difíciles como aquella.

Como estaba lejos de cualquier riachuelo, en medio de la montaña y rodeada de niebla —por suerte, era espesa—, la Malaveïna dispuso las hojas más grandes de los árboles de tal modo que filtraran las nubes bajas; así la densa niebla se iba transformando, gota a gota, en agua que iba a parar a una especie de cuenco que se había fabricado con un trozo de corteza de otro árbol, y podía beberla. Se

refugió dentro de una cueva, una estructura cavernosa con unas formas que no había visto nunca. Era un refugio austero, pero le pareció que estaba habitado, o que alguien había estado viviendo allí hasta hacía poco.

—«Algún animal», pensé, y agudicé los sentidos por si aparecía. Al cabo de un tiempo, supe que mi marido había muerto, decidí que ya estaba bien de esconderme y de huir, y levanté esta casa.

—¿Qué problema tuvisteis con vuestro marido?

—Me casé con un hombre que no me merecía. Lo único bueno que me dio fue un hijo, mi pobre hijo... Abandoné a ese hombre. Me pegaba, me maltrataba y lo dejé. Hui con mi hijo. Pero el niño estaba enfermo.

—... ¿y qué pasó?

—Aquel hombre, que tenía mucho poder, hizo que me buscaran y me persiguieran por todas partes, pero no me encontró. El bosque, la naturaleza, nos protegió a mi hijo y a mí...

Hizo una pausa y tragó saliva, como si le costara continuar, como si tuviera un nudo en la garganta.

—A pesar de todos los remedios naturales que le di a mi hijo, finalmente se me murió en los brazos. Eso hizo que me recluyera en mí misma. Y levanté esta casona con mis propias manos. Desde entonces he vivido de lo que me da la gente a la que curo. Mis artes, mi aspecto y mi carácter me han procurado el apodo que me han puesto y que ya conoces.

—Sí..., pero ¿cómo os llamáis? ¿Cuál es vuestro verdadero nombre?

—Llogaia. Nací cerca del arroyo de Àlguema, no muy lejos de Llers. Y es curioso, porque todo el mundo piensa que soy una bruja, que hago magia negra, y es justo lo contrario.

—¿Qué queréis decir?

—Mi nombre proviene del griego *Leucadia*, que significa ‘diosa blanca’, y ya sabes que el nombre siempre acaba marcándote. Me lo pusieron precisamente porque nací durante un eclipse de sol.

Alba se mordió el labio inferior porque conocía la superstición.

—Cuando vine al mundo, todos a mi alrededor lloraban, mientras que, al parecer, yo sonreía. Mi madre lloraba por el miedo a que se cumplieran los malos augurios que podían abatirse sobre el pueblo y sufría por haber dado a luz a una criatura el día de la oscuridad, por haber traído al mundo a un bebé en una jornada que presagiaba desgracias, por haber parido a un demonio y no a un ángel en el día del eclipse. Incluso mi abuela Silvèria, conocedora de estas malas noticias, cada primero de enero procuraba guardar un trozo de pan en un cajón de la cocina.

Alba levantó las cejas y abrió los ojos en señal de sorpresa. La Malaveïna se lo aclaró:

—Sí. Resulta que cuantas más migas se amontonaran, mayor protección, según decían las mujeres más ancianas del pueblo. Y mi abuela creía en ello. Pero no fue suficiente y tampoco dio resultado. Y eso que decidieron que debían ponerme un nombre que pudiera revertir la superstición y se decidieron por el de Llogaia. La gente, sin embargo, se ha empeñado en ver en mí a una servidora del Maligno.

—Pero allí en la cueva os he oído invocar al demonio.

—La mejor arma que tienes cuando te enfrentas a alguien que sabes que teme al demonio es hacerle creer que tienes tratos con él, ¿no crees?

Y esbozó una sonrisa pícaro que la confundió.

—He soltado un nombre que algunos creen que es el dios del inframundo. ¡Nada! ¡Patrañas! —E hizo como si espantara una mosca mientras le decía—: Si quieres, te puedo enseñar a conocer e

interpretar el lenguaje del bosque, de los árboles, de las plantas y de las hierbas. Entender la Naturaleza te puede ser útil. —Y apuró el líquido que quedaba en la jarra y se levantó del asiento.

Acto seguido, la Malaveïna cogió la raíz de sabina con la mano izquierda para salir hacia el bosque y le dio un consejo:

—Ahora, duerme y reposa. —Y desde el umbral de la puerta le aseguró—: Mañana... será otro día.

—¡Buenos días, señor!

El cochero saludó a Antoni de Rocabertí, quien notó en las mejillas el frío de aquella madrugada de finales de octubre cuando salió del castillo para subir al carruaje. Inmediatamente después de frotarse las manos, el chófer cargó las tres maletas grandes del hijo de los condes. A pesar de que el viaje hasta París sería largo, había tenido que contenerse con el volumen del equipaje; en una de las tres cajas de cuero llevaba ropa y otros efectos que necesitaría durante los diez días de trayecto. Bien mirado, a pesar de las comodidades de las que pudiera disfrutar gracias a su linaje, el viaje tenía un cierto aire de proeza que combinaba resistencia física, paisajes cambiantes y una organización considerable.

Después de colocar las maletas, desplegó el peldaño que había bajo la puerta de la berlina y la abrió para que Rocabertí pudiera acomodarse en el interior. Este hizo un gesto en señal de agradecimiento, entró para sentarse en aquel compartimento acolchado, y el mozo le cerró la puerta y subió al pescante. Dio un latigazo al aire y la pareja de caballos tiró del carruaje, que salió brioso del patio del castillo para tomar el camino que lo llevaría de Peralada a Cervera de la Marenda, donde cogería una de las cuatro diligencias que salían hacia París. A aquella hora de la mañana el trayecto fue plácido y bastante rápido. Cuando llevaban tres cuartos de hora, ya habían pasado Portbou y se divisaba la villa vecina, un pequeño pueblo de la costa de la Albera, el primero situado en

territorio francés. Una vez llegado a aquella especie de estación, Rocabertí se acercó a la aduana. Por un lado, para pagar el billete, que costaba novecientos reales, y, por otro, para concluir los trámites requeridos al salir del país. Le cargaron el equipaje y se dio prisa en subir a su diligencia; quería evitar a toda costa el movimiento y el trasiego que había en la parada. El alboroto, el bullicio y el griterío se fueron diluyendo a medida que el grupo de pasajeros fue accediendo a sus respectivos coches.

Los carruajes procuraban salir en grupo porque una diligencia sola era blanco fácil de los bandoleros y salteadores de caminos, que solían perpetrar robos por aquellos parajes.

A las nueve en punto de la mañana, la recua de carruajes se puso en marcha y poco a poco los caballos fueron avanzando por el antiguo camino real número 9. Empezaba un viaje que, de no surgir ningún contratiempo, terminaría al cabo de diez días. Se harían paradas cada veinte kilómetros para cambiar los caballos en las llamadas postas u hostales de camino real, con el fin de mantener el ritmo. Y en Perpiñán, se detendrían en el Hôtel des Ambassadeurs para reponer fuerzas. Después vendrían otras paradas hasta Lyon.

Aquel mismo año, en Francia ya se estaba construyendo la línea de ferrocarril que uniría el sur con París. Muchos viajeros recorrían el tramo Cervera-Lyon en diligencia, y Rocabertí tuvo la suerte de que los últimos kilómetros hasta París los pudo realizar ya en tren.

Toulouse, Montauban, Cahors, Limoges, Châteauroux y Orleans, y terminaría en París.

De momento, sin embargo, en la primera parte del trayecto Rocabertí viajaba en una diligencia de primera clase, una berlina que ofrecía mejores vistas y era más cómoda. También más cara, pero se lo podía permitir. Aun así, el ruido era constante. Entre el tintineo de los cascabeles de los caballos, el crujir de la madera y los gritos del

conductor, dormir era casi imposible. Y a pesar de que los caminos franceses estaban en mejor estado que los españoles, los baches, los hoyos y algunos tramos enfangados hacían que la travesía fuera pesada, incluso yendo en un carruaje acolchado.

Él estaba sentado en el lado derecho, junto a la ventanilla, y justo enfrente tenía a otro viajero. Un hombre que, desde que había entrado, había saludado y se había puesto a leer el periódico.

Le venía bien, porque no tenía ganas de hablar, así que se entretuvo mirando por la ventana. El paisaje que había al otro lado del cristal era cambiante. Los colores, los pueblos, las construcciones. Pasada la llanura del Rosellón, y mientras los caballos trotaban por el Languedoc, vio unos viñedos frondosos y no pudo evitar recordar lo que había vivido entre pámpanos y cepas con Alba. Y tampoco la conversación con Antòniu Tomàs, con su hermana Joana Adelaida y con la Malaveïna.

El traqueteo de la diligencia le fue dando sueño y se quedó dormido. Cuando se despertó, el carruaje estaba parado y ya estaba oscuro. Abrió la ventanilla y el aire fresco le despejó.

—Nos hemos detenido cerca de Perpiñán. Parece que una de las diligencias tiene algún problema en las ruedas. —Era su compañero de viaje quien le informaba.

Rocabertí le dedicó una sonrisa. Ahora que no tenía el periódico delante tapándolo, pudo mirarle detenidamente. Era grande y corpulento, debía de ser un poco más joven que su padre. Vestía de manera elegante: chaqueta, chaleco y pantalones de color gris, camisa blanca y corbata azul oscuro. En el asiento de al lado, como si se tratase de un animal de compañía, reposaba un sombrero de ala corta. Llevaba unas enormes patillas blancas que se le juntaban con un bigote del mismo color, todo recortado de manera pulcra y exquisita. En una mano sostenía un monóculo que se había quitado

de la cuenca del ojo y con la otra aguantaba un ejemplar de *El Eco de los Pirineos*.

—Lleváis un rato durmiendo.

Rocabertí pensaba que había dado una cabezada, pero por lo que parecía llevaba unas cuantas horas durmiendo. Con el desasosiego y los nervios de la situación que dejaba atrás, no era extraño que su cuerpo le hubiera reclamado un descanso. Y aquel traqueteo de la diligencia lo había terminado de arrullar.

—¿Hacia París, joven?

—Sí. A estudiar —contestó Rocabertí—. ¿Vos también, supongo?

—Efectivamente, pero no por estudios. ¡Ya no tengo edad! —Soltó una carcajada y acto seguido puntualizó—: Negocios. Unos negocios son los que me llevan a la capital. Pero ¿puedo preguntarle dónde va a formarse?

—En el Colegio de Francia.

—Enhorabuena, joven. Vuestros padres han hecho una buena elección. De allí han salido algunos de los mejores servidores de la patria francesa.

—Oh, sí, lo sé —admitió el chico—. Mi interés, sin embargo, está en otras disciplinas, no en hacer carrera política.

—Bien hecho. —Y el hombre reforzó sus palabras asintiendo con la cabeza. En aquel preciso momento, la diligencia se puso de nuevo en marcha. Los dos hombres retomaron la conversación—: Mirad, acabo de leer en el periódico que han comenzado las sesiones de las Cortes, que se siguen celebrando en el Teatro Real mientras se termina el edificio de la carrera de San Jerónimo de Madrid. Y es mucho mejor hacerlas en el teatro, porque acercarse al nuevo edificio ahora que llega Todos los Santos es ser un poco osado.

—¿Por qué lo decís?

—Hay una historia trágica y siniestra en aquel lugar.

Rocabertí lo escuchó con más atención.

—¿Ah, sí? Explicaos.

—Allí donde pronto se alzaré el edificio de las Cortes, antes estaba el convento del Espíritu Santo.

—No lo sabía.

—Hace unos veinticinco años se quemó misteriosamente.

—¿Y hubo víctimas?

—Sí, una docena larga. Y el hecho es que, aunque se investigó, nunca se aclararon las circunstancias ni se supo el nombre del o de los responsables.

De repente, bajó el tono de voz y casi susurrando dijo:

—Pero, según cuentan, los espíritus de los que allí perdieron la vida deambulan por aquel lugar...

Rocabertí estaba estupefacto, absorto, con el ánimo suspendido ante lo que oía.

—... no saben si estas almas en pena se manifiestan para reclamar que se haga justicia en su causa. ¡Qué más da! —E hizo chasquear la lengua contra el paladar—. Tampoco quiero turbar la placidez de vuestro viaje con estas historias de malos espíritus. Con esto, solo quiero decir que es mejor que por los alrededores del Día de los Difuntos los diputados todavía no puedan acceder al nuevo palacio. ¿Me entendéis?

—Oh, no os preocupéis; no me atribuláis en absoluto. Yo, como vos, siento un gran respeto por estas cuestiones, digamos, esotéricas y misteriosas. Creo que también forman parte de nuestra realidad, aunque a menudo sean incomprendidas por la mayoría, pero encuentro que tienen su punto de verosimilitud. Son creencias que hunden sus raíces en tiempos remotos, tienen su origen en la época de nuestros antepasados, que se merecen todo nuestro

respeto. Por eso creo en ellas, y también porque, hasta cierto punto, forman parte de nuestra manera de ser.

El hombre se mostraba conforme con el razonamiento de Rocabertí y le escuchaba asintiendo con la cabeza para darle a entender que compartía su punto de vista.

—Lo celebro. Escuchad, joven, a mí hablar de estos asuntos me ha abierto el apetito. ¿Me acompañaríais a cenar?

La diligencia se había detenido, según lo previsto, en el Hôtel des Ambassadeurs de Perpiñán.

—Perfecto. ¡Vamos!

—Por cierto, no me he presentado: Teòfil Barceló, para servirlos. — Y le tendió la mano para estrechar la suya.

Rocabertí siguió su ejemplo y, una vez hechos los honores, bajaron de la diligencia y se dirigieron al hostal.

Después de una cena a base de cocido y un guiso de conejo regado con vino de la tierra, subieron a sus habitaciones para intentar dormir. A Rocabertí le costó conciliar el sueño. Su cabeza no podía dejar de dar vueltas al episodio que le había contado su compañero de viaje, el de los espíritus errantes de las personas que murieron en el incendio del convento. A la mañana siguiente, al despertar, tomaron un pequeño desayuno y, cuando el postillón —el encargado de guiar los caballos de la diligencia— hubo tocado el cuerno, todos ocuparon sus respectivos asientos para continuar la marcha hacia Lyon.

El resto de los días hasta llegar a la ciudad transcurrieron sin ningún hecho destacable. Las conversaciones con Teòfil Barceló versaron sobre todo tipo de temas: de la política a la familia, de la cocina a la religión, pasando por la magia, que era una cuestión que fascinaba tanto a Rocabertí como a su acompañante. Visitar algún paraje durante las paradas en las postas y la lectura de algún libro

que se había llevado fueron ocupando los días y las noches. Las posadas donde dormía no siempre eran del gusto del noble de Peralada, pero, a pesar de todo, estaban lo bastante limpias, la comida era buena, consistente y abundante y, como cada vez estaba más cerca de llegar a su destino, lo relativizaba. E incluso veía ya llegar el momento en que abandonaría definitivamente el ritmo de los caballos por la velocidad del vapor. Porque cuando llegaron a Lyon, un barco de vapor los llevó navegando por el río Saona hasta Chalon-sur-Saône. Allí pudo coger un tren. Era uno de los primeros tramos en estar operativos porque conectaba el tráfico fluvial del río Saona con la capital francesa. No llegaba a los cuatrocientos kilómetros de distancia, pero el tiempo de viaje, que era de entre nueve y doce horas, no se podía comparar con los tres días que tardaba una diligencia en hacer el mismo recorrido hasta París. Por suerte, Rocabertí pudo viajar en unos vagones cerrados con asientos tapizados de terciopelo y cortinas. Muy exclusivos, tal como acordaron con Teofil Barceló. El tren, sin embargo, no era directo; se detenía para cargar agua y carbón. Bajaron a estirar las piernas o comprar algo de comida en Dijon, la parada más importante de Borgoña. Hicieron un par más, en Tonnerre y Montereau, donde se unían las líneas del valle del Sena. Después de tantos días en una diligencia de madera y caballos, entrar en la capital del mundo en un convoy de hierro y vapor era una sensación indescriptible. El tren se detuvo en una estación provisional y bastante rudimentaria, situada en la plaza de Mazas, justo delante del puente de Austerlitz. Rocabertí y Barceló bajaron del vagón y se despidieron. Mientras una multitud de mozos de cuerda se peleaban por cogerles el equipaje para llevarlo hasta el carruaje, Rocabertí levantó la cabeza para intentar vislumbrar, en medio de aquel hormigueo de gente, una cara conocida. Y de pronto escuchó su nombre.

—¡Antoni!

Era su hermano Tomàs, que lo esperaba con su preceptor, ambos instalados en la ciudad desde hacía meses. Se abrazaron y Antoni le admitió que, a pesar de la larga duración del viaje, había sido un trayecto plácido. El preceptor hizo una indicación a un mozo para que cogiera las maletas de Antoni y las llevara al fiacre, un taxi de caballos particular que los esperaba fuera. Mientras se dirigían hacia el carruaje, Tomàs le pasó la mano por el hombro y le dijo:

—¡Bienvenido, Antoni! Nuestro padre me ha dicho que aquí te curarás de tus males.

—¡Seguro que sí, Tomàs!

Le habría gustado decirle que estaba convencido de que tenía la receta para curarse, pero no quiso precipitarse. Antoni de Rocabertí confiaba en los consejos que le había dado la Malaveïna.

Joan de Can Quelic se moría de ganas de salir a buscar a su hija y a su nieta, pero tuvo que trabajar en los viñedos de los condes. Quien tiene el culo alquilado no puede sentarse siempre que quiere. No daban abasto, porque las bodegas francesas venían al Empordà a comprar grandes cantidades de uva. La pasión, el esfuerzo, la dedicación, además de la calidad y la personalidad del terreno y de la uva, hacían que el vino de aquel rincón de la comarca fuera reconocido en diversos lugares. Incluso en el país vecino, que elaboraba sus propios caldos. Los franceses no lo reconocerían nunca, pero ahora que sus viñas habían sufrido el zarpazo de la plaga, estaban recurriendo a las uvas de Peralada. Sabían que eran excelentes. Resulta que era verdad que había un mal que afectaba a las cepas francesas. De entrada, los ampurdaneses se frotaban las manos y se enriquecían a costa de la desgracia ajena, que era una especie de polvo que se posaba sobre las hojas y en los racimos como si fuera ceniza. Aquella enfermedad no presagiaba nada bueno, y fue solo cuestión de tiempo que afectara al Empordà. Era un hongo que provenía del Reino Unido y que, pasando por Francia, acabaría también llegando a los viñedos españoles y catalanes. No se tardó mucho en detectarlo en los campos de los condes, en Garriguella.

Al principio no le hicieron caso y decían que la tramontana ya se lo llevaría: «La tramontana los sembrados deja barridos de oruga y palomilla», decía la tonada de la canción popular que alababa aquel

viento como remedio para eliminar enfermedades de las plantas y del ganado. Y tal como se había hecho el siglo pasado, se salió en procesión para pedir a la Virgen María que enviara la tramontana, que soplara bien fuerte para limpiar el Empordà de la gran epidemia que diezmaba su razón de ser: la viña. Ante la persistencia de la plaga, sin embargo, las creencias populares no acertaron. Y los resultados y estragos se notaron por todas partes, no solo en Francia y en Italia, sino también en Garriguella. El vino se encareció y subió de precio hasta llegar a pagarse entre veinte y veinticinco pesetas la bota. Joan intentaba rendir cuentas como podía al administrador de Peralada porque, aunque debía ser una gran añada, al no saber combatir la plaga, las viñas se quedaban totalmente baldías, secas y mustias. La uva parecía una pasa muy magra y seca, y lo único que podían hacer para aprovechar lo poco que se había cosechado era pasarla por el trujal de aceite con algo de agua. Pero tampoco funcionaba. Y se encontraron con que, en el país del vino, los señores y los amos seguían tomándolo, pero el resto bebía agua. El devastador descenso de las cosechas tuvo dos efectos. Uno fue la miseria que se enseñoreaba y se apoderaba de todo y de todos. Y el otro, una actividad frenética en busca de una posible cura.

Los esfuerzos de las administraciones fueron muy grandes. Ante la gravedad que adquiriría la plaga en España, el Gobierno abrió un concurso público, con un premio de veinticinco mil duros, toda una fortuna, a quien presentara el método más seguro y eficaz para curar aquella enfermedad blanca y cenicienta que bautizaron con el nombre de *oídio*. La respuesta a una oferta tan suculenta fue extraordinaria, y en ella participaron tanto españoles como extranjeros. Sin embargo, la solución también llegó desde Francia, y mucho más tarde. Cuatro años después de la primera detección en

Versalles, un tal Grison, jardinero mayor del palacio, encontró la manera de combatir y prevenir la plaga, rociando las viñas con una mezcla de azufre y cal hervida. Este remedio se conoció como *eau Grison*, 'agua de Grison'. No obstante, este tratamiento tan meticuloso no era aplicable en grandes extensiones de viñedo como las que tenían los condes de Peralada, y no fue hasta tres años más tarde, en 1855, cuando Henri Marès, del Château Launac de Montpellier, encontró una solución más efectiva consistente en pulverizar las viñas con azufre puro y la ayuda de una máquina.

Antes de que llegaran estos remedios, el oídio ya había arrasado la comarca. La década de 1850 a 1860 se conoció como los años del hambre. La miseria se hizo notar en las casas, tanto que la gente comía pan de maíz, pan de habas y pan de bellotas. En mayo de 1861, un viento de tramontana huracanado no dejó ni un grano de uva para cosechar. El año siguiente, una granizada agujereó todas las hojas y machacó toda la uva. Después vino una sequía de más de medio año sin que lloviera ni una gota, por lo que nadie se atrevía a sembrar. Cuando la tierra revivió, tras una semana seguida de lluvias, se recogieron tres añadas en una, sobre todo de aceitunas. Con esto, el pueblo se animó y se volvió a plantar viña, al ver que podían defenderse con los remedios que llegaban de nuevo desde Francia. Sin embargo, quien no tuvo tanta fortuna fue Alba.

Los estragos de la plaga del oídio habían sumido a la comarca en una miseria severa y de difícil supervivencia. Alba intentaba que la contratasen en algún sitio; quería ganarse un jornal, lo necesitaba, pero no lo conseguía. No había trabajo.

Un día, desesperada, se lanzó al vacío desde un risco. Su hija, Aurora, crecería lejos del castillo sin su madre, sin saber tampoco quién era su padre y al lado de la Malaveïna.

La curandera la acogió y la instruyó en las nociones básicas de su oficio, empezando por las propiedades de las plantas, las hierbas y las flores que les ofrecía la naturaleza. Las idas y venidas al bosque para encontrarlas y saber distinguirlas formaron parte de sus particulares días de estudio. Y enseguida aprendió a destilar la resina de pino silvestre, que se utilizaba como base de ungüentos, jarabes, parches y pomadas. También elaboraba remedios con pez negra y diferentes aceites, como el de enebro, lagarto, serpiente blanca o víbora.

La joven Aurora, que recordaba a su difunta madre, estaba ávida de conocimientos y aprendía deprisa. Había llegado la hora de pasar a la práctica. Mientras esperaba las órdenes de su maestra, observaba de pie al lado de un aparato metálico. Era una especie de caldera con una tapa en forma de cúpula de donde salía un tubo, un conducto pequeño y estrecho por donde circulaba un líquido de color cobre que goteaba dentro de un recipiente que había al otro lado.

—¡Fíjate! Con paciencia, ahora tendremos un aceite que, por destilación con vapor de agua, dejará caer gotas en este alambique. —Y la anciana le mostraba todo el proceso, que maravillaba a la joven aprendiz de bruja.

Recogían el aceite y lo guardaban en diferentes botes, frascos y otros recipientes que contenían todos los remedios naturales elaborados por la Malaveína, y que a menudo tenían dos o tres aplicaciones: tanto podían curar golpes, heridas, picaduras o erupciones en la piel como romper pulmonías, curar la tos más seca y rebelde o las úlceras de estómago. Aurora había visto que los tenía repartidos en estantes en la sala principal, pero también en otras estancias de la casa.

—¿Y este que hacemos para qué servirá? —preguntó mientras con la mano izquierda le acercaba un vaso para aprovechar los restos del

aceite.

—¿El aceite de abeto? A menudo lo necesito para curar enfermedades de los pulmones o de los riñones, pero también para la uretra y para las úlceras de estómago —le respondió mientras recogía, con un cucharón de madera de boj, la resina sobrante.

—Y esta resina, una vez destilada, ¿la tiras?

—¡No! ¡Yo lo aprovecho todo! La mezclo con cera y preparo unos parches que van muy bien contra el dolor, los golpes, las torceduras y las picaduras de araña o de víbora. También la aplico sobre la piel para extraer espinas y para tratar llagas y granos infectados.

La chica dirigió la mirada hacia los ramos de flores que colgaban del techo de la cocina. Algunos ya estaban secos, como los de salvia y tomillo.

—¡Con estos dos cerca y bien administrados, no te hace falta nada más! —le aseguró la anciana—. La salvia sirve para curar cualquier enfermedad. ¡Y el tomillo también! Mira, yo lo uso para limpiar los ojos y las heridas, para cuando tenemos dolor de muelas, para las anginas, los dolores de vientre y de estómago; de hecho, también puedes hacerte sopas y comerás salud —le recomendó.

Aurora estaba sorprendida por la variedad de plantas y la cantidad de aplicaciones que tenían. No daba abasto para aprender todos los conocimientos que le transmitía la Malaveína.

—¿Y esta flor blanca? —Con el índice de la mano izquierda señaló una flor que tenía cinco pétalos dobles en forma de estrella.

—Es el té de roca o rompepiedras. Vive en las rocas y en los riscos y arraiga en las grietas; por eso también se la conoce como la hierba de la piedra. Y porque su infusión es ideal para el mal de piedra de los riñones.

A Aurora no se le escapaba ningún detalle de la curandera. Le parecía extraordinario que tuviera remedios para todo y que todo lo

podiera curar. Parecía que nada se le resistiera. Y por eso, un día que no se lo esperaba, le soltó lo que pensaba a la hechicera. Se lo dijo después de ver, con aquellos ojos verdes manchados de oro, cómo curaba a un hombre que tenía un pie y medio en el otro mundo.

La Malaveïna había conseguido curarle una pulmonía. Le envolvió el pecho con la piel de un conejo recién matado, con la parte interna de la piel del animal tocando la del enfermo. Como la fiebre era muy alta y no bajaba, la curandera cambió la piel de conejo, que ya estaba reseca. Lo tuvo que hacer hasta cuatro veces. Tuvieron que desollar otros tantos conejos para curarlo. Pero el heredero de la casa salió adelante.

—¡Tú haces magia!

—No sé si hago magia —le contestó la Malaveïna—. Debes creer en la magia. Yo creo. ¿Y tú?

Aurora se encogió de hombros porque no sabía qué decir.

—No se trata de entender la magia como si fuera real, sino de ver la realidad como si fuera mágica. La realidad no tiene límites, porque en la realidad también tienen cabida los sueños y lo que llaman elementos sobrenaturales, lo que hace que se generen supersticiones.

—¿Superstiqué?

—Supersticiones. Son creencias y miedos absurdos, sin sentido, ante lo que es desconocido y misterioso. Lo que no vemos con los ojos no significa que no exista.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, curiosa.

—Que si sabes mirar, aquello que es insólito y sobrenatural deja de estar al otro lado. Lo que es desconocido se incorpora a la realidad, forma parte de ella.

Aurora estaba confusa.

—Tienes que mirar con otros ojos. —Y la curandera se puso la mano a la altura del pecho—. Tienes que mirar con el corazón limpio.

—¿Eres una bruja?

La mujer esbozó una sonrisa socarrona.

—No sé si soy una bruja. Dicen que si una mujer da tres vueltas a una iglesia se convierte en bruja. Nunca me he acercado a ninguna iglesia. ¿Y tú?

Aurora no entendía nada.

—¡Pínchame!

La chica estaba atónita.

—Dicen que para determinar si una mujer es una bruja tienes que pincharla. Y si es insensible al dolor, se considera que lo es.

—¡Qué tontería!

—También las lanzan al río, y si flotan se las considera culpables de brujería. Y tú ve con cuidado.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Por dos motivos. Primero: dicen que a una mujer que no tenga ninguna peca en la piel también se la toma por bruja.

Aurora no salía de su asombro y, en un acto reflejo, se tocó la cara. No tenía ninguna mancha. Ni en la cara ni en ningún otro rincón de la piel. Y enseguida preguntó:

—¿Y el segundo?

—Veo que usas la siniestra, como una servidora —apuntó la Malaveína.

La cara de sorpresa de la chica pedía una explicación.

—Ya hace tiempo que vi que eras zurda.

—¿Y qué mal hay en ello?

—Que las personas que usamos la izquierda en vez de la derecha estamos mal vistas. Dicen que es la mano del demonio.

La curandera la ilustró:

—Desde tiempos inmemoriales, hay gente que cree en estas tonterías. Mira... Cuando en el campo se tenía que segar el trigo con la hoz —y se puso a imitar el gesto del segador—, decían que el zurdo podía hacer daño a su compañero. O en las guerras. La lanza y la espada se agarraban con la derecha y el escudo, con la izquierda. Los soldados que en una formación fueran al revés podían hacer daño a los demás. También dicen que Judas era zurdo, y que Eva en el paraíso dio la manzana a Adán con la mano izquierda. Todo ello ha hecho que la siniestra, la izquierda, esté mal considerada, y que se relacione con el demonio, el infierno, las brujas...

—Pero ¿quién hace estas acusaciones?

—Ay, pequeña... —suspiró—. La religión. Mira, Aurora, el cristianismo intentó suprimir las creencias ancestrales, aquellas en las que habían creído nuestros antepasados. Algunas las reafirmó, como estas que te contaba, pero a las otras las persiguió. Debes pensar que aquellas convicciones fueron una parte muy importante de la vida de mujeres y hombres que estaban aquí antes que nosotros. Tenían mucha fe en ellas, y las usaron para sobrevivir a la brutalidad y la maldad de su mundo. Gracias al cultivo de esta espiritualidad, pudieron creer en todo: en el rey, en el señor feudal, pero también en los espíritus, en Dios, en el diablo...

Hizo una pausa.

—Ya hace muchos años que la Iglesia persigue a las personas que no se quieren someter a su yugo, a sus leyes, a su religión. Y si son mujeres, todavía lo hace con más malicia. Por eso se inventaron esta palabra: bruja. Y la han preñado de connotaciones negativas. Que si tienen comportamientos y conductas sospechosas, que si practican la magia, que si invocan y convocan a las fuerzas de la naturaleza...

»La brujería se empezó a ver como una religión paralela, con una liturgia propia, y aseguraban que estaba presidida por el diablo, que ya sabes que conspira contra la Iglesia oficial. Y han hecho lo imposible por extender el miedo entre la gente.

Hizo otra pausa.

—Pero en realidad la Iglesia no lo ha conseguido. Porque los vínculos con aquello que nos rodea y que nos ampara son muy fuertes, y han dado sentido a la vida de miles de generaciones. Aunque una forma de desdibujar estas creencias fue cristianizar a los espíritus y dioses de antaño. Así, santa Bárbara y san Marcos protegerían del trueno; san Antonio Abad cuidaría del ganado, o san Juan Bautista protegería las aguas, entre otros. Las antiguas divinidades, todo aquello que se había venerado y adorado y que quedaba fuera de los altares, pasaron a considerarse el Mal, el demonio y los malos espíritus. Así, los palacios de cristal de las mujeres de agua se convirtieron en cuevas oscuras y siniestras, y ellas pasaron de ser muchachas bellas a viejas feas y harapientas. Y las hadas benefactoras se convirtieron en hadas malditas: las brujas.

Y concluyó:

—Sin embargo, lo más curioso es que los hombres que practican las artes antiguas y ocultas lo hacen para bien. ¡Los brujos y los curanderos no están ni perseguidos ni mal vistos! No les deseo ningún mal, pero no hay ninguno que haya acabado en la hoguera o en la horca.

Aurora ponía cara de no entender nada. E insistió:

—Pero tú puedes curar. ¿De dónde sale tu poder?

—¡Del bosque! Miro, escucho y aprendo de mi alrededor.

Y repitió:

—¡Del bosque! ¡De la Naturaleza! —dijo mientras abría los brazos para intentar abarcar todo aquel espacio—. Me encanta el bosque.

Soy quien soy gracias al bosque y a todo lo que atesora. Aquí he aprendido y he entendido que en el bosque entras en un mundo que es mágico, donde la realidad y la fantasía se entrecruzan y se sitúan en un mismo punto. —Y mientras decía esto gesticulaba con las manos en dirección a los árboles que tenía delante—. En el bosque, las cosas se confunden entre los árboles y la espesa maleza de los matorrales. Pero de repente hay una claridad que te lo hace ver todo con otros ojos. En el bosque, he descubierto que la oscuridad brilla, que hay sonidos totalmente desconocidos para los humanos...

—¿Oyes voces en el bosque?

—Las voces de los que viven en el bosque y que me hablan, sí.

—¿Son las que te han contado los secretos para curar?

—Todas esas voces, que no se oyen pero que conocen su entorno, me han enseñado el poder que tienen las plantas, las flores, los árboles. Sin que nadie lo advierta se balancean desde las ramas más altas hasta las raíces más profundas para descubrir el alma del mundo. Aquí he conocido la existencia de innumerables vidas invisibles y diminutas que susurran sus secretos de hoja en hoja, de tallo en tallo, y que depositan cada gota del rocío por la mañana. Es un regalo de la Naturaleza que debes saber leer.

—¿Esos seres son duendes y hadas? —preguntó Aurora con curiosidad, esbozando una media sonrisa.

—Viven en este mundo que está dentro del nuestro.

—¿Y qué tengo que hacer para percibirlos?

—Eso no lo eliges tú. Son ellos los que te llaman.

—¿Y cómo los oiré?

—Cuando estés preparada. No menosprecies la capacidad mágica de la realidad, ni la fantasía ni la imaginación. Te aseguro que, si lo haces, puede sorprenderte que, tras el roce de una rama, el trino de un pájaro o el salto del agua de un río, pueda brotar una señal que

te permita entenderlos —le advirtió la curandera—. La realidad no tiene límites —aseguró—, porque también tienen cabida en ella los sueños, las supersticiones, los elementos sobrenaturales. Aquello que es insólito y sobrenatural deja de estar al otro lado y se incorpora a la realidad. No se trata de creer que la magia es real, sino de ver la realidad como si fuera mágica.

Y le puso un ejemplo:

—¡Mira! Para que veas que la magia está en cada rincón, estamos a punto de llegar a uno de los días, o, mejor dicho, a una de las noches más mágicas del año.

—¿Cuándo? ¿Cuál?

—Mañana. La de San Juan.

—¿Y por qué?

—Hay dos rituales que son vitales y que atesoran una cierta magia. —Y la Malaveína la ilustró—: Uno consiste en escribir en un papel aquello que no te gusta y que quieras enmendar o enderezar. Tienes que echar el papel al fuego y, mientras se consume, remangarte las faldas y saltar las llamas. Es el gesto simbólico que hay que hacer para superarlo. A la mañana siguiente, cuando te levantes, tienes que lavarte la cara con agua de romero, que encontrarás en la jofaina.

—¿Por qué?

—Porque te dará suerte. ¡Ay, mi niña! ¡Más vale tener siempre la suerte de cara! —exclamó la curandera, que enseguida continuó—: La noche de San Juan también recogeremos nueces verdes y hierba de San Juan, los dos últimos ingredientes de la sesentena de hierbas y la docena de especias que necesito para elaborar ratafía. Lo pondremos todo dentro de una gran damajuana, una garrafa de vidrio de cuello estrecho, y con las manos removeremos su contenido. Notarás que desprende un aroma muy característico

cuando lo agitemos. Una vez hecho, lo taparemos con un paño y pondremos un plato encima para que no entre ningún bicho.

—¿Y después?

—La mezcla estará cuarenta días y cuarenta noches a la intemperie, macerando, en un rincón del patio. Y no será hasta noviembre, después de la matanza del cerdo, cuando la abriremos, la pasaremos por el colador y ya estará lista para beberla. Si hemos hecho bien la mezcla, tendrá mucha salida, no solo como digestivo, sino también para aliviar un resfriado o hacer pasar los dolores de barriga de las mujeres, entre otras aplicaciones. Si no sale bien, solo servirá para desatascar el fregadero de la cocina. —Y soltó una carcajada que enseguida le contagió a Aurora.

Y la oscuridad brilló.

Parecía imposible, pero era exactamente lo que percibía Aurora. Ahora que caminaba por el centro del bosque, la sensación de luminosidad que notaba, que apreciaba en todo su esplendor, no podía ser más real. Y a medida que se adentraba en él, veía con mayor claridad y se conectaba más con aquella realidad, que ahora observaba bajo otra luz, pero con los mismos ojos. Notó que no solo la vista, sino otros sentidos, como el oído primero y el olfato después, se le agudizaban, y que era capaz de distinguir los matices, los acentos, los ruidos y los olores. El balanceo de las ramas de los árboles parecía susurrarle algo; en el vuelo de los pájaros y en su melodioso piar también intuía unos sonidos que se acercaban mucho a las palabras, tal y como ella las entendía. Los bramidos, los gritos y los chillidos armoniosos de otras criaturas que provenían del sotobosque, del interior de los troncos de los árboles, de las cuevas, del río... Era como si el bosque entero entonara un canto de bienvenida, una melodía hecha de sonidos antiquísimos totalmente desconocidos para los seres humanos, pero en los que percibía una cierta familiaridad, pues los había oído muchas otras veces. La diferencia, sin embargo, era que ahora los escuchaba desde el corazón. En aquel instante, Aurora empezó a presentir la existencia de muchas vidas invisibles, tal como le había explicado la Malaveïna, que estaban dispuestas a confiarle sus secretos, guardados en la profundidad de las raíces que se hunden buscando el latido del

corazón del mundo. La esencia. Aquello que los hace únicos, permanentes, invariables.

Un enjambre de luciérnagas empezó a sobrevolarla, como si bailaran en su honor. Y Aurora recordó lo que le había contado la curandera sobre aquellos curiosos insectos:

—Ver una volando cerca de ti es una señal de protección de fuerzas superiores. Su luz es un augurio de buena suerte y protección espiritual, porque las luciérnagas son mensajeras de los dioses. Su centelleo rápido y coordinado transmite mensajes secretos entre las criaturas del bosque —le había susurrado la Malaveína. También le había hecho saber un detalle que convenía no pasar por alto—: Las luciérnagas son venenosas, pues al verse atacadas comienzan un proceso de sangrado por el cual liberan una sustancia química que tiene un sabor amargo, áspero y un tanto avinagrado. Debes saber que es mortal para sus depredadores, que son los sapos, las lagartijas y los pájaros. Para los humanos no. Al contrario, como todo, con medida puede resultar de gran utilidad! Esta sustancia tiene un poder anestésico, calmante y sedante muy útil. La he usado muchas veces y es muy eficaz.

La vieja curandera estaba satisfecha con el aprendizaje que había realizado Aurora. Cuando la veía emboscada en medio de la maleza o frente al caldero preparando algún aceite, la miraba con orgullo, como si fuera su hija. Observaba que, con el paso de los años, la hija de Alba había aprendido a escuchar, a mirar la naturaleza con el corazón y a entenderla. Y tenía la sensación de que su trabajo ya estaba hecho. Había traspasado todos sus conocimientos y daba gracias a los dioses que se lo habían permitido. Presentía que el tiempo de sus días se escapaba y que no tardaría en dejar este mundo. Tal como le había dicho una vez a Aurora, cuando ella sintiera la llamada del bosque se iría sin hacer ruido, y en un acto

mimético adoptaría la forma y el color de cualquier especie con la que se sintiera conectada y se convertiría en una parte más de la naturaleza.

Y así fue como Aurora, que ya podía percibir ciertas señales, entendió que a la Malaveïna, tal como la había conocido, ya no la vería nunca más.

Lo constató un día, cuando, antes de entrar en el bosque, le dio la bienvenida un árbol que se alzaba al lado del camino y que hasta entonces no había estado allí. Lo miró de arriba abajo y reconoció en él el espíritu de la vieja curandera.

Era una sabina.

Un árbol alto y resistente, sólido y firme.

Indestructible. Capaz de aguantar sin ceder ni flaquear ante las condiciones más adversas de frío, calor, viento y sequedad.

Aurora recordaba que en una ocasión la Malaveïna le había confesado que sentía una ferviente admiración, rayana en la devoción, por aquel árbol, al que se consideraba único por ser capaz de unir el infierno, la tierra y el cielo. No era casualidad que ella nunca fuera a ninguna parte sin su inseparable bastón, hecho de una raíz de sabina, una raíz que se había hundido en la tierra, retorciéndose entre el barro y la oscuridad subterránea, y que, a pesar de todos los inconvenientes, había sido capaz de nutrir un árbol frondoso y vigoroso como el que se alzaba ante ella. Por algo se le conocía como el árbol de la vida, el árbol siempre verde. Y Aurora se acercó a aquel ejemplar lozano y lleno de vida para acariciarle la corteza. Era de un color ceniciento y, al tacto, resultaba rugosa y fibrosa. Levantó la vista hacia la copa, densa y espesa. Y con la mirada empañada por la emoción, recorrió el conjunto de ramas de la sabina, desde la horcadura hasta la cima, para detenerse en el verdoso follaje. Podía sentir cómo la esencia de su

maestra se respiraba entre el ramaje. Sus ojos se detuvieron en unas formas redondeadas de color naranja-marrón. Arrancó un fruto y lo olió. Tenía un aroma fuerte, resinoso, parecido al del enebro. Recogió unos cuantos y pensó que, de aquellos frutos que le ofrecía la Malaveïna, haría un aceite cuyas propiedades ya conocía. El aceite de sabina era uno de los esenciales para la curandera.

París, 1850

París volvía a ser la cura.

Ya lo había sido, y ahora sus padres volvían a confiar en ella. Cuando Antoni era pequeño tenía una salud muy delicada, y los condes no escatimaron esfuerzos para recurrir a los mejores médicos para que lo atendieran. Después de un periplo que les había hecho viajar por media Europa, decidieron llevarlo a un médico que, cuando era necesario, se valía de técnicas más propias de un curandero que de un profesional de la medicina, pero que era efectivo, tenía mucha fama y vivía en París.

Se llamaba Jean-Baptiste Dubois y era un ferviente seguidor de los métodos del doctor Franz Anton Mesmer, el médico austríaco que cien años atrás había revolucionado la medicina con sus curas aplicando imanes a sus pacientes, lo que se conoció como magnetismo animal. El éxito hizo que se trasladara rápidamente de Viena a París, donde, a pesar de tener mucho trabajo y reconocimiento social, no siempre triunfó. Algún caso que no terminó del todo bien, como el de una chica ciega que estuvo a punto de morir, puso en alerta a sus colegas franceses del gremio, quienes le cuestionaron y lo tacharon de fraude. La Real Sociedad Médica, por orden del rey Luis XVI, intervino y, tras realizar diversas comprobaciones, concluyó que las ideas sobre el magnetismo animal eran inútiles y peligrosas, y que se debía prohibir su uso. Mesmer

fue invitado a marcharse de París, pero su forma de entender la medicina dejó huella. Con el paso de los años, Dubois había perfeccionado sus métodos y por sus manos pasaban dignatarios de todo el continente y los nobles franceses más adinerados. Los condes de Peralada llevaron allí a su hijo Antoni, que sufría una debilidad nerviosa y era propenso a episodios de vómitos, desmayos, ceguera pasajera, depresiones y delirios, una especie de ataques o brotes de epilepsia. Tuvo suficiente con una semana ingresado en aquella pequeña clínica, situada detrás de la catedral de Notre Dame. Antoni de Rocabertí recibió las medicinas necesarias para curarse; no recordaba el tratamiento, pero la agresividad de algunos medicamentos hizo que su salud se resintiera para siempre.

Pensativo y paseando por la margen izquierda del río Sena, Antoni de Rocabertí recordaba todo esto cuando dejó atrás la imponente arquitectura de Nuestra Señora de París y llegó al corazón del distrito quinto, el barrio más antiguo de la ciudad. Si ahora lo habían enviado a Francia para alejarlo de una relación que no le convenía, también era cierto que pasaría allí una larga temporada porque debía formarse. Y por este motivo, una vez instalado en la casa donde vivía su hermano Tomàs, había decidido asistir a las clases que se impartían en el Collège de France, uno de los lugares de transmisión de conocimiento más importantes del país. Era una institución de educación universitaria de enorme prestigio fundada en el siglo XVI por el rey Francisco I de Francia. Bajo el lema *Docet omnia*, 'enseñarlo todo', ofrecía un conocimiento de alto nivel científico y literario. Y esto significaba matemáticas, ciencias físicas, ciencias naturales, filosóficas y sociológicas, ciencias históricas, filológicas y arqueológicas de la mano de las eminencias más reputadas. Este conocimiento se impartía gratis y las clases eran abiertas a todo el mundo, a todo aquel que quisiera aprender. Esta

idea es la que llevó a Rocabertí a asistir a una de las conferencias que pronunciaba un filósofo y catedrático de Historia del Colegio, el insigne Jules Michelet.

Hacía poco que Michelet había vuelto al Colegio después de que una decisión ministerial, por orden de la monarquía, hubiera suspendido su curso en enero de 1848. La razón de la suspensión no la había acabado de entender nadie porque se había querido contentar a todo el mundo, pero esgrimieron que era demasiado anticlerical y liberal. Por este motivo, su disertación había levantado mucha expectación y había mucho público, que había llenado el anfiteatro del Colegio. Pero lo que atrajo a Rocabertí a la conferencia era el tema sobre el que disertaba: la brujería.

Parapetado tras el atril de madera y con la ayuda de un monóculo, Michelet, al que se veía enjuto y marchito, consultó los papeles antes de empezar.

Y lo hizo con una afirmación contundente:

—¡La brujería nace en los bosques!

Un cierto rumor se extendió entre la multitud de asistentes, que aguardaban expectantes.

—¡Es así! Y lo es desde los tiempos medievales, en los que los europeos vivían más cerca de la naturaleza, no por gusto, sino por necesidad. En ella encuentran una manera de subsistir, o quizá de refugiarse de las banderías de la época o de las arbitrariedades de los señores nobles. Es esta vecindad forzosa con la naturaleza la que permitirá el nacimiento de la brujería primigenia, los brujos y las brujas que en las fábulas posteriores darán forma al arquetipo de la bruja solitaria, que vive en una cabaña en un bosque lúgubre, y del brujo alquimista encerrado en su torre oscura. El aspecto asilvestrado de este lugar, áspero, lleno de tejos y zarzas, la belleza sobria y siniestra de la implacable Proserpina, perturban la

percepción. Por este motivo dirán que el bosque está embrujado. Varias veces en los eriales se han visto cosas que no se debían ver. Muchos hombres van allí a escondidas. A las mujeres todavía les cuesta mucho aventurarse a entrar en ellos. Observan el peligroso camino, preguntan a quienes regresan de él.

»El patrón era bien claro: el pastor de las montañas, la vieja curandera, el hombre que entiende el lenguaje de los pájaros y de las serpientes, el cortanubes, la chica con dotes de sibila... Vecinos de los bosques o casi unos habitantes suyos más. Y todos ellos pertenecen a las clases y los estamentos inferiores de la sociedad, siervos maltratados por sus señores en aquellas regiones boscosas donde eso era el pan de cada día. Podemos partir con total seguridad de la premisa de que, durante siglos enteros, el vasallo vivió como el lobo y la zorra, como un animal nocturno: quiero decir que, de día, se mantenía lo más quieto posible y que solo vivía realmente de noche. Más claro no se puede decir. De día, los siervos hacían lo que podían, y al anochecer encontraban refugio en la nocturnidad y en el salvajismo, el del bosque, el del erial..., allí donde encontrasen un rincón de libertad, lejos del altivo y tenebroso castillo y del pueblo repleto de ojos y oídos fisgones. Allí encontraban a Lucifer, el demiurgo, el Gran Padre, y con él pactaban un acuerdo que les otorgaba la tan ansiada libertad.

»Pero esta libertad tenía un precio en este mundo, pues quienes se creen sus dueños siempre están al acecho del que se sale de las normas. Ya por aquel entonces, los ojos y oídos espías corrían por todas partes..., igual que ahora.

Michelet hizo una pausa que aprovechó para beber un poco de agua.

Mientras tanto, el auditorio permanecía en un respetuoso silencio ante el discurso que desarrollaba el orador. Entonces, el profesor se

aclaró la garganta y continuó:

—Si el maleficio se asocia a las malas opiniones, todo brujo es un hereje y todo pusilánime es un brujo. Se puede quemar como brujo a todo aquel que piensa mal, o contra el pensamiento establecido. Puede ser quemado en la hoguera de la brujería todo aquel que piensa mal, y quien dice mal dice diferente —dijo, usando otro tono para subrayar la singularidad de la palabra.

Entonces prosiguió:

—No es que en la Edad Media no se persiguiera a personas acusadas de brujería, pero la gran locura de las hogueras, los juicios teatrales y los inquisidores desbocados llegaría en la Edad Moderna, aquellos siglos de renacimiento cultural, fuerza de la razón y orden ilustrado combinados con conflictos como la guerra de los Treinta Años.

Michelet detuvo su relato y barrió con la mirada, un tanto inquisitorial, a los asistentes. Le gustaba comprobar que el público estaba atento.

—Hasta cierto punto, la caza de brujas de la Edad Moderna sirvió para oponer el poder laico al eclesiástico, en una pugna que ya venía de antiguo; los tribunales de unos llevaban a cabo juicios y quemas masivas de brujas y brujos más ostentosos que los de los otros, los perpetrados por la Iglesia. Todo ello, en el contexto de la Ilustración. Luces con sombras. Pero ¿qué es la luz si no genera sombras? El mundo en que vivimos así lo exige, es ley natural, y aquellos tiempos de estallido ilustrado, con la razón y la ciencia en la boca y la mente de tantos, por fuerza debían acentuar la parte oscura y esotérica de la experiencia humana. Lo exotérico y lo esotérico no son sino las dos caras de la realidad tal como la entendemos nosotros, los humanos.

E hizo otra pausa para tomar un pequeño trago de agua.

—Para mí, la persecución de la brujería, desde un punto de vista esotérico, fue el intento de eliminar definitivamente un remanente de religión pagana del que los brujos y las brujas serían los seguidores. Sí, ya sé que la teoría sonará controvertida y que será descartada por algunos estudiosos. Pero, en mi opinión, es la siguiente: la brujería sería una forma superviviente de los antiguos cultos paganos en los que un dios con cuernos sería la divinidad principal, lo que habría dado origen a la idea medieval del diablo. Aunque la hipótesis es atractiva, hoy el consenso académico es que los juzgados y condenados por brujería no eran practicantes de ningún culto pagano.

»Más allá de consideraciones esotéricas, la brujería es la visión que la sociedad del momento tuvo de los diversos movimientos de rebeldía libertaria que se extendieron por Europa en los siglos pasados. De gente de diversas generaciones, ideas y géneros sexuales que buscaban espacios donde ser ellos mismos, libres de acción y de pensamiento en un mundo que les era adverso.

Michelet hizo otra pausa y se quitó el monóculo, pues ya estaba encarando la recta final de su discurso.

—La visión negativa de la brujería es la de aquellas personas que no comulgaban con las ideas de libertad de sus vecinos y familiares, y que se oponían a ellas con acusaciones fantasiosas en las que algunos elementos del folclore han exagerado las cosas. Todo esto lo encontrarán muy pronto en un libro que estoy terminando y que llevará por título *Satanismo y brujería*.

»¡Muchas gracias por su atención!

Al acabar la conferencia, Michelet respondió a las preguntas que le plantearon los asistentes, aunque en algunas, las más políticas, se le veía incómodo. Después de la Revolución no había aceptado la oferta que se le hizo de entrar en la vida política activa. Su decisión

y, sobre todo, sus opiniones todavía suscitaban cierto revuelo. Cuando se le preguntaba, sus respuestas a menudo tenían un tono mordaz y generaban cierta irritabilidad entre los miembros del Gobierno.

—Que se envíen las tropas contra el pueblo no me parece adecuado. La democracia solo será posible cuando se haya definido y enseñado a todos los ciudadanos. Por eso creo que soy más útil aquí, en el Colegio, impartiendo conocimiento.

Rocabertí esperó a que terminase de responder alguna cuestión más y a que bajase del atril para abordarlo.

De pequeña estatura, con una salud frágil, se veía que Michelet no era un hombre de acción. Más bien de meditación. De evitar las multitudes. No le gustaba el ruido; prefería el silencio, la soledad, el trabajo pacífico del gabinete. El de Peralada se acercó.

—Disculpe, monsieur Michelet... Su disertación me ha parecido muy interesante.

El filósofo lo agradeció asintiendo con un movimiento de cabeza.

—Y creo que la visión que nos ha ofrecido desde aquella época hasta ahora ayuda a interpretar el poder de los bosques y a humanizar la figura de la curandera.

—Lo celebro, monsieur. Es bien cierto que la vida precaria de aquella época remota hacía que las tribus vivieran la magia intrínseca del bosque como un hecho de lo más normal, y esto provocó que esas sociedades se volvieran más imaginativas y creyeran en sus propios sueños, los cuales les servían de consuelo. Sueños extraordinarios, repletos de milagros, de locuras absurdas y encantadoras. Y aquí es donde empieza a forjarse el origen pagano de la brujería y de la figura de la bruja a manos del diablo, quien primero la convierte en dueña de la naturaleza, hacedora de milagros, y más tarde en curandera y médica.

—De hecho, todos los pueblos necesitan su propia historia, ya que esta contribuye a crear la imagen que tienen de sí mismos y les otorga una sensación de identidad colectiva. Y en este sentido, utilizan el pasado que ellos mismos han creado y, hasta cierto punto, inventado e imaginado para explicarse —apuntó Rocabertí.

—No menospreciemos la imaginación, la fantasía ni la magia cuando nos sorprenden imágenes en sueños o aparecen duendes, hadas y otras criaturas de las páginas de un libro. Debemos pensar que, en cierta manera, aquellos seres fueron una parte muy importante de la vida de mujeres y hombres que vivieron antes que nosotros, y que los utilizaron como herramientas para combatir la brutalidad y la maldad gracias al cultivo de una espiritualidad, a veces pagana, que los llevó a creer en todo: en el rey, pero también en los espíritus, en Dios, en el diablo...

Michelet hizo una pausa. Se le veía fatigado.

—El abandono de la barbarie para dar paso a sociedades más cultas de alguna forma está ligado a estas creencias, a esta fe ingenua e indiscriminada basada en ficciones extraídas de la realidad. Un relato, aunque tenga toques, chispas de magia, sigue siendo un buen instrumento para entender y explicar esa realidad y sobrevivir a ella. Y no podemos ser tan descreídos como para acabar imponiendo una desmemoria al conocimiento que nos han legado, si al final no queremos encontrarnos sin tradición. Porque no olvidemos que la tradición es eso, la transmisión oral de padres a hijos, de generación en generación, de hechos históricos, de creencias, de doctrinas religiosas. Transmisión de todo tipo de conocimientos. También de aquellos que provienen de la Naturaleza.

—¡Jules! ¡Mi querido duende!

Era la voz de una mujer que, vestida como un hombre, con el pelo cortado *à la garçon* y fumando en pipa, se acercaba de forma

decidida y arrolladora hacia ellos.

—¡Aurore! —exclamó Michelet—. ¡Gracias por venir!

—No me lo podía perder por nada del mundo. —Y le tomó dulcemente del brazo para hacerle un comentario que Rocabertí también oyó—. Sin embargo, permíteme que te contradiga, porque, tal como apunté en *La niña hada*, al final la bruja bien puede ser una científica, una psicóloga o una confesora.

—¡Ay, Aurore! Ahora no pienso meterme en esas disquisiciones. Estoy fatigado —le reconoció el catedrático.

Pero Rocabertí, que seguía a su lado, no pudo resistirse a intervenir:

—Disculpad mi atrevimiento. ¿Habéis mencionado *La niña hada*?

—Sí.

—¿La historia de la pequeña Fadette, criada por su abuela, una mujer menospreciada por el pueblo por su fama de hechicera, de bruja?

—Sí.

—¿Sois...? —dudó, nervioso—, ¿sois George Sand?

—Aurore Dupin, para servirlos. —Y soltó una nube de humo de la pipa que casi le nubla la vista a Rocabertí—. ¿Y vos quién sois?

Tosiendo para no ahogarse con aquella neblina que lo envolvía, Antoni se aclaró la garganta para tragar saliva y responder:

—Soy Antoni de Rocabertí, asistente a las clases del doctor Michelet —que estaba apoyado en el brazo de la escritora— y un humilde admirador de vuestra obra —le reconoció, un tanto ruborizado—. *El estanque del diablo* me cautivó.

Dupin alzó las cejas por encima de las gafas, sorprendida, y torció la cabeza en un gesto de agradecimiento, un movimiento que Rocabertí interpretó en el sentido de que podía continuar hablando.

—De hecho, la descripción del paisaje, especialmente del bosque y del estanque cerca de Mers-sur-Indre, creo que juega un papel crucial en la novela.

Gracias al dominio del lenguaje y a su sensibilidad artística, Sand había conseguido escribir una obra cautivadora que sumergía al lector en el mundo rústico y poético de la campiña francesa. En *El estanque del diablo* pintaba un escenario casi místico en el que la Naturaleza acompaña y refleja las emociones de los personajes: Germain, un joven campesino viudo con tres hijos, y Marie, una joven humilde del campo que se marcha a trabajar de pastora al mismo pueblo al que se dirige el primero para conocer a su futura esposa. Ambos se encontrarán por el camino y se perderán en el bosque, cerca del enigmático estanque.

Rocabertí continuó el elogio.

—Los troncos de las encinas, los abedules, la luna y las estrellas, el reflejo del fuego en el estanque del diablo y sus simbolismos hacen que todos se conviertan en testigos silenciosos de la historia de amor y desamor que se desarrolla a orillas de sus aguas, casi encantadas.

En este punto, Michelet intervino:

—Hace unos momentos hablaba con este joven tan despierto sobre el inmenso poder de la Naturaleza, de los bosques, y de cómo esto ha contribuido a fortalecer y entender las tradiciones y sus relatos.

Aurore Dupin, George Sand, iba asintiendo y finalmente habló:

—A través de esta obra, he querido ofrecer un testimonio de las pasiones humanas, enmarcadas en la belleza y la austeridad de nuestro paisaje, de nuestros bosques. —Y modulando el tono y haciéndolo mucho más amable, reconoció las palabras que le había dedicado Rocabertí—: Me siento muy honrada por la lectura que

habéis hecho de este libro. Es esencial para aquellos que buscan entender el corazón de los seres humanos, hombres y mujeres, a través de la perspectiva de la naturaleza.

Hacía tiempo que Rocabertí buscaba respuestas a través de la expresión más genuina de la naturaleza, los bosques, ya que era allí, en aquel lugar con un componente mágico, donde su vida había dado un giro. De ahí también esa necesidad de querer saber, de conocer, de entender la complejidad de los bosques; a menudo le pasaba por la cabeza la idea de que debía hacer algo con el entorno natural, salvaje y auténtico que se extendía por los dominios del castillo de los condes de Peralada.

Al salir de la conferencia se dirigieron a un café concierto, en la avenida de los Embajadores, junto a los Campos Elíseos. Rocabertí aceptó la invitación que tanto Michelet como Dupin le hicieron para que se uniera a ellos, y quedó sorprendido cuando, tras dejar aquella ancha avenida, se internaron por el parque.

Un bosque esplendoroso, una naturaleza exuberante.

«¿Quién sabe qué pasiones debe atesorar este paisaje?», se preguntaba Rocabertí todavía con el eco de la conversación que había tenido con Dupin.

No muy lejos le pareció oír música. Y, efectivamente, unos metros más adelante, y como si emergiera de la nada, apareció ante sus ojos un café. Era un establecimiento al aire libre delimitado por unas farolas que iluminaban el espacio con una hilera de mesas y sillas distribuidas ante un pequeño escenario con voladizo. Arriba había una pequeña orquesta que amenizaba la velada interpretando música popular. Mientras se abrían paso entre las mesas, Dupin recibió los saludos de algunos de los asistentes al café concierto, y Rocabertí lanzó una rápida mirada por las mesas y constató que el público estaba formado por miembros de la clase acomodada, que buscaban diversión mientras tomaban una copa y disfrutaban del agradable fresco parisino.

Un camarero los acompañó hasta una mesa, lo suficientemente lejos de los músicos para que pudieran hablar sin tener que levantar la voz.

—Antes de venir a tu conferencia, he pasado por la morgue —dijo Aurore Dupin, tras pedir una botella de absenta y tres vasos.

Rocabertí se extrañó y Michelet arrugó la nariz en señal de repugnancia.

—¡Aurore! ¡No me lo puedo creer! Tú no. —Y puso los ojos en blanco—. ¿Tú también has sucumbido a esta moda execrable?

—Sí, lo confieso —rio la escritora—. ¡Me ha podido la morbosidad! —le admitió mientras aspiraba su cigarrillo con avidez.

—Perdonad...

Rocabertí estaba completamente perdido, y Aurore Dupin se lo explicó:

—En la Île de la Cité, detrás de Notre Dame, está el depósito de cadáveres. Tiene una fachada muy grande y unos cristales enormes, tras los cuales se exponen los cuerpos de algunas de las personas que las autoridades han encontrado sin vida por las calles de París.

—¿Qué decís? —gritó, horrorizado, el noble de Peralada, que no conocía el lugar y no salía de su asombro.

—Tal como lo oís; es asqueroso ver cómo cada día se arremolina más gente allí, sin ningún respeto por la vida humana. —Michelet volvió a intervenir, indignado—. ¡Es un espectáculo que atenta contra la dignidad de las personas, y lo único que hace es alimentar ese enfermizo instinto de morbosidad que tiene el pueblo! —exclamó, ofendido.

—Querido, te equivocas —puntualizó Dupin—. Es una gran herramienta, porque como no existe un sistema para avisar a las familias de que su pariente ha muerto... ¡Solo de pensar en la idea de que pueda morir y que nadie reclame mi cuerpo me entran todos los males! —reconoció la escritora.

En ese instante, el camarero regresó con una bandeja que contenía tres vasos, tres cucharas, un cuenco con terrones de

azúcar, una jarra de agua fría y la botella de absenta.

—¡Ya tenemos aquí al hada verde! —Dupin saludó la llegada de aquella bebida alcohólica.

—¿El hada verde? —preguntó, curioso, Rocabertí.

El camarero se la sirvió y se retiró asintiendo con la cabeza.

—¡Sí! Le han puesto este nombre debido a sus supuestos poderes mágicos y al color verde claro, que se transforma en un tono lechoso o nublado en el momento de añadir agua antes de consumirla.

Y, a continuación, Dupin colocó la cucharilla perforada sobre el vaso de cristal y le puso en la parte cóncava un terrón de azúcar que acababa de coger. Rocabertí seguía todo el proceso con mucha atención.

—Se suele añadir agua fría para que deshaga un poco el azúcar; el agua rebaja el grado de alcohol y libera aromas, y el azúcar reduce el amargor —explicó Dupin.

—¿Te parece bien, pues, este espectáculo dantesco y lúgubre que se representa en el depósito? —Michelet retomó la conversación donde la habían dejado mientras tanto él como Rocabertí se preparaban sus vasos de absenta.

—¡Ya lo creo! A mí me pueden exponer —admitió Dupin, que dio un buen trago a su vaso de absenta y acto seguido profundizó en los detalles—. Las partes íntimas de los cuerpos están protegidas y no se ve nada. Y están muy bien conservados, porque hay un sistema de goteo de agua que los mantiene en buen estado. Y para evitar que se empiece a notar el deterioro de aquellos cadáveres que llevan más tiempo en la vitrina, les ponen una máscara de cera —explicó la escritora, que observaba divertida cómo Rocabertí arrugaba la nariz y el cuello tras beberse la absenta—. Es fuerte, a pesar de estar rebajada —le reconoció.

—¡Esperpéntico! —fue la definición que dio Michelet de aquellos hechos que le irritaban hondamente.

—¿Sabes a quién me encontré el otro día entre los que miraban los cadáveres?

Michelet levantó las cejas y Dupin respondió a aquella señal de curiosidad.

—Allan Kardec.

—No sé quién es —reconoció Rocabertí.

—Monsieur Kardec es uno de los principales introductores del espiritismo en Francia —le dijo Dupin.

—¿iKardec!? —exclamó Michelet—. ¿Qué va a buscar allí? ¿Adeptos a su doctrina espiritista? ¿Pretende encontrar... clientes para sus sesiones?

—Pues sí. Pero no son clientes. Son familias que quieren comunicarse con sus seres queridos o despedirse de ellos y que no han podido hacerlo porque la muerte se los ha llevado demasiado pronto.

—Hace negocio con ello, y no me parece lícito jugar con los sentimientos de las personas.

—No lo hace, Jules, no lo hace —le contradijo Dupin—. He asistido a alguna de las sesiones y te puedo asegurar que la sensibilidad y el cuidado con que se lleva a cabo todo el proceso de manifestación del espíritu del difunto y la comunicación con los vivos es exquisita —continuó su defensa del espiritista—. Kardec es muy respetuoso y ha estudiado y explorado esta posibilidad, que es real, de comunicarnos con los espíritus de los muertos. Jules, tú que estás acostumbrado a cuestiones de brujería deberías saberlo mejor que nadie —le espetó Dupin.

Michelet, serio, sacudía la cabeza de derecha a izquierda, negando. Se mantenía firme en sus convicciones. Rocabertí, que

llevaba un rato sin decir nada, atento al combate dialéctico que mantenían aquel par de intelectuales, osó intervenir cuando Dupin mencionó a las brujas.

—Recuerdo haber leído en *La Odisea*, de Homero, que cuando Ulises baja al infierno, al Hades, el héroe realiza un ritual siguiendo lo que le había indicado la bruja Circe. Y de esta manera, gracias a las indicaciones de la hechicera, consigue hablar con el espíritu de su madre y con los de sus compañeros muertos en Troya. Sería una demostración de espiritismo, ¿no creen?

—Cierto —admitió Aurore Dupin—. Bien visto, monsieur Rocabertí. Jules Michelet resopló, en señal de desacuerdo.

—Aunque puedo estar de acuerdo en que esta referencia literaria da a entender que antiguamente el espiritismo era una técnica que se utilizaba para comunicarse con los difuntos, lo que deploro y critico es la manera en que Kardec y sus seguidores se aprovechan del dolor de los familiares de los fallecidos. Y cómo los embaucan con su supuesta capacidad para ponerlos en contacto. Y aún más allá, en el depósito de cadáveres. No me parece bien, y según tengo entendido las autoridades acabarán con ello muy pronto.

—Pues me parece que será un error, porque el tránsito por el duelo es muy diferente si se puede establecer este tipo de contacto. No deja de ser un último acto de amor hacia el espíritu de aquel que ya no está en vida —reflexionó Aurore Dupin.

Rocabertí asentía con la cabeza. Estaba de acuerdo. Recordó lo que cierta vez le había dicho el rector de Peralada sobre el espíritu, el alma y el amor: «Solo el espíritu da vida al cuerpo y al alma. Y juntos forman la unidad del ser humano otorgándole la plenitud de la vida, que es el amor».

—Oh, no, querida Aurore. ¡Me refiero a que se cerrará la exposición pública de los cadáveres en el depósito! ¡Es un

espectáculo indecente! En cuanto a los espiritistas..., ellos verán con su conciencia. —E hizo un gesto de desdén con la mano derecha—. ¡Ya se las arreglarán!

Apuraron los vasos de absenta mientras terminaban de escuchar la música que todavía interpretaba la orquestina que les había dado la bienvenida a aquel café concierto. Una música que Rocabertí estaba convencido de que espantaba a cualquier espíritu que pudiera habitar en aquellos bosques junto al parque.

París, mayo de 1869

Antoni y Tomàs de Rocabertí decidieron visitar la Exposición Universal de Horticultura, en la plaza de los Campos Elíseos. Era una superficie de una hectárea convertida en espacio verde público, un verdadero jardín de ciudad diseñado por el paisajista Loyre, que tuvo un gran éxito. Se abría con una bonita puerta de hierro ante el Palacio de la Industria; más de quinientos expositores presentaban todo lo necesario para crear un jardín, y los pabellones ofrecían una ornamentación y un vocabulario pintorescos, el mismo que se empezaba a utilizar para promocionar las zonas turísticas. El pabellón rústico de la administración, construido con ramas reales de árboles cortados, estaba diseñado por la empresa Tricotel, productora de numerosas masías y fábricas que poblaban las zonas turísticas. Invernaderos, aviarios, pabellones chinos, chalés glaciales, objetos decorativos y utilitarios de jardín marcaban el paseo por la exposición. Y los maestros del género ofrecían los planos de diversos proyectos. El paisajista François Duvillers tuvo claro desde un principio —y aún más como miembro de la Sociedad de Horticultura— que su presencia en el certamen le aseguraría una buena publicidad. El renombre y el prestigio ya los tenía, fruto de los diseños que le habían encargado, pero era consciente de que necesitaba estar en la palestra si quería mantener su buen nombre. Tenía la cabeza bien proporcionada, como la de un antiguo general

del Imperio romano: ojos de águila, acostumbrados a ver en perspectiva aérea —una perspectiva figurada por la disposición de las líneas y sobre todo por la gradación de colores en los planos—, y facciones duras, como acabadas a golpe de cincel. Su rostro era poderoso. Y el cabello espeso, con algún rizo en los lados.

Como resultado de su asistencia en anteriores ediciones, Duvillers había diseñado numerosos jardines para residencias lujosas en la periferia de la ciudad. Miembro de la Sociedad desde 1833, en el año 1840 ya había realizado un primer dibujo para el jardín de prueba y experimentación de horticultura práctica que la Real Sociedad de Horticultura había abierto en un terreno ofrecido por el Gobierno, situado en los antiguos viveros cartujos del Palacio de Luxemburgo. En este lugar experimental se presentaban frutales, hortalizas y forrajes, árboles y arbustos, así como plantas ornamentales, en sesiones abiertas tanto para los miembros de la Sociedad como para el público en general.

El gran reclamo de Duvillers para atraer a la clientela a la Exposición Universal era el proyecto que había ejecutado para el magnate de la banca Salomon Rothschild: un parque de estilo inglés con un chalet de formas exquisitas rodeado de naranjos. El espacio, muy bien aprovechado, albergaba un invernadero repleto de flores, un aviario de pájaros exóticos y un puente que los comunicaba con las balsas y el estanque. Una de las particularidades de aquel lugar era que, por deseo expreso de Rothschild, se escondía allí una cueva. En aquel proyecto, Duvillers había invertido casi veinte años, de 1834 a 1854, y mostraba un estallido de creatividad que se reflejaba en los planos expuestos y que sedujo a los Rocabertí. Los condes de Peralada se interesaron por ello y se detuvieron ante el espacio que ocupaba el arquitecto paisajista. Encaramado a un

pequeño escenario, Duvillers se dirigía a un público diverso pero atento a sus palabras, mientras disertaba sobre los jardines.

Y los condes quisieron escucharle.

—A menudo se explica, desde un punto de vista poético, que la historia de la humanidad es un esfuerzo constante por recuperar el jardín del edén, aquel lugar paradisíaco que perdimos. —Pero enseguida puntualizó añadiendo un pronombre—: Que *nosotros* dejamos perder por nuestra mala cabeza, por la codicia humana. La palabra *paraíso* no es más que el término persa original para referirse a un jardín cerrado.

Duvillers hizo una pausa mientras con la mirada escudriñaba el reducido pero concurrido auditorio, que seguía su discurso con atención.

—Hasta el siglo xvi, los jardines eran espacios cerrados y privados, propiedad de los estamentos privilegiados: la aristocracia y la Iglesia. Casi nunca se abrían. El pueblo no tenía acceso a ellos y se conformaba con pasear cerca de los altos muros que rodeaban estos edenes aristocráticos. Se tenía la idea de que el paisaje era democrático, y los jardines, aristocráticos.

El público asentía con la cabeza, siguiendo los razonamientos de Duvillers.

—No fue hasta 1789 cuando, con la agitación de la Revolución francesa, se abrieron las puertas de los palacios y residencias de la aristocracia urbana y del clero; entonces el pueblo pudo descubrir la exuberancia y la riqueza de los jardines privados que se escondían tras los altos muros. Muchos pasaron a ser propiedad del Estado y, a partir de ahí, aquellos grandes jardines privados se pusieron a disposición del público. Además, en algunas ciudades los ilustrados promovieron jardines públicos, como ocurrió con los Jardines de

Luxemburgo, aquí en París. Nació así lo que se considera el jardín en sentido moderno.

Duvillers miró a quienes le escuchaban y lanzó una pregunta:

—¿Alguien sabría decirme qué es un jardín?

—Un paisaje natural en medio de la ciudad —contestó un hombre de la tercera fila, relativamente cerca de donde estaban los Rocabertí, que seguían atentos la disertación.

—Exacto, *très bien*: un pequeño pedazo urbano de naturaleza. —Y continuó—: Plantado, ordenado y mantenido por los humanos, y del cual la comunidad se ocupa para que todo aquel que vive en la ciudad pueda disfrutarlo. Es decir, cuando se ajardinó, el paisaje urbano se democratizó. Pero, a lo largo del siglo XVII, en Inglaterra apareció una nueva manera de entender la jardinería y los jardines, un estilo que apostaba por sustituir la simetría y la formalidad que tenía el modelo francés, hasta entonces el estilo de jardinería predominante en el continente. La propuesta inglesa se extendió rápidamente por toda Europa, y triunfó porque presentaba una visión idealizada de la naturaleza. Los jardines ingleses se diseñan inspirándose en las pinturas de paisajes de los artistas Claudio de Lorena y Nicolas Poussin. Estos jardines permiten que los elementos naturales plantados en ellos crezcan con libertad, aunque al mismo tiempo se combinan con edificaciones.

»En general, también vemos un lago, ondulaciones de césped suavemente elaboradas, bosquecillos de árboles, recreaciones de templos clásicos, estatuas, ruinas góticas, puentes..., todo ello diseñado para recrear aquel paisaje pastoril pictórico e idílico. Todo estaba pensado para ser idealizado como un paraíso terrenal con pinceladas clásicas. Incluso fueron más allá y decidieron saltar la valla e integrar el horizonte como un elemento más del jardín. De este modo, los jardines ingleses se convirtieron en el símbolo de la

emancipación del absolutismo monárquico, aquel sistema de gobierno en el que el rey disponía de todo el poder sobre el Estado. ¡Es una tendencia que muchos franceses hemos admirado, como un servidor, por ejemplo! Porque también estoy en contra de las órdenes impuestas y de la simetría que abunda en nuestros jardines.

Duvillers hizo una pausa antes de concluir:

—El jardín es una creación del hombre en la que interviene la naturaleza. Y lo que se busca al crear un jardín es ser diferente a ella. La naturaleza la tienes fuera, y cuando organizas un jardín, quieres la naturaleza dentro de casa. Y por eso buscas ser diferente, experimentar y utilizar especies de plantas exóticas.

Y aún se detuvo una última vez para recalcar con contundencia el mensaje:

—Eso es lo que hacemos: un ejercicio de exotismo, pero sobre todo de diferencia. De utilizar las plantas y su lenguaje para mostrar nuestra diferencia. Ese es el objetivo, el mensaje. De eso trata el jardín: del artificio, de la diferencia.

El arquitecto paisajista terminó con una pequeña reverencia hacia el público que lo escuchaba, el cual le correspondió con una larga ovación. Duvillers bajó del escenario para recibir las felicitaciones y los apretones de manos de la mayoría de los asistentes. Una vez que hubo saciado su vanidad, los condes de Peralada le abordaron.

—Monsieur, nuestra enhorabuena. Sois un artista que trabaja con la naturaleza como nunca antes habíamos visto, y nos gustaría poder hablar con vos de un proyecto que quizá os podría interesar.

—Oh, muchas gracias. Estoy abierto a escuchar.

—Queremos crear unos jardines únicos alrededor de un castillo. Unos jardines que sirvan tanto para ensalzar y mostrar la grandeza de quienes viven allí como para, si conviene, camuflar sus debilidades.

Los Rocabertí profundizaron en los detalles de su objetivo, le explicaron que eran los condes de Peralada, un lugar con mucho encanto justo después de la frontera natural de los Pirineos, y se extendieron explicándole las características del lugar y de los terrenos.

—Somos conscientes de que el proyecto será largo, pero no queremos que se eternice.

—Oh, eso no ocurrirá —les aseguró Duvillers—. Por lo que me habéis contado del espacio y la intención que tenéis, podría aventurarme a decir que dentro de unos tres o cuatro años ya podréis abrirlo al público.

—¿De verdad? —exclamaron los condes, sorprendidos por la respuesta.

—O cinco, si hay problemas con los suministros. Que no debería haberlos, pero ya se sabe que siempre pueden surgir imprevistos.

—Está claro —dijeron con comprensión los Rocabertí.

—Sí, sí. Pero, evidentemente, habrá que seguir trabajando en ello —matizó rápidamente Duvillers—. Un jardín de estas características es cambiante, crece y se modifica con el paso del tiempo y de las estaciones.

Antoni de Rocabertí se levantó y dio una vuelta sobre sí mismo con las manos detrás de la espalda. Reflexionaba. Finalmente, miró al paisajista y le dijo:

—Monsieur Duvillers, no os ocultaré que nuestra voluntad, al margen de ennoblecer el castillo con un entorno de ensueño y paradisíaco que incluya unos jardines como los que os planteamos, sería poder dotarlo de una vertiente científica.

—¿Científica?

—Sí. Tenemos la voluntad de ofrecer conocimiento: que los jardines se puedan visitar, que se puedan mostrar y estudiar en ellos

las diferentes variedades de plantas y árboles a partir del conocimiento de su entorno original y natural. La naturaleza es buena, saludable para los hombres y las mujeres. —Y añadió—: Cabe recordar que para mantener una buena salud se aconseja relajarse prestando atención al vuelo de los pájaros, el verdor de los bosques y el color y el olor de las flores.

—Tenéis razón. Para Rousseau, la naturaleza es aquello que es originario, generador de vida, primitivo, pero también sabio y bueno. La naturaleza se manifiesta en el hombre, en sus sentimientos, en sus creaciones —apuntó el arquitecto paisajista.

—¡Exacto! Y por eso también queremos abrirlo al entretenimiento, al disfrute —añadió Tomàs de Rocabertí—. En el jardín se puede ensayar el diálogo siempre abierto entre naturaleza y cultura que representa la jardinería. Abierto a la música, a la danza, al teatro... El jardín implica un conocimiento y un reconocimiento de las leyes de la naturaleza.

—Fue el marqués de Girardin —Antoni de Rocabertí evocó al gran defensor de los jardines— quien dejó escrito que «un jardín puede ser inglés, francés o chino, pero sus aguas, prados y bosques, la naturaleza y el paisaje son de todos los tiempos y países, razón por la cual en este lugar salvaje todos los hombres serán amigos y todas las lenguas admitidas». Debe ser un lugar que se convierta en un espacio ideal para pasear, meditar y filosofar sobre la vida y la felicidad.

Duvillers asentía, complacido por el conocimiento de aquellos nobles, y Tomàs añadió:

—Dice un proverbio griego que una sociedad verdaderamente crece, mejora y madura cuando los viejos plantan árboles a cuya sombra saben que nunca podrán sentarse. Es decir, plantan un

futuro para los que han de continuar. Esta es nuestra idea de jardines que creemos que vos podéis llevar a la práctica.

Y concluyó:

—¡No queremos para nada una versión de los jardines de Versalles!

—*Bien sûr, monsieur!* ¡Y claro que no! Un servidor odia Versalles porque, como decía Montesquieu, quien visita sus jardines se siente apocado, pequeño, poca cosa, insignificante. —Y con un gesto de las manos remachó su contundente opinión—. Los jardines de Versalles están formados por quince bosquetes y once estanques. Son interminables y fríos, geométricos y ostentosos. Demuestran la subyugación, la voluntad de dominar y vencer a la naturaleza, y buscan humillarla hasta el aniquilamiento, el sometimiento, la opresión, el ahogo. Son una metáfora de la sociedad en la que vivimos. Esta demostración obscena no responde a otra voluntad que no sea mostrar el poder del dueño de estos jardines; hacen bien en no querer seguir esta tradición. Sin embargo, eso no significa que el resto no lo crea.

—¿Qué queréis decir?

—Oh, monsieur, que las demás personas no dejarán de pensar que tenéis ganas de exhibir vuestro potencial, y que queréis hacerlo a través de la exuberancia de los jardines. Y así será interpretado por el resto de los mortales, creedme. Sé lo que me digo —aseguró Duvillers.

Tomàs no acababa de estar del todo seguro de que su hermano no quisiera esconder algo detrás de aquellas arboledas frondosas.

Lo que sí tenían claro ambos era qué querían plantar en los jardines. Incluso, Antoni era capaz de decirle de memoria los árboles y plantas que quería que arraigaran allí.

—¡Lavanda, eso no! —exclamó Duvillers al oír que la mencionaban.

—Pero si su aroma fino y suave es extraordinario. Además, atrae a las mariposas y repele a los mosquitos —justificó Antoni de Rocabertí.

Cuando oyó que, entre las hierbas que enumeraba el conde para plantar en los jardines del castillo, se encontraba la lavanda, Duvillers se había negado en redondo, sacudiendo la cabeza de un lado a otro con energía. No quería usar la lavanda de ninguna manera. Desconfiaba de ella. Su abuela siempre se lo decía, que desconfiara de ella, a pesar de aquel aroma tan seductor. Vaya si se arrepintió, cuando era niño, de no haberle hecho caso. Aun así, era consciente de que su olor era muy apreciado y de que tenía muchos usos.

Duvillers sabía que el espliego se repartía por las casas para que las diferentes habitaciones y estancias olieran bien. Y que se utilizaba para aromatizar la ropa y para perfumar el jabón y el agua de colonia. Incluso que se empleaba como un buen antídoto para ahuyentar polillas y otros insectos, y que atraía a las mariposas. Por estos motivos era tan popular, y los propietarios de jardines siempre querían tenerlo porque decían que ya se imaginaban paseando entre las matas de este arbusto y deleitándose con el aroma que desprenden sus hojas azuladas. Pero no. Para él no. Era oír hablar del espliego o notar su olor y, desde el fondo del cajón de los recuerdos, se le manifestaba, se le hacía muy presente, lo que le había ocurrido a su hermana Elionor cuando era pequeña.

Era un día en que su madre les había pedido que fueran al bosque, precisamente, a hacer ramos de espliego. Su abuela ya les había advertido que fueran con cuidado, pero no le hicieron caso. Se adentraron por una arboleda frondosa y espesa hasta que llegaron a

un claro donde sabían que crecían unas buenas matas. Su hermana se agachó para arrancar unas ramas y, mientras lo hacía, notó un pinchazo en la mano derecha, pero no le dio mayor importancia: era uno de los arañazos de siempre cuando salían a hacer ramos de lo que fuera. Antes de irse, sin embargo, Elionor hundió la nariz en aquellas hojas azules y se quedó un rato aturdida por el olor que desprendían. Al poco empezó a notar que se le hinchaba la mano y que se mareaba; acto seguido se desmayó, perdió el sentido y no volvió a abrir los ojos nunca más. Estaba muerta. Duvillers todavía tenía grabada la imagen de su hermana en el suelo, rodeada de espliego recién arrancado con aquel intenso aroma, y recordaba cómo por debajo de las matas se deslizó un áspid, una pequeña serpiente venenosa. Antes de ir al bosque, la abuela siempre les advertía que desconfiaran del espliego, pues la tradición decía que a esas serpientes les gusta tumbarse bajo sus arbustos y pueden provocar una tragedia.

No se habían querido tomar a la abuela en serio y toda la familia acabó llorando la muerte de la hija pequeña.

Duvillers lo llevaba grabado en el corazón, en la cabeza y en la nariz. Aquel maldito olor... Y fue tajante con Rocabertí:

—El espliego es un buen lecho para las víboras, y sus picaduras son mortales.

—De acuerdo, de acuerdo, lo suprimiremos del listado de plantas.

Rocabertí tuvo que ceder ante la insistencia del paisajista. No le costó nada, y lo aceptó de buen grado porque quería que Duvillers firmara el contrato cuanto antes. Los condes sabían que un proyecto como el de los jardines del castillo de Peralada sería largo y con imprevistos constantes durante la ejecución, y por eso querían ponerse manos a la obra y cerrar una fecha para empezar.

París, 26 de marzo de 1875

El luto se había instalado en la casa de los Rocabertí en la calle de Newton, junto al Arco del Triunfo. Don Francesc Xavier de Rocabertí, conde de Peralada, había fallecido en casa de sus hijos, en París, y su deseo era ser enterrado en la iglesia del convento del Carmen. Joana Adelaida les había escrito meses atrás para informarles de que el alcalde le había entregado las llaves del convento y este volvía a ser propiedad condal. Tras haberlo perdido en la desamortización de Mendizábal, el conde había litigado duramente para recuperar el inmueble. Y ahora que volvía a manos de la familia, albergaría los restos de don Francesc para siempre.

Antoni y Tomàs se preparaban para realizar el viaje de regreso al Empordà, cumplir la última voluntad de su padre y, a partir de aquel momento, hacerse cargo del condado y de todo lo que ello conllevaba. En el caso de Antoni, la repercusión emocional de aquel regreso era doble. Lo hacía como nuevo conde de Peralada, pero a fin de cuentas volvía a una tierra que removía un tiempo del cual no había pasado página.

Las exequias por el conde no se hicieron con la solemnidad y la pompa que requería la posición del finado. Por voluntad expresa de don Francesc Xavier, la ceremonia del funeral se hizo en el Carmen, oficiada por el párroco del pueblo, y fue sobria y austera. A los pies del féretro del conde había una corona y unos ramos de gladiolos y

claveles para mostrar sinceridad, respeto, admiración y afecto por el difunto. Y unos crisantemos que servían para transmitir el deseo de paz eterna y el duelo. Antoni, sin embargo, quiso dedicar un ramo especial a su padre, y lo hizo de muguete. Antes de comenzar el entierro, dirigió unas palabras a los asistentes. En primer lugar, de agradecimiento y de recuerdo por su padre, el conde. Y aprovechó también para explicar el porqué de aquel ramo:

—Según la leyenda, esta flor brotó de las lágrimas de la Virgen María vertidas ante la muerte de su hijo. Y la Virgen la distinguió con un aroma inconfundible para ayudar a los hombres a encontrar un mundo mejor y regresar a la felicidad. A esto nos comprometemos a partir de hoy, padre. Pero esta flor, el muguete, es también la mensajera de la primavera y del buen tiempo, la flor de mayo, la flor preferida de los amantes. En Francia he visto cómo los enamorados se obsequian muguete, al que consideran portador de buena suerte. Su aspecto y su inconfundible aroma suave y almizclado han inspirado a jardineros y poetas. Dicen que las delicadas campanillas blancas sirven de escaleras a las hadas del bosque y que su dulce frescura atrae al ruiseñor, guiándolo para buscar a su compañera. Espero que, empujados por el olor del muguete y de nuestras oraciones, nuestros padres se reencuentren allá donde estén.

»Buena suerte. Descansa en paz, padre...

Las palabras de Antoni de Rocabertí resonaron por las paredes de la capilla del Carmen. Aparte de él, solo estaban los otros dos hijos, sus hermanos Tomàs y Joana Adelaida, los dos tíos solteros y parte del personal de servicio del castillo, que casi eran como de la familia. Joan de Can Quelic, como masovero de la finca de los condes en Garriguella, asistió.

Cuando entonaban los gozos de la Virgen del Carmen, Antoni lo vio y no pudo evitar pensar en su hija, Alba.

*Del rosal cubierto de espinas nacen hermosas flores.
Vos sabéis, Madre Divina, volver santos a los pecadores.
Sed nuestra defensora, nuestro consuelo, guía y norte.
Del Carmen reina y señora, salvadnos en vida y en muerte.*

Se cruzaron las miradas justo en el tercer verso.

*Sed, madre, amorosa para todos vuestros hijos ingratos
y con mirada piadosa perdonadnos los pecados.
De este rebaño sed pastora para sacarlo del camino torcido.
Del Carmen reina y señora, salvadnos en vida y en muerte.*

Antoni bajó la cabeza, como si se sintiera interpelado por la letra de aquella estrofa de los gozos a la Virgen del Carmen.

Los ojos de Joan, que no dejó de observarlo durante toda la ceremonia, ahora lo taladraban y lo acusaban de haber deshonorado, de haber ofendido, de haber obrado mal contra su hija. Y Antoni siempre había sido consciente de ello. Más aún cuando sabía que no podía desobedecer las órdenes de sus padres.

Con sus voces poco dotadas para el canto, los asistentes al entierro ya entonaban la última estrofa, que era el estribillo de los gozos:

*Nuestros corazones, Virgen María, a vuestros pies ofrecemos
mientras que, de noche y de día, humildes ruegos os dirigimos
suplicándoos que a toda hora nos libréis de la mala suerte.
¡Del Carmen reina y señora, salvadnos en vida y en muerte!*

Cuando el sacerdote anunció que el duelo se daba por concluido y mencionó el nombre del padre, señal inequívoca de que la ceremonia había terminado, Joan se levantó del banco y se apresuró a ir a darles el pésame. Antoni tenía un aire triste, afligido y

apenado. Joan no lo sabía, pero si el flamante nuevo conde de Peralada estaba tan decaído no era tanto por el fallecimiento de su padre, sino por todo lo que había ocurrido años atrás, que le había apartado de lo que más quería.

Había una persona que los había observado de reojo durante toda la ceremonia. Era su hermana, Joana Adelaida de Rocabertí.

Alta, con el cabello negro y brillante recogido en un moño que realzaba su cuello y su porte altivo, su mirada era fría y distante. A pesar de que iba de riguroso luto, no podía dejar de lado su coquetería y lucía un miriñaque para presumir. Aquella falda interior, hecha de una tela rígida y adornada con ballenas y aros de hierro para sostener, más o menos ahuecadas, las prendas exteriores, tenía un propósito: crear una silueta artificial, acentuando las caderas y creando, junto con el corsé, la ilusión de una cintura pequeña. Era soltera y hacía ya muchos años que no tenía ninguna intención de seducir a nadie. El hecho de que la hubieran dejado plantada a los pies del altar provocó que hiciera borrón y cuenta nueva con cualquier relación. Aquel trago mal curado no impedía, sin embargo, que Joana Adelaida cuidara su imagen hasta el más mínimo detalle. Ella se tenía en gran estima, y lo demostraba con sus modales arrogantes y desdeñosos. Su semblante tenso no se relajó ni un ápice cuando enterraron a su padre. La procesión iba por dentro, el orgullo por fuera.

Saliendo del Carmen en dirección al castillo, increpó a su hermano:

—Los años que habéis vivido en París os han afrancesado —le espetó su hermana—. Y en eso del muguete tienes un ejemplo.

—¿Y qué mal hay en ello, Joana?

—Francia os ha hecho perder de vista lo que necesita Peralada. Además, ya sabes que de aquel país nunca ha venido nada bueno.

Y le recordó las plagas que, empujadas por el viento, habían cruzado la frontera y sumido en la miseria a toda la comarca no hacía tanto, durante los años del hambre.

—No estoy de acuerdo, hermana —protestó Antoni—. De Francia llegan muchos conocimientos que, aplicados aquí, pueden ser muy provechosos. —Y explicó—: Tomàs y yo hemos decidido que todos los terrenos del Bosque del Conde serán unos grandes jardines conectados con el castillo. Es solo cuestión de días que empiecen las obras, que ya encargamos a un reputado paisajista parisino.

—¿Y qué pretendéis, convertir esto en un pequeño Versalles? —Joana Adelaida chasqueó la lengua en señal de desaprobación—. ¡No funcionará!

—No. Será muy diferente —sentenció Antoni—. Los de Peralada serán unos jardines mezcla del estilo francés e inglés. Unos jardines embosquecidos con ambición estética y simbólica. Llevarán a su apogeo el arte de corregir la naturaleza para imponer en ella su ley, y expresarán el deseo de exaltar en lo vegetal el triunfo del orden sobre el desorden, de la cultura sobre la naturaleza salvaje, de la reflexión sobre la espontaneidad. Estarán diseñados y distribuidos de tal forma que puedan expresar nuestra autoridad, la de los dueños del castillo; serán unos jardines capaces de mostrar poder, exuberancia, orden, elegancia y amplitud de miras.

Hizo una pausa. Antoni de Rocabertí también quería hacer arraigar otro proyecto en Peralada. Una obra educativa que fuera más allá de sus dominios y que trascendiera el pueblo.

—Y no solo eso. El arte y la cultura florecerán alrededor del castillo, igual que en la antigüedad los jardines acogieron a grandes pensadores, artistas y creadores. —A medida que hablaba se le veía cada vez más entusiasmado.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo lo haréis? —respondió su hermana sin ganas.

—Con la apertura de escuelas en las que enseñaremos las primeras letras y las asignaturas de grado superior, además de algunos oficios manuales, especialmente las artes gráficas y el dibujo. Y, sobre todo, música y canto. Tengo la ilusión de crear una orquesta y de abrir un teatro para acoger obras, conciertos, recitales y discusiones filosóficas. —La miró con los ojos centelleantes y añadió—: Joana, los jardines del castillo de Peralada serán un referente cultural en todos los sentidos.

Joana Adelaida lo dejó terminar. Entonces empezó a dar cabezadas y finalmente le espetó:

—¿Ya sabéis cómo acabó aquello del marqués de Salamanca, en Barcelona?

—¿A qué te refieres?

—¡Vaya! A lo del parque de atracciones de los jardines de los Campos Elíseos de Barcelona. ¿¡Acaso no te acuerdas de que cerró hace ya unos años!?

El marqués de Salamanca tenía una extensión de terreno en medio de Barcelona y había encargado la construcción de unos jardines.

—Los jardines de los Campos Elíseos —recordó, de repente, Antoni.

—Exacto. ¡Dentro de los jardines había un parque de atracciones con una montaña rusa y todo! Había como una posada con ínfulas de hotel, para quien quisiera quedarse a dormir, una cafetería, un salón de baile y un teatro donde hacían espectáculos, música y variedades... ¿Os suena todo esto? Pues ahora explícame: si no ha triunfado en Barcelona, ¿cómo pretendéis que el mismo proyecto, que es lo que queréis hacer aquí, en Peralada, funcione?! —Y sacudió la cabeza de derecha a izquierda—. No re... ¿Quieres que te diga qué pienso yo de todo esto? Que con estos jardines, Antoni,

buscas camuflar debilidades, carencias, miedos y, sobre todo, secretos. Ya sabes de lo que hablo.

Joana Adelaida hablaba del amor de su hermano por Alba, aquella joven de Garriguella de quien le separaron a la fuerza y de quien nunca más había vuelto a saber nada.

El camino de carro era polvoriento, y el cochero que guiaba la berlina se tapaba la boca con un pañuelo que llevaba anudado al cuello y entrecerraba los ojos para que no le entrase el polvo. El carruaje había salido de la estación de tren de Colliure, donde había recogido a un pasajero del que, por la elegancia que gastaba en el vestir, no era muy difícil adivinar que provenía de París. Nariz fina y recta; facciones duras y levemente morenas. Era Charles Grant, el hombre de confianza y mano derecha del arquitecto paisajista François Duvillers. Él sería el responsable de ejecutar el encargo que los hermanos Rocabertí habían acordado hacía un año: la creación de los jardines del castillo de Peralada. Una enfermedad había postrado en cama al eminente arquitecto y los médicos le habían desaconsejado realizar el viaje.

Monsieur Grant se quitó el sombrero y se alisó el cabello hacia atrás mientras un mozo de carga subía su equipaje en la parte trasera de la tartana que lo llevaba en dirección a Peralada. El pueblo estaba de luto. Apenas hacía una semana que habían enterrado al señor conde.

Grant se puso el monóculo y comenzó a repasar el proyecto que tenía entre manos. Firmado por el propio Duvillers y por el cual había recibido la suma de ochocientos francos, incluía el dibujo, el diseño y la síntesis histórica, que recogía toda la documentación de la estirpe y el linaje para quien realizaba el proyecto. Una información que le otorgaba prestigio como arquitecto paisajista.

Grant detuvo la mirada en un párrafo de este documento escrito por el propio Duvillers:

Diré aquí, como he hecho en otras creaciones, lo doloroso que es para mí no poder entrar en todos los detalles de este importante parque, cuya perspectiva es completamente diferente a la del resto de mis obras y diseños paisajísticos. Es un reto, y reconozco que, al ser consciente de que me encuentro al final de mi carrera, es una especie de testamento o de legado artístico que me honra firmar.

Cerró la carpeta de anillas; para él también era un desafío. Tenía que interpretar lo que había concebido Duvillers sin margen para equivocarse.

Pero estaba seguro de que saldría adelante. Mientras paseaba la mirada por el paisaje ampurdanés, Grant suspiró pensando en el delicado estado de salud de su maestro y mentor. Esperaba que pudiera salir adelante, a pesar de que los médicos no eran demasiado optimistas. Él ahora también era arquitecto diseñador de parques y jardines en París. Y lo era gracias a Duvillers. Ya hacía años que trabajaba a sus órdenes. Había recibido sus enseñanzas, había seguido y aplicado al pie de la letra su filosofía y doctrina, y eso lo había convertido en el discípulo idóneo para ocupar el lugar del maestro cuando él faltara. Como ahora. Y, al mismo tiempo, Grant era el intermediario que contactaba con todos los profesionales implicados en la obra que firmaba el insigne paisajista. A pesar de seguir el patrón establecido, Grant intentaba imponer sus criterios y solía tener muchas diferencias con los clientes. Y con los condes de Peralada no fue una excepción. Él quería que los jardines tuvieran un aire más ampuloso y ostentoso, a tono con la distinción del título que poseían y el lugar donde se situaban: al abrigo de un castillo singular. Y, en cambio, los hermanos Rocabertí, aunque estaban de acuerdo con él, buscaban más la elegancia de la sencillez. Sí que querían dar más prestigio al castillo, que era un

caserón con dos torres de defensa, y tenían la intención de ennoblecerlo. Pero no estaban dispuestos, por ejemplo, a instalar zinc en los tejados, que era lo que se estilaba en París, a pesar de que Grant les insistía en este y otros detalles. Antoni y Tomàs intervenían decididamente en las obras. Y sus tíos solteros, Ignasi y Joan, que vivían en un ala del castillo, les aconsejaban que, cuando las obras estuvieran terminadas, era importante que se relacionaran más. Que abrieran los jardines a la gente, pero no a cualquiera: a artistas, políticos, empresarios a quienes pudieran invitar e impresionar.

En cuanto a la estructura, Grant recordaba el día en que Duvillers le había explicado el propósito que escondía la fisonomía. Y por eso insistía en que su mentor había dispuesto que, a un lado del castillo, el jardín fuera de estilo geométrico francés y, por el otro, de forma sinuosa, tuviera estilo inglés.

—Esta, la inglesa, será la parte de la puerta de entrada conocida como la de Figueres, a la que llegará el camino de Vilabertran —le había dicho, señalando el plano con el dedo—. Será la parte baja, y si se ejecuta correctamente mi diseño, el visitante experimentará una sensación única.

Duvillers se reivindicaba ante su ayudante y colega.

—¿Qué queréis decir, maestro? —le preguntó Grant.

—Aquel que entre en carruaje y suba hacia el castillo, gracias a la forma del camino, a su sinuosidad y a la vegetación cambiante, tendrá una sensación de amplitud, de lejanía, pues la ilusión óptica del cambio de escenario vegetal a medida que avance hará que parezca una extensión inabarcable.

—Ah, ya lo entiendo... —dijo Grant mientras se frotaba la barbilla—. Y, en realidad, lo que estará haciendo será dar vueltas sobre sí mismo.

—*Voilà!* ¡Así los condes de Peralada impresionarán a los invitados al castillo! —exclamó triunfal—. Hablar a través de la naturaleza: una manera como otra cualquiera de aparentar tener una posición social relevante, próspera —añadió.

Grant no pudo evitar sonreír recordando aquella escena.

En estos jardines, Duvillers optó por incorporar la tipología que ya había seguido en el modelo de Le Nôtre, un jardín geométrico francés como los de los castillos de Versalles o Chantilly. En Peralada, sin embargo, decidió ir un paso más allá y apostó por un diseño de jardín formal en los parterres de las partes sur y oeste más cercanas al castillo.

—Monsieur Grant, junto a la fortaleza haremos un jardín a nivel de la superficie del terreno, que consistirá en plantar lechos de hierbas delimitados por arriates de plantas perennes o por piedras afiladas, ensambladas firmemente para formar una valla de protección de los lechos interiores y de los paseos de grava, todo ello dispuesto con un diseño simétrico.

—Cierto, maestro, los arriates no necesitan tener flores, ya que pueden estar formados en exclusiva por plantas y arbustos perennes.

—¡Exacto! Los arriates tienen un gran encanto, sobre todo cuando se ven desde una posición elevada, pues sus bordes se crean con arbustos de diversos colores y formatos. Por otra parte, la estructura tipológica del jardín paisajista inglés, de formas sinuosas, se implantará en el resto del espacio —puntualizó Duvillers—. Estas creaciones ofrecerán una reducción del mundo y presentarán rocallas, arroyos sinuosos, estanques decorados con islas temáticas e incluso un huerto.

Grant recordaba los argumentos de su maestro mientras repasaba los planos realizados por Duvillers, fácilmente identificables por las

líneas rigurosas y paisajísticas recurrentes en forma de gota de agua extendida, alternando vacíos y sólidos, un lugar de descanso representado por un gabinete verde, un trazado curvo simplificado y un diseño hidráulico sofisticado. Generalmente, Duvillers acompañaba estos dibujos de un apartado topográfico y de una importante lista de especies vegetales que plantar, donde se priorizaban los árboles de recolección. Al leer estas descripciones, Grant tuvo la sensación de que la densidad de las plantaciones podía parecer excesiva y poco realista. Pero nada menos cierto. Duvillers lo tenía todo bien calculado. Nada era en vano.

En el plano acuarelado del diseño, la extensión de los jardines era de tres hectáreas y treinta y ocho áreas, unos treinta y tres mil ochocientos metros cuadrados, y según la leyenda adjunta debería haber hasta sesenta y tres zonas diferenciadas, entre las cuales se mencionaban la avenida de los naranjos, los caminos del pueblo, el laberinto, el tiro al pichón, el juego de críquet, la casa del jardinero, el gimnasio o el quiosco Pinus Pinea. Grant, sin embargo, dudaba de que todas aquellas zonas llegaran a ejecutarse.

La otra parte importante del proyecto de Duvillers que Grant debía supervisar al detalle era la síntesis de las plantas, con una extensa y minuciosa recopilación de la vegetación que debía plantarse en cada zona del jardín.

Apasionado por la naturaleza y la vegetación, Duvillers incorporaba una riqueza y una variedad de especies excepcionales. Su entusiasmo era absoluto, tanto en lo relativo a los frutales productivos como a las plantas y árboles ornamentales de especies que había visto bien aclimatadas en lugares de latitudes similares, como Córcega o Mónaco, pero la pasión que lo embargaba le llevaba también a entusiasmarse por combinarlas con otras exóticas propias de países orientales. La cifra alcanzaba las ciento cincuenta y ocho

variedades. Algunas de las plantas, flores y árboles llegaron en barco hasta el puerto de Roses y fueron trasladados a Peralada por la carretera de Llançà, que vivió un ir y venir frenético y continuo con aquellas mercancías tan especiales que se descargaban a pie de puerto. Su desplazamiento hasta el castillo era todo un espectáculo. Otras especies arraigaron y crecieron en la misma tierra ampurdanesa tras haber comprado plantones y semillas, tanto en Cataluña como en Francia. Plantas exóticas, palmeras, bambúes, eucaliptos... No se habían visto nunca tantas y de tantas variedades. Venían de Filipinas y de Australia. Cactus, cítricos, árboles frutales, plantas efímeras y de temporada, de ciclo vital muy corto, como por ejemplo el ciclamen, desconocido allí hasta entonces. Crecía a la sombra de los árboles durante el invierno; las hojas tenían forma de corazón, con unas pequeñas manchas grises, y las flores eran muy vistosas, de colores intensos y muy aromáticas. Si Duvillers había dejado clara una cosa a Grant desde un principio, era que el lenguaje de las flores tenía un peso determinante en el diseño de los jardines. Y Grant le había asegurado que así lo reflejaría cuando el proyecto se ejecutase. Lo recordaba mientras veía cómo las obras del jardín avanzaban a buen ritmo.

—¡Estimado Grant! Si quedó algo del paraíso en la tierra, sin duda tenemos que ir a buscarlo a los jardines y entre las flores. — Duvillers era un devoto de las flores y, sobre todo, de lo que aportaban con su belleza y energía—. Desde la antigüedad, los artistas y todos los que apreciamos la belleza de lo que nos rodea hemos dedicado nuestros esfuerzos y energías a entender las flores, que son las formas de la naturaleza que se expresan con mayor armonía.

—Las flores dicen tantas cosas... —admitió Grant.

—¡Y no somos conscientes de ello! —exclamó Duvillers—. Desde épocas remotas se sabe que, además del lenguaje de las flores, existe un mensaje oculto, a veces más evidente, otras veces más oscuro, y quien lo entiende puede mantener un precioso y enriquecedor diálogo, capaz de remontar las líneas del tiempo y las barreras culturales. Entender cómo funciona este engranaje, el mecanismo de signos y significados, nos acerca a algunas de las capacidades más básicas y a la vez más poderosas de las flores, de las plantas, de los árboles, de las hierbas. En definitiva, el mensaje de la naturaleza: aprender a crecer, comunicarse y permanecer, persistir. A pesar de los elementos y los condicionantes.

Grant asentía con la cabeza y Duvillers aún le hizo otra observación:

—La relación entre arquitectura y naturaleza es indiscutible. Soy arquitecto paisajista. Y la presencia de la naturaleza en nuestras obras y diseños es fundamental; cuando no puede haber motivos naturales o vegetales originales, los creamos. ¿No conocéis la leyenda que hay detrás de los capiteles de orden corintio?

—No, maestro —reconoció Grant.

—Los antiguos encontraban la hoja de acanto tan graciosa que la usaban para adornar los muebles, las joyas y los vestidos, y en el origen de esta predilección hay una leyenda sublime. ¿Habéis oído hablar de Calímaco?

—¿Calímaco?

—Sí, Calímaco de Cirene. —Duvillers pronunció el nombre con un tono pomposo—. Era uno de los grandes eruditos de la antigüedad, trabajó en la biblioteca de Alejandría y, además, era poeta y... arquitecto —explicó, acentuando esta actividad. Hizo una pausa y continuó—: Un día pasó cerca de la tumba de una chica que había muerto pocos días antes de casarse. Se acercó para dejar unas

flores, pero otra ofrenda había precedido a la suya. La nodriza de la doncella había reunido las flores y el velo que debían servir de ornamentos nupciales y los había colocado en un cesto al lado del sepulcro, sobre una mata de acanto, que había inmovilizado con una teja ancha. A la primavera siguiente, las hojas del acanto abrazaron la cesta y los bordes de la teja las encorvaron y las hicieron cerrarse hacia sus extremidades. Calímaco, conmovido por el sentido y el significado de estas formas, concibió la idea decorativa de los capiteles del orden corintio.

—Es muy evocador...

—Sí que lo es... Y cuando ves estas cosas te das cuenta de que la verdad, la esencia, no debe buscarse entre los hombres, sino en la naturaleza. Es esta la fuente de todo aquello que existe. Su lenguaje no es confuso ni variable, como el de los hombres. Se debe saber leer e interpretar. Los primeros hombres descubrieron que la palabra no era siempre el mejor medio para comunicarse, y buscaron la manera de dibujar sus pensamientos. En Egipto, por ejemplo, se inventaron los jeroglíficos, donde una espiga de trigo significaba cosecha y, por tanto, riqueza y abundancia.

Duvillers levantó la vista de los planos y lo miró.

—Como decía un jardinero islandés, cuando se crea o se mantiene un jardín hay que mostrarse siempre modesto. Es un lugar que tiene unos orígenes mucho más lejanos que los nuestros. Tiene un lenguaje y una historia propios, que debemos respetar e intentar entender. La jardinería, más que una técnica, es un ejercicio espiritual, una manera de mirar el mundo que nos permite interrogar a la naturaleza para aprender de ella.

Ahora, el maestro se acercó a su discípulo y le puso las manos sobre los hombros.

—Querido Grant... La vida puede considerarse un inmenso jardín en el que crecen y se mezclan ortigas y flores. A veces podemos percibir el perfume de las más fragantes y en otras ocasiones podemos notar los dolorosos arañazos de las ortigas. Para mí, vivir ha consistido en recorrer este camino tratando de no clavarme demasiadas espinas.

Grant recordaba las últimas conversaciones con su maestro y había tomado buena nota de las recomendaciones, las observaciones y las lecciones del insigne arquitecto paisajista; estaba seguro de que la forma y el espíritu que, día tras día, adquirirían los jardines de Peralada eran exactamente los que había imaginado Duvillers: expresarse a través de la naturaleza, del lenguaje de las flores, de los árboles y las plantas.

Una carreta destartalada, llena de trastos y utensilios colgando de los bordes, bajaba como un rayo en dirección a la plaza de Peralada. Cuando entró en ella dio una vuelta completa y se detuvo en el centro, en medio del delirio colectivo. La compañía de actores ambulantes que tenía por costumbre detenerse unos días en el castillo acababa de llegar. Una multitud enfervorizada se arremolinó alrededor de la tartana, y de su interior salió un personaje que fue recibido por la numerosa concurrencia con una fuerte ovación. Los gritos, los silbidos y los aplausos resonaron por todas las bóvedas de la plaza. Llevaba unas medias moradas, un cinturón con una gran hebilla y una camisa blanca con los puños abiertos, con unos volantes bordados que hacían juego con el cuello.

El hombre se quitó el sombrero e hizo una reverencia al público, que le volvió a aplaudir todo el tiempo que estuvo con la cabeza gacha recibiendo aquel baño de masas. Esperaban con deleite lo que tenía que anunciarles aquel personaje, quien se aclaró la garganta y se preparó para declamar en condiciones el verso:

—Estimados, ya estamos aquí de nuevo, gracias por venir. Os anuncio que esta semana saldrá de esta tartana la leyenda de una mujer largamente añorada: la Mercadera.

—iOooh! —Una larga y sonora exclamación a medio camino entre la sorpresa y el miedo subió desde el suelo de la plaza hasta los oídos de aquel actor.

—¡La vibrante historia de esta heroína de Peralada que hizo tronar y llover, pero que sobre todo atemorizó a toda la gabachada! La sesión será esta noche a eso de las diez. Si no queréis que os lo cuenten, os recomiendo que no faltéis. ¡Venga, hasta la vista!

Y, dicho esto, hizo otra reverencia retorciéndose sobre sí mismo, dio media vuelta de un tirón y desapareció dentro de la carreta rodeado de un gran alboroto que había estallado a los pies del carruaje.

Poco a poco el clamor se fue apagando, porque la gente que hasta ahora había llenado la plaza se dispersaba gradualmente y ya estaba pensando en la función de la noche en la plaza del pueblo.

Mientras se dirigía hacia casa, Joan de Can Quelic no pudo evitar escuchar la conversación que tenían dos hombres que iban delante de él. Uno le contaba al otro la historia de la Mercadera.

—¡Qué mujer aquella! Dicen que ocurrió durante la invasión francesa del Empordà, a raíz de los enfrentamientos entre Pedro el Grande y Felipe III de Francia, allá por 1285. El francés acampó ante las murallas de Peralada, que en aquella época era el cuartel general del rey Pedro. La Mercadera era una mujer mayor y alta que tenía un taller de mercería en la villa de Peralada y que, como todas las mujeres de los pueblos y villas de las clases populares, cuidaba de un huerto situado fuera de la muralla que proporcionaba una parte importante de la alimentación cotidiana de su familia.

»Pero en aquellos momentos Peralada estaba sitiada, y la Mercadera no podía salir para ir al huerto a buscar la verdura para hacer la comida por miedo a toparse con los soldados franceses, así que decidió ir a recoger las coles vestida de hombre y armada. Alta y grande como era, con la lanza, el escudo en la mano y la espada a la cintura debía imponer como si fuera un guerrero de verdad. Y en eso que mientras recogía las coles oyó un ruido de cascabeles: era un

jinete francés que, con su caballo aparejado, había caído al arroyo por donde circulaba el agua entre huerto y huerto y que servía para regarlos. La Mercadera se acercó al francés, le atravesó el muslo con la lanza y lo dejó clavado en la montura; acto seguido, desenvainando su espada le gritó: «¡Caballero, muerto estáis si no os rendís!». Lo había desafiado prácticamente siguiendo el código de caballería, de modo que el caballero se rindió y ella lo condujo a la villa; antes, sin embargo, se encargó de quitarle la lanza que le había clavado. El rey, que estaba en Peralada, le hizo contar la anécdota varias veces; le dio el botín de guerra, el caballo y las armas del vencido, y una vez redimido el prisionero, el rescate también fue para ella.

—Lo que siempre me ha sorprendido es la actitud de doña Mercadera una vez que el prisionero se rindió.

—¿Qué pasó?

—El soldado francés dejó las armas y ella le arrancó la lanza que le había clavado; es decir, hizo lo que hacían las mujeres en el campo de batalla: socorrió al herido, a pesar de que era un enemigo asediador.

—¡Eso dice mucho del carácter y el espíritu de esta mujer!

—¡Por eso vale la pena que la recordemos, y por eso su gesta ha pasado a la historia!

Los dos hombres tomaron un desvío y Joan dejó de escuchar sus reflexiones, pero la historia de la Mercadera le había cautivado. Era una mujer que representaba el espíritu de la gente de Peralada, una mujer que atesoraba aquel sentimiento tan peraladense. Una persona orgullosa de su tierra y dispuesta a hacer lo que hiciera falta para defenderla con una convicción, una generosidad y una cortesía ejemplares.

Antes de volver hacia la finca de Can Quelic, Joan decidió ir al café. Al entrar, sonó el cencerro que había sobre la puerta para anunciar la entrada de un nuevo cliente.

Una barra de madera de pino que se había barnizado cientos de veces daba la bienvenida a los recién llegados. La clientela era diversa: campesinos y veterinarios, viajeros y comerciantes que, después de pedir en la barra, tomaban el carajillo o el café y jugaban una partida en las mesas de hierro forjado y mármol blanco de grano grueso. En invierno, la estufa de cáscaras de avellana calentaba toda la sala, y la espiral de humo de los caliqueños se mezclaba con el olor a tostado de las cáscaras del fruto seco. La chimenea no tiraba lo suficiente, y el humo invadía sutilmente todo el café, envolviéndolo en una especie de neblina que le daba un aire ancestral. En verano, los parroquianos buscaban el frescor en el patio trasero bajo la sombra de una vieja parra, y las puertas y ventanas abiertas solían favorecer las corrientes de aire, pero ahora que los colores del otoño empezaban a imponerse en los campos y en la ropa de los clientes, el ambiente del café se enturbiaba. Era una broma de mal gusto que tenía un cierto aire embriagador. Si te quedabas allí mucho rato, existía el peligro de perder un poco el juicio.

—Marçal, ¡ponme un carajillo, por favor! —Era la petición de Joan al dueño del café, su hijo, que con un trapo secaba unos vasos que dejaba meticulosamente uno al lado del otro.

—¡Enseguida!

—¿Dices que los franceses vuelven a rondar por aquí? —le preguntó un hombrecillo pequeño y seco como una pasa, que jugaba al solitario en una de las mesas cerca de la barra.

—¡Coño, Cintu, no sé cómo te las apañas, pero te enteras de todo! —protestó Joan, al que se le habían quedado las mejillas rojas,

un color que hacía juego con la barretina al revés que llevaba en la cabeza. Llevaba más de veinte años de luto y no se la había vuelto a poner del derecho por respeto a su difunta esposa.

Repartidas sobre la mesa, las cartas dibujaban un mosaico de lo más original, y el hombre levantó las cejas para ver qué le respondía el masovero de los condes, dedicándole una sonrisa pícaro mientras le sostenía la mirada curiosa.

—¡Es que no sé cómo se han dejado engañar los condes de Peralada! —se preguntaba Cintu, esperando una respuesta de Joan de Can Quelic que no llegaba.

—¿Qué quieres decir? —preguntó él.

—Aquí, en estas tierras, siempre ha habido un sentimiento antifrancés muy fuerte. ¡Y en Garriguella todavía más!

—¿Y de dónde sale? ¿De la época de la Mercadera? —preguntó Joan.

—¿De quién? —frunció el ceño.

—Da igual. Déjalo estar, Cintu. —Joan habría querido contarle cuatro cosas sobre aquella heroína de Peralada, pero vio que su interlocutor estaba más interesado en soltar lo suyo.

—Hablo de cuando los franceses entraron en Garriguella, en 1808. Joan Rimbau, el hijo de Can Simonet de Sant Nazari, capitaneó al pueblo contra los franceses. ¡Caray, el abuelo de Comanegra!

—Ah, sí, hombre, el antepasado de Basíliu —recordó Joan.

Mientras seguía a lo suyo, Marçal se disponía a escuchar mientras Joan cogía el vaso haciendo pinza con los dedos para no quemarse y sorbía el líquido oscuro que contenía. Con las cejas hizo un gesto para animar a su interlocutor a proseguir con sus argumentos, y Cintu así lo hizo.

—Garriguella se levantó al grito de independencia y, belicoso como era el pueblo, se tomó la contienda con gran entusiasmo y

patriotismo. Se formó una compañía de valientes jóvenes de la localidad, capitaneada por Rimbau. Los muchachos se hicieron fuertes en el castillo de Quermançó y combatieron a los franceses durante seis años.

—¿Seis años?! —repitió Joan, sorprendido e incrédulo.

—¡Sí! Y cuando los franceses tomaron el castillo de Sant Ferran de Figueres, Rimbau y su grupo decidieron liberarlo. Para conseguirlo, urdieron un plan que consistía en que uno de los hombres, Floreta, se trasladara a Figueres y, con la excusa de vender aguardiente a los franceses, hiciera un molde con cera de la cerradura de una puerta secreta que había en el castillo. Otro, Pere de Vilabertran, mandó fabricar una réplica de la llave y, la noche del Viernes Santo de 1809, entraron en el castillo con un grupo de doscientos hombres.

—¿Y qué pasó?

—Que despacharon a la guardia, se apoderaron de los cañones y encarcelaron a toda la guarnición, incluso al mismísimo general Guillot.

Cintu concluyó:

—Terminada la guerra, Rimbau llegó a ser gobernador del castillo de Figueres. Y de los franceses no se ha querido saber nunca más nada, ni en Garriguella ni en ningún lugar de la comarca. Por eso te digo que, entre estos condes tan afrancesados que tenemos y ese gabacho que corre por Peralada y que lleva el timón de la construcción de los jardines, todo esto acabará mal.

—¿Qué dices? ¿Los condes, afrancesados? ¿Y el gabacho? ¿A quién te refieres, a monsieur Grant?

Cintu asentía con la cabeza.

—¡Oh! Conozco a unos cuantos que no están muy de acuerdo con que estos francesitos vuelvan a poner los pies aquí. Porque solo traen problemas.

En ese momento, Marçal, que había estado pendiente de la conversación, le dio la espalda y salió de detrás del mostrador en dirección a la despensa. Cintu continuó:

—¿Recuerdas qué pasó con la plaga? ¿Quién trajo el mildiu a nuestros viñedos? ¡Rayos y centellas! ¡Malditos gabachos! —renegó mientras chasqueaba la lengua—. ¿Los franceses? ¡Ni hablar! —Y escupió al suelo.

—¡No, hombre, no! —respondió Joan, y le hizo un vaticinio—: ¡Mira lo que te digo, Cintu, que de estos jardines y de todo lo que saldrá de ellos vas a oír hablar! ¡Y mucho! ¡Tiempo al tiempo! —Y dirigiéndose al dueño del bar gritó—: ¡Marçal! ¡Te lo dejo aquí encima!

Tiró los cinco céntimos que costaba el carajillo sobre la barra y salió por la puerta haciendo tintinear la campanilla mientras Cintu se volcaba en su solitario.

El de Can Quelic no podía evitar darle vueltas a las palabras de Cintu y a la historia que había oído antes sobre la Mercadera.

Que Garriguella había vivido una época convulsa cuando habían llegado los franceses, tiempo atrás, era una realidad. Que era un sentimiento que, a pesar del paso de los años, no se había llevado ni la fuerte tramontana, también. Y ahora la presencia de un francés, Grant, el hombre de Duvillers, en una Peralada afrancesada por la manera de hacer y de pensar de los condes, y en una comarca antifrancesa, quizá sí que podía desatar de nuevo, entre algunos vecinos, aquella animadversión, aquella hostilidad contra los gabachos y los afrancesados. Quizá sí que podía provocar tensiones y quebraderos de cabeza.

Pero Joan, que ya tenía una edad, pensó que no era para tanto y que no hacía falta preocuparse.

A medida que se acercaban a la posada de Cal Teixó, a las afueras de Figueres, el pulso de Marçal se fue acelerando. Él y cuatro compañeros más entraron en el local y pidieron.

—¡Una *barreja*! —dijo uno de los chicos.

—¡Un sol y sombra! —pidió otro.

—¡Yo quiero un soldado! —exigió uno del grupo.

—A mí tráeme vino caliente —ordenó el último.

—Tenéis unos gustos bien extraños —observó Marçal—. Quelet se bebe el vino bien caliente y Ton se toma un café con gaseosa, ¡un refresco de verano! ¡Madre mía! Está claro que... Yo con un coñac ya me apaño —le indicó al dueño de la posada—. Y, por cierto, maestro —le preguntó al posadero—, ¿no sabéis si ha venido hoy Comanegra?

—Ahora debe de estar a punto... A esta hora siempre viene a tomar la *barreja*.

Pidieron un par de rondas más de moscatel con anís y ron con coñac, *barreja*, soldados y vino, caliente y templado, y cuando empezaban a servirles la cena se presentó en el hostel de Cal Teixó un hombre alto y grande como un roble, de cara redonda y mejillas sonrosadas, un color que hacía juego con la barretina que llevaba calada hasta las cejas. La casaca azul oscuro le daba un aire militar y marcial. El hombre entró con paso firme, con una mano fija en el mango de una podadera que llevaba fajada a la cintura. Paseó la vista por las animadas mesas del hostel y, como por instinto, fijó la mirada en los ojos de Marçal, que desde que había entrado no había parado de examinarlo de arriba abajo.

Se levantó y decidió acercarse a él y presentarse.

—Dios os bendiga, soy Marçal... —y rectificó enseguida al ver que el hombre lo miraba de manera extraña—, de Can Quelic de

Garriguella. Vos debéis ser Comanegra. —Y le tendió la mano.

El hombre de la barretina le observó atentamente, escrutándolo, estudiándolo de cerca con un semblante muy serio. El corazón de Marçal latía con fuerza y le temblaba la barbilla. Comanegra era el referente de la lucha contra los franceses, un hombre temido y admirado por sus acciones y convicciones.

De inmediato, sin embargo, el hombre esbozó una sonrisa cómplice. Se quitó la barretina y, dejando al descubierto su cabeza rapada, le tendió la mano y le dijo:

—¡Basíliu Comanegra! —Y mientras le agarraba la mano y se la sacudía con fuerza, amplió más la sonrisa y añadió—: ¡Cojones, no te pareces en nada a tu padre! Pero tras el primer vistazo he pensado: «¡Esa mirada de pillo es inconfundible!». —Y le dio un golpe en la espalda que le hizo tambalearse—. Y bien, ¿dónde está Joan?

—Mi padre está fastidiado —mintió Marçal. No estaba nada orgulloso de haber usado el nombre de su padre para conseguir verse con Comanegra. Sabía que habían sido amigos y se había valido de esos años de amistad para que accediera a reunirse con él.

—Caray, pues debe de estar muy fastidiado para no haber venido. Es de los que no se amilanan ante nada.

—Ha pillado una pulmonía con mucha fiebre —respondió rápidamente Marçal—. Pero ahora ya se está recuperando.

—¡Dale recuerdos! —contestó Basíliu—. ¡Y a ver si se recupera pronto, que en esta lucha debemos estar todos! —Y alzó el puño—. Mira, mi padre siempre me decía: «Si a los treinta años no sabes y a los cuarenta no tienes, coge un capazo y vete a recoger estiércol». ¿Sabes qué significa esto, chico? Que ya estoy harto de recoger la mierda de los demás. Y por eso celebro que hayas decidido actuar contra los franceses de Peralada. Ha llegado la hora de empezar a

velar por lo que es nuestro para que no nos lo quiten, ¿me entiendes?

Marçal sacudía la cabeza para mostrarle su convencimiento.

—Seguramente habrá muchos que te dirán: «¿Qué haces? ¡Pareces tu mulo, que huele su propio pis y se siente orgulloso! ¡No puedes estar satisfecho de un acto como el que queréis llevar a cabo!». Ni les hagas caso —le advirtió—. Estate tranquilo, chico. ¡Estamos haciendo lo que debemos por el bien de nuestro país!

Y dicho esto, le entregó un saco.

—Aquí tienes las armas y la munición. Si lo necesitas, no dudes en usarlo. Si esto os sale bien, puede ser la semilla de un cambio; se puede dar la vuelta a muchas cosas. Y si no, Dios no lo quiera —se persignó—, lo volveremos a intentar. ¡Bien lo sabes!

—¿Y si nos pillan? —se atrevió a preguntar Marçal.

Comanegra se puso solemne, lo agarró por los hombros y le dijo:

—Si tienes miedo, no hables. Del árbol del silencio cuelga el fruto de la seguridad. Pero si hablas y hablas desde el corazón, no tengas miedo, que tu ingenio te ayudará. ¡De esta boca seguro que sale un argumento que convence al más descreído en nuestra causa, que al final será la de todos! ¡Porque es por Cataluña por lo que luchamos! ¡No sufras!

Y después de aquel consejo, Comanegra se dirigió hacia la puerta y se fue.

Joan de Can Quelic estaba a resguardo, bajo los arcos de la plaza porticada, envuelto en una capa que llevaba calada hasta debajo de los ojos para protegerse del frío. Hacía guardia ante el local que regentaba su hijo. Quería hablar con Marçal, pero esperaba a que los últimos clientes se fueran, o, mejor dicho, a que los echaran del establecimiento porque iban muy bebidos y había peligro de que montaran un cristo.

Los gritos de los borrachos ya se perdían calle principal abajo cuando Joan entró en la taberna. Marçal estaba recogiendo las últimas jarras de las mesas y trabajaba de espaldas a la puerta, y cuando la oyó tintinear exclamó:

—¡Ya estáis aquí otra vez! ¿Queréis largaros de una vez...? — Volvió la vista hacia la puerta pensando que eran los clientes embriagados que volvían, pero se encontró con su padre, que lo saludaba levantando una mano—. ¿Qué haces aquí a estas horas? — preguntó sorprendido, frunciendo el ceño.

—Tengo que hablar contigo, hijo —anunció Joan con tono grave.

—Tú dirás —respondió Marçal sin dejar de faenar. Había apartado las jarras detrás del mostrador y se disponía a limpiar las mesas. Algunas estaban llenas de migas; otras, pegajosas por el vino que se les había derramado encima.

—¿Puedes dejar lo que estás haciendo, por favor? Lo que tengo que decirte es muy importante —le advirtió Joan, sentándose abatido en un taburete junto a la chimenea, donde un par de

troncos se habían consumido lentamente y ahora apenas humeaban, reducidos por el paso de las horas a un montón de ceniza.

—Sí, por supuesto —concedió solícito Marçal—. ¿Quieres algo de beber?

—No, gracias, hijo.

—¿Qué pasa, padre? Te veo preocupado. ¿Va todo bien? —le preguntó mientras cogía un taburete y se acercaba al fuego.

Se hizo el silencio.

Joan contemplaba unas llamas que justo acababan de reavivar momentáneamente aquel fuego. Levantó la vista hacia su hijo. Respiró hondo por la nariz y expulsó el aire por la boca como si estuviera muy cansado.

—Marçal, si no hay nada que lo impida, y en principio no lo habrá, los condes quieren que sea el jardinero de palacio —anunció sin ninguna ilusión.

A Marçal se le aceleró el corazón.

—¿Y cómo es eso? —preguntó con la expresión de la cara contraída.

—Los condes me lo han propuesto porque tienen otros planes para las fincas de Garriguella. Al lado del palacio, los terrenos del Bosque del Conde, con sus diferentes huertos y campos de árboles frutales, los permutarán por tierras y pajares a pequeños propietarios del pueblo, porque van a hacer unos jardines muy grandes. Me han ofrecido que viva en la casa del jardinero, que están haciendo dentro del recinto del castillo.

—¿Te lo han propuesto o te lo han impuesto? ¿No podías negarte? ¿Y qué pasará con la finca de Can Quelic? —bombardeó a preguntas a su padre con un tono desafiante.

—No ha sido una imposición, pero la verdad es que no, hijo, no me puedo negar. De hecho, desde que falta tu madre la casa es tan

grande que se me viene encima, y aunque todavía no he aceptado, creo que no me queda otra —reconoció Joan.

—¡Ja! —exclamó Marçal—. ¡Ya me lo imaginaba! —Y con la mano derecha se agarró con fuerza la entrepierna—. Ahora te tendrán bien cogido por los huevos y te obligarán a hacer lo que quieran, como quieren hacer con todos los pueblos de la comarca —añadió enfurecido, tirando al suelo, hecho un guiñapo, el trapo que llevaba atado a la cintura—. Desde que han vuelto de París, los condes lo están tiñendo todo de francés, ¡todo! ¿Qué harán en la finca de Can Quelic, plantar variedades gabachas también? ¡Y eso de abrir escuelas para que los niños puedan recibir una buena educación! ¿Es que no les enseñan bien el señor Balmanya y su mujer? ¿No son lo bastante buenos nuestros maestros a pesar de que también dan clase en otros colegios?

El mismo Marçal se respondía, fuera de sí:

—¡No! ¡Todos tienen que estar cortados por el mismo patrón! ¡Todos tienen que llevar este sesgo afrancesado! —El hijo de Joan había estallado.

—De eso precisamente te quería hablar. Sé que estás con ese grupo que lucha contra los condes por su afrancesamiento... —Marçal alzó las cejas en señal de sorpresa—. Marçal, hijo, te pido que desistas y que, por una vez, aunque sea la última, hagas caso a tu padre.

Marçal negaba con la cabeza mientras Joan seguía hablando.

—Influye en el grupo para hacer que cambien de opinión.

—¿Acaso te han enviado ellos para asegurarse de que así obedeceré lo que me digas?

—No, Marçal, no me envía nadie. Soy yo quien te lo dice. Te puedo asegurar que todo lo que hacen y lo que quieren hacer solo repercutirá en el bienestar de todos.

Marçal seguía sin dar crédito.

—Además, es mejor no enfrentarse al poder de los condes. No sabes lo expeditivos que pueden llegar a ser, a pesar de sus refinadas costumbres —le advirtió Joan.

—¿Me estás pidiendo que me rinda, padre? ¿Quieres que abandone la lucha y traicione a nuestro pueblo por los dudosos intereses de los Rocabertí?

Marçal se levantó de un salto y le propinó una patada al asiento, que salió rebotado hacia la puerta.

—Padre, por favor, ¡no me lo puedo creer! Eso no es lo que nos enseñaste a mi hermana y a mí, ¿te acuerdas? —exclamó, reprochando a su padre aquella actitud servil, porque mostraba una sumisión absoluta—. ¿Te acuerdas? Nos decías: «¡Hijos míos, luchad por lo que creéis, no os dejéis doblegar, no os dejéis arrebatarse el bien máspreciado del ser humano: su libertad!». —E insistía, invitándolo a hacer memoria—: ¿Te acuerdas, padre?

Marçal hizo una pausa para que Joan de Can Quelic recordara aquellas palabras que años atrás les había inculcado.

—¿Quieres hacerme creer, padre, que te dejarás engañar por este hombre que solo busca su gloria sin mirar los perjuicios reales que esto conlleva para los hombres y mujeres que viven en Garriguella, en Espolla, en Vilajuïga, en Peralada, en el pueblo que sea de esta maldita comarca? —le preguntó con amargura.

—Marçal, confía en mí, ¡tiene que ser así! —respondió Joan, convencido—. Esta vez los cambios vienen de Francia. No siempre tiene que ser malo lo que venga del otro lado de los Pirineos.

—¡Tiene que ser así, tiene que ser así! —repitió Marçal gritando—. ¡Será como nosotros queramos! ¿Por qué tienen que marcar nuestros designios desde palacio? ¿Por qué no podemos ser libres? ¿Por qué tenemos que vivir en esta sumisión, casi vasallaje? No

quiero que nos sometan, padre. Y eso, someternos, es lo que acabará haciendo ese condenado conde y toda su corte, que sois vosotros... Y si no, ¡tiempo al tiempo! —auguró Marçal.

—Te guste o no, los condes de Peralada son los dueños de estas tierras y lo único que hacen es promover la educación y la cultura. ¿Eres consciente de quién nos dio el permiso para abrir esta taberna? —le recordó a su hijo.

—¡Sí, y ojalá nunca nos lo hubieran dado! ¿Hasta cuándo tendremos que ir pagando los favores concedidos por el palacio? Ya se lo cobran de otras maneras. ¡No creo que eso formara parte del trato!

—Hay tratos que no hace falta firmar, con dar la palabra es suficiente. Y yo la di por ti.

—Padre, haz lo que quieras, pero yo no pienso claudicar. No puedes obligarme —le espetó.

—Tienes razón, hijo, yo no puedo obligarte, pero las leyes sí.

Y, suavizando el tono, se acercó a Marçal, le puso la mano derecha sobre el hombro y le dedicó una sonrisa sincera.

—Hijo, si el sargento de la Guardia Civil me pregunta, no me obligues a ir en contra de mi sangre —le imploró, casi suplicándole.

—Haz lo que tengas que hacer, padre, que yo haré lo que crea que debo hacer —replicó impertérrito Marçal.

Acto seguido se apartó y, con una mirada fría y distante, se despidió:

—Ahora, si me perdonas..., todavía tengo mucho trabajo antes de cerrar. —Y lo dejó pensativo frente al fuego, que ya se había apagado—. ¡Buenas noches, padre! —dijo mientras se iba detrás del mostrador.

Joan se levantó encogiéndose de hombros, agarró la puerta y, antes de salir de la taberna, se giró para mirar a su hijo.

—Buenas noches, Marçal.

Y, negando con la cabeza, se fue hacia casa con la mirada baja y preocupado por dos motivos. En primer lugar, porque, aunque no quería, podía imaginarse cómo acabaría todo aquello. Y después, porque no sabía de dónde salía aquel odio contra el conde de Peralada. Le daba la impresión de que, detrás de aquel sentimiento antifrancés, había alguna otra razón.

Marçal había incubado aquel odio desde hacía treinta años. Al principio no era un sentimiento de malquerencia, sino de rabia y repugnancia. Poco a poco, el odio se había ido gestando dentro de él, pero nadie le había prestado atención. Entonces él solo era un niño, pero había seguido toda la historia desde el principio. De hecho, fue el primero que supo que su hermana y el hijo mayor de los condes estaban enamorados, y les siguió aquel día en que, amparados por los árboles del bosque, se entregaron el uno al otro. Y cuando Alba volvió a Can Quelic, Marçal le dijo que los había visto. Muy contento, le había preguntado si se casarían e irían a vivir al castillo. Su hermana, riendo, le dijo que no, que de momento se lo quitara de la cabeza, que si acaso ella y Antoni se casaban, entonces sí que vivirían allí. Añadió que él no tenía por qué sufrir, que cuando ella fuera condesa podría ir siempre que quisiera y hacer lo que le viniera en gana dentro de los vastos dominios condales. Aquella ilusión, sin embargo, se vio truncada cuando Marçal fue testigo de la conversación que su padre y el administrador del conde tuvieron la noche en que Alba se fue de casa.

Se había despertado por un fuerte dolor de barriga y había corrido a la cocina; antes de llegar, oyó que su padre abría la puerta y discutía con el enviado de palacio. Decidió mantenerse escondido y entonces escuchó la orden de los condes en caso de que su padre no claudicara. Marçal no podía creérselo, y lloró y lloró. Por su

hermana y su hija, por sus padres y por él mismo. Y en aquel preciso instante se prometió que algún día se vengaría de aquella decisión tan injusta. Guardó la determinación en su interior, en secreto, pensando en ello sin parar hasta que pudo satisfacerla. Latente. Sin dejar que se manifestase, pero mientras tanto preparaba aquel día minuciosamente, en silencio, a la espera del momento adecuado. Había podido constatar que en el pueblo había ciertas personas que también desconfiaban o recelaban de los condes por diversos motivos. Y no costó mucho hacerles comulgar con sus ruedas de molino y que estuvieran a favor de darles un escarmiento, si se diera el caso. Ahora que los Rocabertí se habían vuelto a instalar en palacio y querían imponer, a través de los jardines y las escuelas, el afrancesamiento del que siempre habían renegado, Marçal vio que había llegado la hora de hacer justicia por el honor de su hermana y su pobre hija.

Un hombre envuelto en una capa se esforzaba en hacer saltar una chispa golpeando dos piedras cerca de unos arbustos resecos y escuálidos, junto al muro que limitaba los jardines del palacio con el bosque. Al tercer intento, lo consiguió.

Las chispas prendieron en los arbustos y rápidamente empezaron a convertirse en llama. El vigor de las lenguas de fuego le iluminó el rostro y dibujó una sonrisa de satisfacción mientras huía amparado por la oscuridad, pensando en el escarmiento que aquello provocaría a los condes y, de paso, en el bien que haría a la comarca. Después de que las primeras llamas empezaran a propagarse, lo que se percibió enseguida fue el inconfundible aroma de la combustión, que se extendía como una invasión sutil por el sotobosque y trepaba de inmediato por las ramas de los árboles y las plantas que habían arraigado hacía poco. Mientras tanto, densas columnas de humo se alzaban del suelo y volvieron opaco un cielo que solo unos instantes antes estaba tapizado de estrellas. El fuego devoraba furioso el jardín y las chispas saltaban de las ramas a los matorrales con una rapidez aterradora. Estaba rodeando la obra del paisajista francés. Una vez que el bosque se hubo rendido, toda la extensión de plantas medicinales y aromáticas se consumió, convertidas estas en antorchas naturales. Los troncos de pinos y encinas no podían protegerse, desprovistos de pinchos, agujones, púas o aristas para hacerse fuertes ante la amenaza inminente que los calcinaba. Sin armas para defenderse de la salvaje ofensiva de la lengua roja y

ardiente, los árboles ardían como espíritus atormentados, y su castigo dotaba de una extraña belleza a aquella noche que sería trágica. El fuego se expandía deprisa porque el viento que soplaba avivaba las llamas. Se dio la alarma y las campanas del convento del Carmen repicaron para que todos, dentro y fuera del palacio, corrieran a intentar sofocar un incendio desatado y desbocado por la tramontana. El fuego redobló su furia, empujado por un viento que atizaba las llamas como si fueran siniestras bailarinas que, a través de aquella danza diabólica de colores y vapores sulfurosos, se habían apoderado de buena parte del jardín y lo habían reducido a ceniza aún humeante.

El viento que había atizado las llamas que calcinaron los viñedos también había empujado el humo y las cenizas hasta el claustro del monasterio. Cada rincón estaba empapado de aquel hedor, y el convento no se había quedado al margen. Costaría que aquel tufo se fuera. Se escurrió por los orificios nasales de aquel personaje que pisaba por primera vez las tierras de los condes de Peralada. Venía de París. Y había venido a ver a los Rocabertí para darles ideas. Antoni lo esperaba en la explanada, delante de la torre del castillo, con las mangas de la camisa arremangadas, la cara tiznada y los ojos rojos por el humo.

Hacía ya un par de años que la conexión ferroviaria entre Francia y España se podía realizar mediante transbordo, haciendo pasar a las personas y mercancías que venían en un tren francés a otro español con el que podían proseguir el viaje, desde Cervera de la Marenda hasta Portbou y de allí hasta la capital ampurdanesa. El visitante se disponía a bajar de la berlina que lo había llevado desde la estación de tren de Figueres hasta Peralada. Se colocó el sombrero mientras se ajustaba la pajarita roja que llevaba anudada al cuello de una camisa blanca, la cual brillaba en contraste con el

traje negro con chaqueta que le confería un aspecto distinguido. La barba y el bigote blancos, pulcramente recortados, también contribuían a darle a su rostro esa aura de distinción. Se apoyó en un bastón con puño de ébano y hueso, virola de plata y palo de haya negra. Era Josep Oller, un empresario de Terrassa. Rocabertí y Oller habían coincidido en las carreras de caballos y en los ambientes selectos de París.

—¡Josep! Siento darte la bienvenida en estas circunstancias, pero... —Y abrió los brazos para mostrarle la magnitud del desastre.

—A mí sí que me sabe mal... —contestó, compungido, Josep Oller, repasando el desolador paisaje que tenía a su alrededor, presidido por una fina capa de polvillo ceniciento—. Pero ¿tú estás bien? ¿Qué ha pasado?

—Parece que hay un grupo de personas que no están de acuerdo con todo lo que estamos impulsando desde Peralada.

—¿Por qué?

—Porque opinan que queremos imponer el pensamiento francés frente al autóctono. —Chasqueó la lengua—. Ya intentaron sabotear la llegada de plantas y árboles hace unos meses, pero lo de hoy... —Y soltó un bufido.

Se le veía cansado. Todo aquel ajetreo empezaba a pasar factura a su ya de por sí delicada salud. Pero añadió, con un punto de optimismo:

—A pesar de todo, tengo que reconocer que hemos llegado a tiempo y las llamas no han causado tanto daño como pensábamos.

—¡Me alegro!

—Déjame que me cambie y tú instálate sin prisa; nos vemos en la biblioteca dentro de media hora.

—Hagámoslo así, no te preocupes.

El empresario de Terrassa había triunfado en París tras tener la brillante idea de reglamentar el sistema de apuestas. Bajo el Gobierno de Napoleón III, París se había entregado a una vida fácil, las costumbres se habían relajado y el juego y la fiesta eran permanentes. Oller había ideado un sistema de apuestas, llamado *pari mutuel*, cuya originalidad consistía en juntar todas las apuestas de un tipo determinado en un fondo común que, previa deducción de la remuneración de las sociedades organizadoras de las carreras, del operador técnico de las apuestas y de los impuestos correspondientes, era redistribuido entre los ganadores en proporción a sus participaciones. Este sistema triunfó en Francia, e incluso fue adoptado en los Estados Unidos de América.

No obstante, hacía dos años que Oller se había visto obligado a cerrar las apuestas mediante el sistema *pari mutuel*. La justicia francesa había prohibido jugar dinero en las carreras de caballos y el Gobierno lo perseguía por actividad ilegal. Pero, lejos de amedrentarse, Oller se rehízo con una iniciativa que los parisinos recibieron con los brazos abiertos: hacía un año que, junto con el famoso cómico del teatro del Palacio Real Jules Dumont, conocido como Brasseur, había abierto el Teatro de Novedades, coincidiendo con la inauguración de la Exposición Universal de París, en mayo del año anterior. Oller, que ya había triunfado con las Fantaisies Oller, un local predecesor del *music-hall*, tuvo la visión de abrir las puertas de su establecimiento cuando París estaba repleto de gente con ganas de diversión. Y triunfó, como le sucedía con casi todo lo que se proponía. Por este motivo, y por la amistad que les unía, el conde lo había invitado a Peralada para enseñarle los jardines y pedirle consejo para poder llenar de cultura aquel estallido de naturaleza. El incendio no truncaría, ni mucho menos, la voluntad firme y decidida de los Rocabertí.

Sentados en unos grandes sillones de cuero, junto a la chimenea que había en el extremo norte de la biblioteca, los dos hombres intercambiaban opiniones.

—Mi idea, Josep, sería crear un festival con óperas, zarzuelas, comedias y vodeviles, como me consta que tú con tanto éxito ofreces en París.

Oller asentía con la cabeza mientras chupaba la boquilla de la pipa que se acababa de encender hacía apenas un instante.

—Me parece una buena idea. De todas formas, Antoni, si quieres montar un festival, intenta acompañarlo de algo más que de música. —Y soltó una nube de humo que impregnó la salita con un aroma mezcla de pino y resina.

—¿Qué quieres decir? ¿A qué te refieres?

—La gente quiere escuchar música, es cierto, pero también quiere diversión y experiencias nuevas, diferentes. Mira —lo ilustraba Oller—, ¿sabes qué es lo que triunfa ahora en París?

Rocabertí sacudió la cabeza de derecha a izquierda.

—La cabeza de la colosal Estatua de la Libertad de Bartholdi y Eiffel.

—¿Qué dices? —Rocabertí alzó las cejas en señal de sorpresa.

—Tal como lo oyes. Lo que debía ser un regalo para Estados Unidos por parte del Gobierno francés para celebrar el centenario de su independencia y las buenas relaciones con Francia se ha convertido en la atracción de la exposición. ¡Y de toda la ciudad! —sentenció Oller—. El público está entusiasmado porque, como la cabeza está hueca por dentro, se puede acceder a su interior. Se forman larguísimas colas para entrar. Aquí tienes el ejemplo: experiencias nuevas y diferentes.

Se tocó la sien con el dedo y continuó:

—Piénsalo, Antoni. La programación musical tiene que ser excelente, pero no olvides la parte de espectáculo, la más popular, la que llega a todo el mundo. ¡Para todos los públicos! Si lo haces así, será un éxito garantizado. ¡Créeme! ¡Estos jardines que tienes, yo los convertiría en La Maison de Rêves! —exclamó entusiasmado—. ¿Recuerdas *El sueño de una noche de verano*?

Rocabertí asintió.

—William Shakespeare nos regalaba un sueño a través de un cuento de hadas que tiene lugar en el bosque. Piénsalo, *mon ami* —insistió Oller—. A través del bosque podemos adentrarnos en lo misterioso y fantástico, pero también en el deseo y el sueño. El bosque es el mundo de la imaginación, de la fantasía, y allí tienes la materia prima para expresar deseos, sueños e ilusiones.

Oller continuaba:

—Decía Jean-Jacques Rousseau: «Para el alma del ser humano es frustrante vivir en la duda sobre aquellas cosas que quiere y desea conocer. Y, por tanto, prefiere engañarse a no creer en nada. Inventarse una historia, aunque sea fantástica pero verosímil, creíble, antes que no tener nada en qué creer. Soñar».

Oller hizo una pausa dramática y concluyó:

—Haz de tus jardines, que son un bosque, un lugar para soñar, un lugar al que todo el mundo quiera venir.

Rocabertí entendía lo que le sugería el hombre a quien en París ya conocían como el emperador de la diversión, y pensaba que los jardines del castillo podían ser esa oferta alternativa a la música, el canto y el baile que se programase en el teatro. El jardín podía ser La Casa de los Sueños, aquel lugar mágico donde los asistentes tuvieran la oportunidad de pasear antes o después de los conciertos y conectar con la naturaleza. Pero también con la magia de un espacio onírico que abonaría el terreno del deseo, de los sueños, de

la creación y de la libertad. Aquel jardín había sido diseñado para ser, de hecho, un bosque que —como defendían los antiguos— fuera un lugar donde realidad y fantasía se entrecruzasen y se situaran en un mismo plano. Un paraje donde historias, leyendas y recuerdos se confundiesen entre los árboles y la espesa maleza de los matorrales.

—Si lo haces bien, correrá la voz de que los sueños se pueden hacer realidad en tus jardines —le aseguró Oller.

—¡Tienes razón, querido Josep! En estos jardines no quiero que nadie se sienta ni cohibido ni insignificante, al contrario —dijo Rocabertí—. Mi intención es que sirvan para meditar sobre la vida y sobre la felicidad y, por tanto, que la gente se sienta libre y se deje llevar para poder conseguir lo que se proponga.

El conde no osaba compartir sus recuerdos con Oller, pero la memoria le llevó a visualizar los momentos más felices de su vida. Porque precisamente los había experimentado en el bosque. Allí, como si se tratara de un cuento de hadas, se habían amado Alba y él, y daba gracias a los árboles y a las criaturas de los bosques, que con su tupida sombrilla de hojas les habían protegido de miradas inquisitivas. Hasta que la naturaleza siguió su curso y dio a luz al fruto de su amor, prohibido.

Una hija que Antoni no sabía que tenía.

Al margen de los jardines, Rocabertí también le contó a Oller que empezaba a despuntar otro proyecto en Peralada: una obra educativa que iba más allá de sus dominios y que trascendía el pueblo y, por extensión, toda la comarca. El arte y la cultura prosperarían alrededor del castillo con la apertura de dos escuelas, en una de las cuales se enseñarían las primeras letras y las asignaturas del grado superior, además de algunos oficios manuales, especialmente las artes gráficas y el dibujo. Y en la otra los niños aprenderían música, solfeo y canto. El premio final era que el conde

regalaría a cada uno de los alumnos el instrumento que hubieran aprendido a tocar y a dominar. El objetivo era formar una orquesta, una cobla, una banda de músicos que pudiera difundir la buena música desde Peralada al mundo. Quería acercar la enseñanza y la cultura a todo el mundo, sobre todo a los niños y las niñas, que eran el futuro. Muy cerca del castillo, en el pueblo de Espolla, ya hacía un tiempo que los niños recibían este conocimiento.

—María Antonieta de Austria, la reina consorte de Francia, llevaba siempre una hoja de patata en el escote para presumir de este tubérculo. La flor tiene una corola de cinco pétalos, blancos o violetas, con unos estambres amarillos muy visibles.

Los alumnos de Antoni Balmanya, de la escuela de Espolla, abrieron los ojos y se quedaron boquiabiertos en señal de sorpresa. Aquel hombre tenía la capacidad de estimular su curiosidad.

Balmanya se acarició la barba y los bigotes blancos, que llevaba bien recortados, y se metió los dos dedos índices en los bolsillos laterales del chaleco para seguir hablando mientras paseaba entre los pupitres del aula.

—Por eso también se adornaba el cabello con estas flores. Y cuando el mismísimo rey Luis XVI empezó a pasearse con esta flor en la solapa, las pusieron de moda entre las cortesanas. ¿Os imagináis a todo el mundo yendo con la cabeza llena de flores de patata? —E hizo el gesto tocándose su cabello blanquecino, como si llevase una corona de flores.

Los alumnos se reían.

—En un primer momento aquello fue considerado una excentricidad botánica, y los reyes y los aristócratas plantaban patatas en sus jardines, como si fuera una planta exótica, para presumir de ello. No ha sido hasta ahora cuando se ha convertido en un alimento básico —concluyó mientras se ajustaba el lazo de la

pajarita que llevaba al cuello, la cual le confería un aspecto distinguido.

Y añadió, con la socarronería que lo caracterizaba:

—Eso sí, la hoja de patata en el escote le debía de picar una barbaridad a María Antonieta, porque es sumamente rugosa. ¡Para presumir hay que sufrir! —sentenció desde detrás de su mesa, presidida por un globo terráqueo.

—¡Señor Balmanya!

Un alumno levantó la mano para hacerle una pregunta y el maestro lo invitó a hablar.

—Nunca he visto una flor de patata.

—Me viene muy bien que hagas esta observación, Salvadoret. Debo deciros que la semana que viene tendremos el honor y el privilegio de visitar los nuevos jardines del castillo de Peralada.

Se despertó una gran expectación entre el alumnado.

—Los condes quieren que estén abiertos a todo el mundo, para que puedan ser visitados y para que se pueda aprender de la enorme diversidad de plantas, árboles y flores que albergan. ¡Este es un mundo con un lenguaje propio que hay que conocer!

Antoni Balmanya incitaba a sus alumnos a aprender experimentando. Experimentación y cooperación. Su sistema consistía también en favorecer que los alumnos mayores o más espabilados ayudaran a los más pequeños o lentos. Desde que había llegado a la escuela de Espolla, tanto él como su mujer, Maria Carlas, que era la maestra de la escuela de niñas, trabajaban en esa dirección. Creían que una de las mejores maneras de aprender era mediante la observación directa tanto de la naturaleza, en ciencias naturales, como del patrimonio, para la arqueología y la historia. Balmanya era un hombre de ideas carlistas e iba en contra de la oficialidad liberal del momento. Era producto de una inquietud de la

sociedad, sensible al valor de la educación como herramienta de promoción y dinamización social y económica.

El maestro se desvivía por compartir el conocimiento con todos sus alumnos. Y cuando supo que los condes de Peralada apostaban por que todo el mundo pudiera acceder a la cultura, no se lo podía creer. Y más en un momento en el que la educación no era una prioridad ni para las autoridades ni para las familias. Así se lo había contado a Maria, su mujer, la noche anterior mientras cenaban:

—Ha venido a verme el administrador de los condes, Antòniu Tomàs. El conde ha invitado a la escuela a visitar los jardines.

—¿Qué dices?

—Tal como lo oyes. Ya había oído decir que el señor conde tenía un espíritu filantrópico, humanista, generoso, y que en el castillo se quería potenciar la actividad cultural, ipero esto me parece extraordinario! —exclamó exultante. Y continuó—: Tomàs me ha dicho que ya ha recibido a los primeros alumnos de la escuela de primeras letras, y que es gratuita. Su voluntad es garantizar un futuro a tantos niños como pueda.

—¿Ahí, en el palacio?

—¡Sí, sí! Una escuela que combina la enseñanza básica con la de las artes y oficios, las artes plásticas, el teatro, la música, la gimnasia y la jardinería.

—¡Pero eso será extraordinario!

—Ya lo creo. Y se ve que a los alumnos de la escuela de música, al terminar los estudios, los obsequiarán con el instrumento con el cual hayan estudiado.

—Antoni, todo esto está muy bien, es muy loable, pero... ¿cómo se las va a arreglar para tener alumnos? Si a nosotros nos cuesta Dios y ayuda hacer entender a los padres que sus hijos deben saber

leer, escribir y hacer números... ¡No quiero ni pensar cómo los convencerá para que sean artistas y no campesinos!

—Maria, este hombre sabe lo que se hace —afirmó Balmanya, convencido.

—¿Por qué lo dices tan seguro?

—Porque no les hace elegir entre la herramienta y el instrumento.

—¿Cómo?

—Y ya les ha buscado un estímulo.

—¿Cuál?

—Se ve que, para conseguir que las familias de los chicos acepten que su hijo puede ganarse la vida igual de bien con un fiscorno en las manos que con una azada, les ha propuesto un negocio redondo.

El maestro de Espolla hizo una pausa que añadió más trascendencia a lo que estaba explicando.

—¡Les ha garantizado que quienes consigan tocar en la orquesta tendrán derecho a disponer de un huerto, a trabajarlo y a quedarse con lo que produzca! ¡Me ha parecido sensacional! —aplaudió Balmanya—. ¡Los chicos que pasen por la escuela de música tienen que estar profundamente agradecidos!

—¿Y no será que el conde busca comprar su obediencia y su fidelidad con esto? —preguntó su mujer.

—No lo creo. Quienes le conocen dicen que es una persona altruista, desprendida y generosa. Que lo mueve el espíritu filantrópico para ayudar a estos chicos a labrarse un futuro. Tal como yo lo veo, primero les proporciona una doble formación: musical y académica. Y después, su paso por la escuela los reviste de una gran humildad y responsabilidad: dependen de su trabajo. Les dota de un sentido de pertenencia a un grupo, a un conjunto, con unas normas que hay que seguir, y eso los hace leales y honestos. Orgullosos de hacer lo que hacen. Comprometidos con la disciplina.

¿Y no me negarás que eso les servirá tanto para estar en el huerto como en el escenario?! —Balmanyà le guiñó un ojo a su mujer.

Maria iba asintiendo con la cabeza para expresar que estaba plenamente de acuerdo con lo que acababa de exponer su marido.

Con el sonido acompasado del reloj de péndulo que marcaba las horas, un sirviente le había conducido desde la entrada por un pasillo en penumbra y lo había dejado en mitad del salón principal.

—Mosén Verdaguer, el conde lo recibirá enseguida. —Y se escabulló detrás de los cortinajes que envolvían aquella estancia.

Verdaguer levantó la vista hacia el techo y quedó boquiabierto, cegado por la luminaria de las cinco arañas de cristal, con veinticuatro palmatorias en el centro y otras cuatro, de ocho palmatorias cada una, en los ángulos.

No faltaban los espejos, cuatro con acabados de talla dorada y cordones de seda roja con sus borlas, ni las consolas bajo los espejos. Las consolas eran de madera, con tallas doradas y sobres de jaspe blanco, con el curioso detalle de que estaban provistas de unas contracubiertas para protegerlas del polvo. Allá donde se volvía, observaba diversas manifestaciones artísticas. Se quedó embelesado ante un ornamento de forma rectangular, un dosel de damasco carmesí con los retratos del rey y de la reina enmarcados en madera dorada. Paseando la vista por las paredes encontró las pinturas. Se encaramaban por encima del zócalo, en los paños de pared entre las aberturas. Había un arrimadero pintado, imitando al mármol, rematado con una cornisa también pintada que quedaba cortada por las pilastras o por los marcos de cada una de las puertas. En cada tramo de arrimadero había un plafón rectangular, y en medio, la pintura de un busto dentro de un medallón rodeado por

una guirnalda. En cada uno de los paños de pared por encima del arrimadero se representaban escenas vinculadas a la historia de la familia Rocabertí, los propietarios del palacio. Había una a cada lado del salón y dos en la pared opuesta a la fachada. Estas escenas parecían lienzos enmarcados, y el marco estaba tratado de tal forma que daba la impresión de relieve. A ambos lados de cada uno de estos cuadros había una franja vertical con motivos florales que los decoraban. La franja también estaba pintada para dar sensación de relieve. Además, en los extremos de los paramentos laterales había pinturas también enmarcadas, mucho más estrechas, que representaban elementos simbólicos como armaduras, yelmos, etcétera. Una barra de hierro dorado se enroscaba detrás de una elegante cortina.

Cuando volvió la vista hacia el salón, se fijó en las sillas. Delante tenía dos sillas de respeto doradas que lucían trofeos reales en el respaldo y estaban cubiertas de damasco carmesí; completaban la decoración otras sillas de guadamecí. En total había veintiséis sillas y un canapé, barnizados en caoba, tapizados de damasco verde y con fundas de tela de indiana para protegerlos del polvo. Los paramentos eran también de damasco verde, así como las cortinas —dos para los balcones y dos más para los portales—, con las borlas y cordones correspondientes, de seda verde. También había cortinajes de damasco carmesí para los portales, con cordones de seda y las borlas que los complementaban.

Verdaguer estaba abrumado ante tanto lujo, y no sabía estar en aquella habitación. Cuando ya estaba pensando que no había sido una buena idea venir y meditaba marcharse, una voz que salía de detrás de las cortinas lo detuvo.

—¡Dios os bendiga!

Verdaguer se giró como quien se siente pillado haciendo una trastada. Delante de él tenía a Antoni de Rocabertí, conde de Peralada. Su hermano Tomàs iba y venía de París, donde pasaba largas temporadas, y su hermana, Joana Adelaida, había decidido instalarse en Mallorca, acompañada por los dos tíos solteros. Por lo tanto, Antoni ejercía plenamente su título nobiliario.

—Buenos días tengáis, señor conde —respondió el sacerdote con una leve inclinación de cabeza, a modo de reverencia.

—Oh, no, mosén, por favor; llamadme por mi nombre: Antoni.

El conde era un ferviente admirador de la poesía de mosén Jacint Verdaguer.

—Sentaos, sentaos, por favor. ¿Os apetecería algo de beber?

—Solo un poco de agua.

El conde hizo sonar una campanilla y al instante apareció una sirvienta que traía una bandeja con una jarra y dos copas de cristal.

—Cuando mi buen amigo Estanislau Vayreda me hizo saber que estabais en el santuario del Mont, le pedí que intercediese para invitaros al castillo antes de que fuera demasiado tarde.

—Sí. De hecho, ya estoy a punto de irme.

—¿Habéis estado a gusto? ¿Habéis podido trabajar con tranquilidad?

—Desde luego que sí. Han sido unos días excepcionales. Y únicos, estoy seguro. —Por el gesto que hizo el poeta, el conde interpretó que lo decía con segundas.

—¿Qué queréis decir? ¿Acaso os ha pasado algo? —preguntó preocupado.

Verdaguer dio un trago y respondió:

—La noche que viví la semana pasada en el Mont me marcará para siempre, toda la vida.

Rocabertí hizo un gesto con los brazos abiertos que invitaba al poeta a explicarse. Verdaguer comenzó su relato:

—Solo unos instantes antes de que pasara aquello que tenía que pasar, no podía dejar de pensar en todos y cada uno de los buenos momentos que allí había vivido. Tenía un grato recuerdo de esos días de verano fértiles, espléndidos, creativos, preñados de buenas sensaciones que había pasado en el Mont. Había sido todo tan excepcional e irrepetible que apuraba las últimas horas de tranquilidad y de paz que me ofrecía el santuario, un lugar al cual había llegado aconsejado por mi buen amigo Pere Alsius.

Verdaguer buscaba un lugar donde pudiera ser creativo. Y siguió la recomendación del farmacéutico e historiador de Banyoles Pere Alsius, que acababa de escribir una reseña sobre el santuario de la Mare de Déu del Mont, y se había dejado convencer para ir allí sin ofrecer mucha resistencia. «Cinto —le había dicho—, este es el lugar elevado, el mirador que buscas para contemplar el Canigó y al mismo tiempo tener tranquilidad para escribir: el santuario de la Mare de Déu del Mont. Es un mirador incomparable del Pirineo desde el mar hasta la Cerdanya, coronado por el macizo del Canigó.»

—Aprovechaba los días para hacer diferentes excursiones por la montaña y, lápiz en mano, recogía dichos y leyendas de pastores y campesinos que rondaban por aquel entorno boscoso que me tenía fascinado y al mismo tiempo me abrumaba. Es un lugar a medio camino entre la espesura salvaje y amenazante y el paisaje majestuoso y evocador. No tardé en darme cuenta de que por los alrededores de la montaña abundaban los ancianos de ochenta y noventa años, y, de hecho, cerca de la ermita de la Virgen conocí a una mujer de la que mosén Comadevall, el sacerdote custodio del santuario, me confirmó que tenía ciento tres años. Iba a misa con

gran ligereza todavía y, ayudada por una retorcida raíz de sabina, se movía por los caminos pedregosos como una cierva.

»Sorprendido, un día que la vi subir hacia la iglesia me acerqué y la felicité por su longevidad.

»“¡Dios os bendiga!”, la saludé levantando una mano. “Da gusto veros, porque os conserváis la mar de bien. Deben de ser el aire sano de la montaña y las comidas que hacéis lo que supongo que os permite ir sumando años de experiencia.”

»“¡Ay, mosén! Yo ya no sé qué es lo que nos mantiene vivos”, me dijo aquella venerable anciana mientras se pellizcaba la riñonada, “a pesar de que tenemos todos los males habidos y por haber...”. Bajó la voz y, como si se tratara de un secreto confiado al amparo del confesionario, añadió guiñándome el ojo: “Es que hemos hecho un pacto con el diablo, mosén”. Y me lanzó una sonrisa que no supe interpretar.

Rocabertí le interrumpió:

—Por la forma en que la describe, mosén, es como si la conociera —le indicó—. Muy cerca de aquí, en Garriguella, había vivido una mujer idéntica a la que acaba de retratar. Se habían hecho correr muchas versiones de su historia, y uno de esos relatos aseguraba que se había escapado de un sanatorio a las afueras de Barcelona donde trataban a los endemoniados.

—¡La Escuela de la Virtud! Lo conozco. Era un sanatorio que se levantaba junto a la ermita de la Santa Cruz, en el barrio de Vallcarca, a las afueras de Barcelona. Lo dirigía un antiguo carmelita, el padre Francesc Palau, pero el obispo lo hizo cerrar. Esta mujer, como muchos de los que allí estaban encerrados, debió de huir la noche en que el vicario general subió para abrir las puertas —supuso Verdaguer.

—Seguramente —añadió Rocabertí—. Nadie sabía su nombre, pero todo el mundo la llamaba la Malaveïna. Era más vieja que el andar a pie y, desde tiempos remotos, practicaba el arte de la hechicería. Entre el populacho había gozado de mucho predicamento.

Y no pudo evitar pensar que entre la nobleza también. Su padre, el difunto conde de Peralada, había sido un cliente asiduo. Rocabertí continuó:

—Mucha gente se había curado gracias a sus brebajes, pociones y hechizos. Algunos aseguraban que eran tan efectivos por la influencia del demonio, aunque ella juraba y perjuraba que no tenía relación alguna con el diablo y que no practicaba ni conjuros ni maleficios —explicó, recordando el aquelarre que Alba y él habían presenciado años atrás—. Pero os puedo asegurar que la relación existe.

—El señor Alsius de Banyoles ya me había advertido de la singularidad de estas tierras y, sobre todo, de que era muy cierto que detrás de cualquier persona, animal o cosa que se moviera por la falda del santuario del Mont se escondían una o varias leyendas.

Verdaguer prosiguió:

—Os explico el encuentro con esta mujer porque no sé si era aliada del diablo, pero lo que me ocurrió hace un par de noches lleva la marca del demonio. Ya me había retirado a mi habitación cuando unos golpes nerviosos en la puerta me pusieron en alerta. Era el propietario de la hospedería del santuario, que me dijo que había un hombre preguntando por mí.

—¿De noche? ¿Un hombre preguntando por vos?

—Sí, a mí también me extrañó, pero se ve que el individuo había insistido en hablar conmigo. Decía que si hubiera estado mosén Josep él lo habría podido ayudar, haciéndose cargo como siempre de

los «ataques» que sufría su hermano, pero que en su ausencia estaba seguro de que yo podría ayudarlo.

»Mosén Josep Comadevall, no sé si lo sabéis, es el sacerdote custodio del santuario y está a cargo de las parroquias del Mont: Santa Maria y Sant Domènec de Palera, Sant Pere de Lligordà, Sant Llorenç de Sous y Sant Feliu de Beuda. Es él quien atiende las necesidades de los feligreses de estas parroquias que dependen de él.

—Pero vos no sois médico, ¿cómo ibais a poder ayudarle? —quiso saber Rocabertí.

—Eso mismo le dije, pero finalmente accedí a ir a ver a su hermano, más por caridad cristiana que por tener conocimiento alguno de medicina. Así pues, me colgué la cruz y la estola al cuello, cogí un maletín donde metí un ejemplar de la Biblia y cuatro frascos que tenía en el armario, descolgué el abrigo del perchero y seguí al propietario de la hospedería escaleras abajo para encontrarme con aquel campesino. Con él, recorrimos el camino del santuario hasta la masía bajo una lluvia torrencial. Cuando llegué a la casa me sorprendió ver que aquel chico, el hermano del campesino, blanco como la leche y delgado como un espárrago de campo, estaba atado.

»“¿Puedo saber por qué motivo lo tenéis atado a la cama?”, pregunté.

»El muchacho estaba quieto y tranquilo, con una respiración muy pausada. Sollozaba.

»“Cuando he salido de casa para ir a buscaros, he tenido que atarlo para que no se hiciera daño”, respondió el hombre con sentimiento de culpa mientras empezaba a deshacer los nudos.

»Me acerqué para ver si tenía fiebre y le puse una mano en la frente; la tenía templada. El chico no se inmutó, pero la reacción fue

inmediata cuando quise examinarlo más de cerca para determinar qué enfermedad podía afectarle. Cuando me incliné hacia delante, la cadena con la cruz que llevo colgada al cuello tuvo un ligero balanceo, un movimiento de vaivén muy leve. Bastó con que la base de la cruz rozara suavemente su piel blanquecina para que el chico resucitara. ¡Como si tuviera un muelle en la espalda, el muchacho se incorporó en la cama y empezó a lanzar todo tipo de improperios contra mí!

—¿Y qué hicisteis?

—Me aparté de un salto mientras el hermano lo aplacaba e intentaba calmarlo. El chico, que no paraba de escupir insultos y juramentos, tanto en catalán como en latín, me clavó la mirada y empezó a declamar unos versos:

*Adelante: por montes, por tierra y mares no te detengas,
pues ya te es pequeño por trono el Pirineo,
por ser grande hoy despertaste
bajo la sombra de la Cruz.*

»Yo no daba crédito. Con una mano aferrada a la cruz y la otra a la Biblia, fui retrocediendo de la cama del enfermo... Me di cuenta de que aquello que acababa de oír eran los últimos versos que había escrito ni una hora atrás, los cuales concluyen mi poema dedicado al Canigó. Era una prueba irrefutable de que lo que albergaba el cuerpo del muchacho no era germen ni bacteria, sino que estaba poseído por el demonio.

—¡Virgen santa! —exclamó el conde, y ambos se persignaron.

—Lo que me ha hecho reflexionar, y por eso determiné abandonar el santuario antes de tiempo, son las palabras que me dirigió aquel pobre muchacho cuando ya estaba en el umbral de la puerta y a

punto de irme. Con una voz ronca, me espetó: «¡Ay, Verdaguer, ya nunca más te olvidaré!», con una sonrisa que me heló la sangre.

—¿Y cómo conocía vuestro nombre?

—Es lo mismo que me pregunté yo. La voz del chico me ha acompañado las últimas noches. Estas palabras pronunciadas por el demonio han hecho tambalear mis cimientos, y he tenido que rezar mucho para lograr acallar la voz, hasta que ya no he sentido más esas palabras que me turbaron enormemente y me sacudieron el alma.

Cuando el mosén terminó su relato, se hizo el silencio en la biblioteca del castillo de Peralada.

—Me habéis dejado pasmado, mosén Verdaguer —reconoció Rocabertí, quien acto seguido le propuso cambiar de tema.

Rocabertí admiraba a Verdaguer, y cuando supo que se encontraba en el santuario del Mont para escribir una nueva obra, hizo lo imposible para invitarlo un día al castillo. Su amistad con Estanislau Vayreda facilitó el encuentro.

—Y bien, ¿cómo va la escritura de este poema? ¿Ya tiene título?

—Se llamará *Canigó*. Va bien, muy bien, lo tengo casi terminado. El Mont es una atalaya extraordinaria. En la habitación tengo una amplia ventana que se abre al Canigó, desde donde puedo mantener algunas conversaciones con la montaña.

—Os invito a recitar vuestro poema aquí, en el teatro o en los jardines del castillo, cuando lo tengáis terminado. ¿Qué me decís?

—¡Por supuesto, podéis contar con ello!

Tras un rato de conversación, y una vez despedido Verdaguer, el conde hizo llamar a su fiel administrador, el señor Tomàs.

—¿Es posible que la Malaveïna todavía esté viva? —le preguntó.

—Sí, señor. ¿Por qué?

—Porque mosén Jacint Verdaguer me ha explicado que por estos lares encontró a una mujer que me ha hecho pensar mucho. Yo creo que no puede ser... Pero si vos me decís que está viva, es que esta mujer es inmortal. ¿Cuántos años debe de tener? ¡Al final va a ser verdad que hizo un pacto con el diablo!

—Un momento, señor conde. —Y se colocó bien las gafas, que le resbalaban del puente de la nariz—. ¿Os referís vos a aquella vieja curandera que incluso había curado a su padre?

—¡Sí, a esa!

—¡Ah, no! La vieja Malaveïna desapareció un buen día, pero dejó una aprendiz, una mujer que ha sabido mantener sus artes curativas a través de las plantas, las hierbas y las flores. Y aunque las autoridades médicas y eclesiásticas la persiguen, tal como habían hecho antes con su predecesora, sigue teniendo una buena clientela entre los vecinos de Peralada, Garriguella, Espolla y otros pueblos de esta y de otras comarcas.

Al oír lo que le contaba Antòniu Tomàs, Rocabertí tuvo un presentimiento que, de inmediato, hizo que la sensatez abandonase su pensamiento.

—Malaveina, ¿podéis salvar a la madre y a la criatura? —preguntó un padre primerizo, preocupado ante los graves problemas de su mujer para dar a luz.

—No os preocupéis, sé lo que tengo que hacer. Conozco hechizos y rituales que, combinados con remedios naturales, ayudarán a vuestra mujer a traer al bebé al mundo —explicó con convicción y firmeza.

El campesino dejó de estrujar el sombrero de paja que llevaba en las manos. Las palabras y la mirada verde con manchas doradas de la curandera le infundieron confianza.

En una masía a las afueras de Peralada, una parturienta se debatía entre la vida y la muerte. Se encontraba en medio de un parto difícil. Llevaba horas pujando, y tanto ella como el bebé estaban al límite de sus fuerzas.

La curandera se concentró tras administrarle un brebaje. Le susurró una oración al oído, alzó los brazos hacia la mujer y declamó:

—¡El bebé está encallado, el bebé está encallado! ¡El cerrojo está echado, casi acaba con su vida!

»La puerta está ajustada contra la criatura que mama, la mujer que pare está cubierta por el polvo de la muerte, cubierta por el polvo de la batalla, como un carro; cubierta por el polvo de los penachos, como un arado; está empapada de su propia sangre, como un guerrero en la lucha. Su mirada se pierde, ¡no ve nada!

»Sus labios están sellados, no los puede abrir; su mirada está borrosa, está asustada; ¡sus oídos no oyen! Su pecho no se sostiene; tiene torcidas las cintas de su cabello. ¡No está cubierta, no siente vergüenza!

Acto seguido hizo una pausa, movió el cuello y fijó la mirada en la barriga de la mujer, como si quisiera dirigirse al bebé. Pero al cabo de unos instantes, y tras unos espasmos y unas pequeñas convulsiones, dijo con una voz aguda que no parecía ni la suya:

—¡Quédate a mi lado y sigue gritando, oh, misericordioso Marduk! Aquí hay mucha confusión, está rodeado, ¡haz que venga hacia mí! ¡Saca lo que está sellado, creado por los dioses, gestado por la humanidad, haz que salga y vea la luz!

Y se acercó a la parturienta para darle una cucharada de un líquido viscoso de color naranja amarillento que parecía resina de pino. La mujer se incorporó como pudo para sorber el brebaje.

—¿Qué le has dado? —preguntó una parienta de la joven, espantada por lo que acababa de oír.

—¡Flor de hisopo, que recompone a la madre y coloca al bebé en su sitio! —le respondió.

—¿Quién es esta mujer que invoca al demonio para traer una criatura al mundo? ¿Dónde se ha visto algo así? —dijo la que resultó ser la tía de la parturienta, quien desconfió en cuanto oyó que la Malaveina se encomendaba a una deidad que no era Dios Nuestro Señor para suplicarle ayuda—. No dejaré que mi ahijado o ahijada nazca bajo una mala influencia.

Y se decidió a actuar, emprendiendo las acciones que fueran necesarias.

Enseguida salió de la habitación, santiguándose indignada, pensando que aquel comportamiento no podía quedar impune. Huyó tan precipitadamente que no oyó los gritos del recién nacido una vez

fuera del vientre de la madre. Su obsesión por poner todo aquello en conocimiento del alguacil no le dejó prestar atención al hecho de que su sobrina había dado a luz a un niño y que ambos gozaban de buena salud.

Remigi Palmada, además de alguacil, actuaba como agente judicial. Sus atribuciones eran reconocidas tanto por el alcalde como por la Iglesia; de hecho, las competencias judiciales y ejecutivas de aquel cargo se remontaban a la época medieval, y se habían mantenido hasta el presente. Fue él quien hizo comparecer a Aurora, denunciada por brujería ante las autoridades por sus prácticas y acusada de hacer pactos con el diablo.

Palmada llevaba la voz cantante en el proceso de acusación.

—Señor conde, las pruebas son concluyentes: iesta mujer es una bruja hechicera!

El funcionario hizo su acusación ante el conde, que seguía el proceso desde un sitial instalado en el centro del altar de la iglesia del Carmen. A su lado, el obispo coadjutor de Girona, Berenguer Saplana, escuchaba al alguacil sin demasiado entusiasmo, ni tampoco se le veían ganas de intervenir. Aurora, a quien habían dejado en un rincón, seguía el procedimiento contra ella con la cabeza baja, y solo de vez en cuando se atrevía a levantarla para mirar a los tres hombres que tenía delante.

El alguacil, revestido de la autoridad que le conferían sus competencias, prosiguió:

—La bruja tiene unos poderes adquiridos, ya sea por vía familiar, transmitidos de madres a hijas o de abuelas a nietas, o bien otorgados por el diablo mediante un pacto. Pero la hechicera no recibe sus poderes del diablo, ni tampoco los tiene por vía familiar,

sino por el estudio realizado con otra hechicera o por el autoaprendizaje de un abanico de recetas, fórmulas mágicas y hechizos más o menos elaborados que le permiten desarrollar su profesión. Si la bruja tiene como tarea fundamental hacer el mal, a causa de su pacto diabólico, esta no es la característica principal de la hechicera, sino que su trabajo se concreta en dar satisfacción al paciente, que la consulta a propósito de todo tipo de dificultades, como la resolución de problemas relacionados con el amor, tanto carnal como espiritual, o la curación de algunas enfermedades reales o ficticias, entre las cuales sobresale en importancia el mal de ojo.

—¿El qué? —quiso saber el conde.

—El arte de encantar, de embrujar con la mirada. Esta mujer, como las otras, es capaz de generar fascinación, de cautivar irresistiblemente a alguien con su mirada. Sin olvidar el poder de averiguar el futuro. ¡Y estos poderes sí que no pueden ser dados por nadie más que por el mismo demonio!

Hizo una pausa.

—Sabemos que esta mujer es discípula, heredera de hecho, de una hechicera, de una bruja que había tenido vínculos con el diablo. ¡Si hasta se la conoce por su mismo nombre!

El alguacil, sin embargo, se guardó mucho de pronunciarlo, porque sabía lo que le podía pasar si lo hacía. Aunque el cargo que ostentaba no le permitía creer en nada que fuera sobrenatural, en su interior Remigi Palmada era muy respetuoso con todo este mundo que dominaban mujeres como la Malaveïna, e incluso, a escondidas, había acudido a su caserón en busca de remedios. Pero nunca lo admitiría. Palmada era víctima de su doble moral. En realidad, no actuaba de acuerdo con los valores en los que creía, sino que, por su cargo y condición, proclamaba y defendía otros. Y en aquel proceso era consciente de que actuaba de manera injusta y parcial.

La joven le dirigió una mirada censuradora, pues lo conocía y sabía que sus ideas y pensamientos eran distintos de lo que quería hacer creer. No obstante, no se atrevió a decir nada sobre la hipocresía de quien le acusaba.

El proceso continuó.

—A ver... Señor Palmada, estimado alguacil —comenzó el conde, removiéndose en su asiento para encararse con él—. Lo primero que podemos comprobar es que la denunciada no responde, en principio, al perfil de mujer vieja que me habéis descrito antes; todo lo contrario, es una mujer joven.

El funcionario se apresuró a enumerar otros argumentos en contra de la Malaveína.

—Pero tiene más características que la hacen sospechosa, como por ejemplo la soltería, es decir, la falta de control de sus actos por parte de un marido, o bien la capacidad de ganar dinero con su actividad, lo que hace que económicamente sea independiente y libre de decidir sobre sus propios actos.

—No siempre la hechicera tiene que ser pobre, como se nos quiere hacer creer; por cierto, a mí me gusta más usar la palabra *curandera*. Parece que sus remedios y curas han alcanzado un grado de expansión bastante importante...

—¡Es el vicio de la época! —lo interrumpió el alguacil—. No solo recurren a sus artes las clases más bajas del pueblo, sino que la demanda de sus servicios llega hasta las capas más distinguidas de la sociedad. Y finalmente, y no menos importante, esta hechicera invoca al demonio.

—La invocación del diablo que no comporte el reconocimiento de este como dios y señor creador, o sea, en el mismo plano de importancia que Dios Nuestro Señor, no se puede considerar herejía.

—Señor, el testigo que la ha señalado dice que ha invocado varias veces a Marduk. —El alguacil se aclaró la garganta—. A Marduk siempre se le ha visto representado con un dragón que serpentea a su lado. Hay una conexión muy clara de Marduk con un animal semejante a una serpiente, una de las imágenes que asociamos con el Mal. La Biblia a menudo se refiere al diablo como una serpiente, y ya sabemos que los demonios son el foco de la adoración de los ídolos. Nos lo recuerdan el Deuteronomio y el Apocalipsis, que nos explican que el Señor trajo la sensatez a Babilonia y demostró que Marduk y el resto de los dioses babilonios eran falsos. Y que solo hay un verdadero Dios, y Él es el único digno de nuestra adoración. ¡Ninguno más! ¡Ni Marduk, ni Belcebú ni nadie! —exclamó.

Hizo una pausa para recuperar el aliento. El obispo Saplana lo miraba asintiendo con la cabeza y reafirmando su discurso. El alguacil señaló a la Malaveïna con su dedo acusador y continuó:

—Señor conde, esta mujer ha hecho pactos con el diablo, reconociéndolo como dios y señor. La pena de muerte debería ser inmediata.

—Si es así como decís, la enviaremos a la hoguera, pero en este caso que juzgamos, la pena debería ser más leve. Ya sabéis que invocar al demonio solo es pecado. Y el pecado se paga con el destierro —puntualizó el conde, haciendo uso de su turno de palabra—. Disculpad que os contradiga, pero eso que defendéis no es del todo cierto. Dejadme que os ilustre: en la antigua Babilonia, Marduk era el dios de la curación, la regeneración y la magia...

Antoni de Rocabertí había sorprendido al alguacil con su intervención. Y siguió hablando sin dejar continuar al funcionario, planteando una pregunta:

—¿Cuándo aparecen las acusaciones de brujería? —El alguacil Palmada no supo responder. El obispo coadjutor tampoco—. Yo os lo

diré: en las épocas de desesperación, de desconocimiento y de miedo. La ignorancia hace mucho daño, mucho. El diablo es una invención de la Iglesia, que con la excusa de combatirlo puede hacer y deshacer a su antojo. Pero no puede reprobalo, culparlo ni condenarlo.

—Pero, pero... ¿qué decís, señor?

El estupor del funcionario crecía por momentos. Y la aparente indiferencia que el obispo coadjutor había mostrado al inicio del proceso también se desvaneció. Ni el alguacil ni el clérigo salían de su asombro ante lo que decía el conde de Peralada, pues consideraban que blasfemaba. Pero Rocabertí no se inmutó y continuó defendiendo su postura de manera convencida.

—Es decir, el hecho de que exista el demonio, el Mal, nos permite cuestionarnos el porqué de muchas cosas. No me extrañaría que quizá la Iglesia ahora viese que no lo ha hecho bien con eso de censurar al demonio.

—¿¿¿Q...?!?!

La perplejidad de Remigi Palmada era tan considerable que no podía articular ni una palabra. La cara de monseñor Sapllana estaba blanca como la leche.

—Sí, no es ninguna tontería. El demonio nos ofrece el reflejo de algunas de nuestras caras. Y hay muchas que no nos gustan. Pensad si ese temor profundo al pobre demonio no proviene del miedo a ver en él el reflejo de todos nuestros rostros humanos, de nuestras debilidades, de nuestras carencias.

»Condenar al demonio y a aquellos que quieren conocerlo es como querer eliminar nuestra mitad oscura, aquella que no vemos. Sin embargo, cuidado: el hecho de que no la veamos no significa que no exista, porque todos la tenemos. Es aquella parte que nos permite tener un conocimiento propio más auténtico. Es como si

quisiéramos borrar una de las dos caras de la misma moneda. ¿Me entendéis?

—¿Me estáis diciendo que la Iglesia y el demonio son la misma cosa? —preguntó finalmente el alguacil, viendo que el obispo no reaccionaba a aquel ataque contra su negociado.

El conde respondió sacudiendo la cabeza de manera afirmativa, y continuó con su razonamiento:

—El Mal existe para que el Bien pueda vencerlo. El diablo no es nada más que un dogma, una formulación doctrinal de una verdad religiosa proclamada de manera autoritaria por la Iglesia. Que como todos los otros dogmas de la Iglesia católica son ciertos, incontestables. ¿Atentar contra el eterno vencido no es, en el fondo, atentar contra el vencedor? Dudar de los actos del primero lleva a cuestionar los actos del segundo, los milagros que hizo precisamente para combatir al diablo. Las columnas del cielo tienen sus cimientos en el abismo. Aquel que osa remover esta base infernal puede hacer tambalear el mismo paraíso.

—Me dejáis muy sorprendido, turbado, señor, con estas opiniones tan... —le costaba articular la palabra que tenía en la cabeza desde hacía rato—, tan... heréticas.

Ahora el obispo Saplana se decidió a intervenir. Indiferente a la cuestión que lo había llevado a Peralada y presente en aquel juicio por obligación, no por voluntad, había dejado que el alguacil llevase el alegato de la acusación y la posterior conversación con el conde. Pero al ver que el cariz de la disputa había acabado sonando a blasfemia, optó por terciar en la polémica:

—Debo reconocer, señor Rocabertí, que viniendo de vos, y dada la relación que vuestra familia siempre ha tenido con la Iglesia, no me esperaba en absoluto esta actitud, esta conducta. Es un comportamiento impropio de alguien de vuestra posición e

influencia. Estoy profundamente turbado... —admitió el religioso, visiblemente afligido. Consideraba que las opiniones de Rocabertí constituían una herejía porque eran contrarias a sus dogmas, a las ideas recibidas por la doctrina de la Iglesia, que él había venido a defender.

—Estimada eminencia, no os rasguéis las vestiduras —contestó Rocabertí—. He leído bastante sobre estas cuestiones y, creedme, estas reflexiones no están hechas en caliente. Están documentadas y contrastadas. He leído mucho sobre esta materia, justamente para no emitir juicios de valor ni opiniones infundadas. Ya os he dicho antes que hay mucha ignorancia detrás de según qué actitudes hacia estas personas que tienen una mirada diferente sobre todo aquello que nos rodea y que nos es desconocido. —Y remató su intervención con una petición, mientras miraba con una sonrisa a la acusada de brujería—: Por tanto, monseñor Sapllana, quiero pedirle que revise las acusaciones que se hacen contra esta mujer y que mientras tanto, señor Palmada, la deje en libertad.

El silencio en la capilla del Carmen era ensordecedor.

Antoni de Rocabertí recordó las palabras de Pitágoras, quien decía que el inicio de la sabiduría es el silencio. Y entendió que seguramente aquel vacío de palabras hacía prever una sabia decisión episcopal. Así fue.

El eclesiástico aceptó su petición y el alguacil obedeció las órdenes del conde y liberó a la mujer. Aurora se volvió a poner la capucha y se marchó sin poder mostrarse agradecida por la actitud ecuánime del conde, que apenas le vio el rostro. El alguacil, en cambio, tuvo que irse con la vergüenza estampada en la cara y con el rabo entre las piernas. Tuvo que reconocer que hablaba sin más conocimiento que el que le proveía la Iglesia y que, por tanto, debía creerlo por

obligación. Es decir, por imposición, no por convicción. Lo que decía la Iglesia no era discutible.

Desde aquella vez, años atrás, cuando Antoni de Rocabertí era joven y presenció un aquelarre junto a Alba, ambos subidos a un árbol, las cuestiones relacionadas con el diablo y el Mal le habían llamado poderosamente la atención. Y gracias a su posición social había conseguido el permiso papal para disponer en la biblioteca del castillo de ejemplares de libros considerados prohibidos por la Iglesia, un conjunto de volúmenes que podían corromper a quienes leyeran su contenido. Su condición de conde lo hacía idóneo para tenerlos a ojos de la Santa Sede, porque la Iglesia suponía que ciertas lecturas no podían hacerlo dudar, que su fe era insobornable y que nada haría tambalear sus valores, dado que ya tenía una personalidad bien formada. Y también porque su estatus no le permitía cambiar, puesto que debía defender y mantener el título y el prestigio.

Rocabertí estaba especialmente orgulloso de tres libros que tenía en el infierno de la biblioteca del castillo. Uno era el *Clavicula Salomonis regis*, un tratado sobre los demonios compilado en el siglo XVII por un autor anónimo. El título significaba 'La llave menor de Salomón', ya que en él se explicaba la forma de acceder al mundo oculto de los diablos. A Salomón, el rey de Israel mencionado en el título, se le habían atribuido diversos tratados esotéricos a lo largo de la historia. El segundo libro era un texto mágico presuntamente escrito por Moisés, donde se describían las artes maravillosas de los antiguos hebreos, extraídas de los libros mosaicos de la Cábala y el Talmud. Se titulaba *Sexto y séptimo libro de Moisés*, y era una recopilación de hechizos que permitían recrear algunos de los milagros que aparecen en la Biblia, además de invocar la buena fortuna y salud. La obra contenía nombres, palabras e ideogramas

mágicos talmúdicos de renombre, algunos escritos en hebreo y otros con letras del abecedario latino. A Rocabertí le fascinaban los dibujos del volumen, de los que se decía que eran mágicos, acompañados de instrucciones destinadas a ayudar al lector a realizar diversas acciones que iban desde controlar el clima o a las personas hasta contactar con los muertos o con figuras religiosas bíblicas. Y el tercer volumen que amaba con locura era el *Liber Anegemis*, una obra de magia natural práctica de los siglos XII-XIII atribuida originalmente a Platón. Era uno de los tratados más antiguos conocidos, y había servido de inspiración para otros libros posteriores de magia y alquimia.

Fuera como fuese, ahora mismo Antoni de Rocabertí estaba deseoso por recibir lo que ya hacía días que había salido de la biblioteca del Vaticano, un ejemplar único de un libro de su viejo amigo Jules Michelet. Miembro de la escuela anticlerical y librepensador ejemplar, Rocabertí lo había conocido en el Collège de France, y desde entonces le admiraba y lo leía. Había quedado fascinado por sus clases magistrales y sus disertaciones sobre la brujería, pero también por su concepto de renacimiento, un término que acuñó en su obra *Historia de Francia*.

Ese sentimiento, el de la *renaixença*, también cobraba forma en Cataluña, y, con sus acciones y su espíritu filantrópico, Rocabertí conectaba perfectamente con él.

No podía ser una persona cualquiera. Además de saber montar muy bien a caballo, para este trabajo debía ser alguien puro de corazón y un ferviente servidor de Cristo. La misión que le habían encomendado era arriesgada, no era para un simple jinete capaz de atravesar praderas, desfiladeros, valles y ríos sin desfallecer para cumplir su objetivo: entregar el objeto que guardaba celosamente dentro del zurrón. Si aquellos que se cruzaban con él hubieran sabido lo que llevaba en la bolsa, quizá no lo habrían saludado con tanta efusividad, ni le habrían invitado a tomar un vaso de vino, ni habrían querido acogerle en su casa. Lo que portaba aquel caballero procedente de la biblioteca del Vaticano era un libro maldito, que contenía el Mal y que podía desatar al Maligno. A medida que se acercaba a Peralada, lejos de la Santa Sede, que lo había protegido, en cierto modo, de la ascendencia maligna, aquel hombre notaba sobre su conciencia el peso de la responsabilidad que había cargado durante tantos días y sentía el alma conturbada; su espíritu, que se había mantenido intacto hasta entonces, desfallecía. La base de su inteligencia, voluntad y sensibilidad se veía corrompida por una fuerza, una energía que provenía de su bolsa de piel. Decidió detenerse en un claro del bosque, donde le pareció que tendría la calma suficiente para reordenar sus pensamientos, que notaba algo nublados. El ruido del agua del río cercano le convenció para desmontar. Se acercó al arroyo para refrescarse la cara y dejó la bolsa muy cerca. Un escalofrío le recorrió la espalda tras acariciar la

piel del zurrón. Dirigió la mirada hacia el agua y se vio reflejado en ella. No le gustó la imagen que tenía delante. Los ojos hundidos y la cara pálida, fruto del cansancio. Y de la inquietud. Tenía ganas de llegar a Peralada y hacer la entrega. Y, de esta manera, liberarse de una carga tan pesada. Hundió las manos en las aguas del río para enjuagarse la cara. Repitió el movimiento una segunda vez, y a la tercera soltó un grito de espanto: en el agua estaba reflejada la cara de una chica que le sonreía. Miró a su alrededor, detrás de él, para descartar que fuera el reflejo de alguna mujer que se acercara al río. Pero no. Estaba solo.

No había nadie. Cuando se giró para volver a mirar el agua, la cara de la chica había desaparecido. Sacudió la cabeza de un lado a otro, en señal de incredulidad, y volvió a meter las manos en el agua con la intención de remojarse una última vez, secarse y llegar al castillo de Peralada antes de que anocheciera. De repente, el caballo relinchó, como si notara algo; el hombre le echó un vistazo y, en aquel preciso instante, sintió que lo agarraban por la muñeca y lo tiraban con una fuerza desmesurada hacia el río. El emisario del Vaticano desapareció. Lo último que vio fue el rostro de aquella chica que le había sonreído, transformada en una criatura monstruosa mientras lo arrastraba hacia las profundidades del agua.

—Durante siglos, las leyendas populares han mantenido viva la creencia de que los bosques estaban habitados por espíritus que vivían dentro de los árboles.

Aurora recordaba las sabias palabras de la Malaveïna mientras se adentraba en el bosque.

—Estos espíritus son unos seres sobrenaturales inmensamente poderosos y fuertes, pero sabios y afables en extremo. Los viajeros

expertos, al adentrarse en un bosque, golpeaban delicadamente el tronco de un árbol para despertar al espíritu dormido en su interior y que así los guiara y protegiera durante la travesía. El hecho de «tocar madera», de estar en contacto con esta fuerza poderosa y benevolente, era un acto que generaba tranquilidad. De ahí que cuando alguien dice que toca madera lo hace para prevenirse contra la mala suerte, contra la desgracia, contra el infortunio, y, por tanto, se utiliza en caso de superstición.

Y Aurora preguntó.

—¿Pero es verdad que hay quienes tocan hierro?

—¡Cierto! —respondió la curandera, que se explicó—: Durante la Edad Media, este era un grito de advertencia que se le hacía a alguien cuando se le acercaba un individuo con apariencia sospechosa. Cuando decían hierro se referían a la espada, que podían emplear en caso de tener que protegerse de cualquier mal, terrenal o infernal. Y hablando del infierno: no muy lejos de aquí, en el castillo de Llers, dice la leyenda que vivió el conde Estruc, que tuvo la mala suerte de morir envenenado por el capitán de su ejército. Por eso, cuando alguien tiene mala suerte, recuerdan a aquel noble del que decían que era un vampiro. ¡Ya te lo puedes imaginar! ¡Patrañas! —exclamó la Malaveïna.

—Pero en Llers dicen que hay brujas... —apuntó Aurora.

—Sí, y también han hecho correr el rumor de que en el Muga hay *goges*, mujeres de agua que se llevan a sus palacios, en las profundidades del río, a cualquier hombre que pasee cerca de sus aguas.

—¿Y lo que sabes lo tienes todo en la cabeza?

Aurora recordaba haber visto siempre a la Malaveïna faenar entre los fogones y los utensilios sin necesidad de usar ningún libro ni manual para elaborar las pociones y los ungüentos.

—Nunca me ha hecho falta tener un grimorio. Los pocos libros de magia que han sobrevivido al paso del tiempo y al fuego no explican nada del otro mundo.

—¿Qué has dicho? ¿Un grimorio?

—Sí. Un libro de hechizos con instrucciones para hacer brebajes o crear objetos mágicos, talismanes y amuletos. O para invocar espíritus y demonios. La gente piensa que estos libros tienen poderes mágicos. Pero un grimorio solo tiene información sobre hechizos, rituales y listas de ingredientes para preparar herramientas y pociones mágicas.

La curandera continuó con la explicación:

—Los ingredientes para hacer las recetas de pociones, brebajes y ungüentos están al alcance de todos: las plantas, las especias, las raíces, los aceites..., pero la clave está en la cantidad. Una dosis más o menos grande de... flor de hiedra, por ejemplo, puede curar a alguien o puede matarlo.

Aurora arqueó las cejas, sorprendida. La Malaveïna continuaba hablando:

—La cantidad exacta de cada ingrediente solo la conocen aquellos que saben la receta original. Y son los que conocen el secreto quienes deciden cómo y cuándo compartirlo. Cuando hay confianza, se transmite de palabra. No se puede dejar nada por escrito, precisamente para proteger este conocimiento de los profanos, porque en manos inexpertas es muy peligroso.

La Malaveïna había elegido enseñarle a Aurora todo lo que sabía sin escatimarle nada, y no podía saber cómo recibiría todo aquel conocimiento. También las leyendas e historias que les hacían más mal que bien. Pero había que pasar el testigo. Se había asegurado de que ella era la persona idónea para mantener y renovar la

tradición. Y Aurora aprendió porque tenía ganas de saber. Quería ver. Quería creer.

Había una creencia muy firme entre la gente sencilla y humilde que se había extendido a lo largo de los tiempos, que ponía de manifiesto que cuando entrabas en el bosque te adentrabas en un espacio donde realidad y fantasía vibraban en la misma longitud de onda, porque se situaban en el mismo plano. Donde había sonidos y rumores completamente desconocidos para los humanos. Donde todo era posible. Y ella se moría por verlo.

Aurora recordaba la primera vez que se había adentrado en la espesura, sola, sin la ayuda de la curandera. Con todo lo que le había enseñado dentro de su cabeza, quería dejarse llevar por la llamada del bosque. Y enseguida recibió la primera señal.

Las luciérnagas le iluminaron el camino.

Y esa noche, tantos años después, aquellas criaturas volvieron a ser unas aliadas inesperadas, dándole luz para guiarla hasta un lugar determinado del bosque, un tramo concreto del río que formaba un recodo. Aurora se detuvo para contemplar el agua, ahora un espejo negro que daba miedo. No entendía por qué la habían guiado hasta allí. Paseó la mirada por todo el paraje y, al bajar los ojos, lo vio: junto a sus pies, encontró un zurrón de piel. A la chica le pareció extraño. Frunciendo el ceño, miró a su alrededor sin ver rastro alguno de que hubiera nadie.

«Quizá algún caminante, al pasar la noche junto al río, se ha olvidado esta bolsa», pensó.

La curiosidad la empujaba a descubrir qué había en su interior.

«No pasaría nada malo», se decía a sí misma para convencerse de que no cometía ninguna falta si curioseaba. «Al contrario: sea lo que sea, quizá pueda devolvérselo a su dueño o dueña.» Aurora decidió que no tenía nada que perder. Respiró hondo y desató la cuerda que

cerraba el cuello del zurrón. Su mano desapareció en el interior y enseguida sus dedos notaron el lomo de un libro. Lo sacó. Lo miró y leyó el título: *Satanismo y brujería*, de Jules Michelet. Lo abrió y quedó fascinada por lo que contenía. Volvió a meter la mano en el zurrón para comprobar que no había nada más, y en la segunda inspección le pareció tocar un sobre. Como había hecho antes con el libro, lo sacó. Estaba lacrado, y en la marca del sello se distinguían dos llaves cruzadas atadas con un cordón y en medio una triple corona con una pequeña cruz en la parte superior. Giró el sobre y alzó las cejas en señal de sorpresa al ver quién era el destinatario y, por tanto, también el propietario de aquel libro.

Antoni de Rocabertí, conde de Peralada

No daba crédito.

«¿El señor Rocabertí esperaba un libro sobre brujería y satanismo?!»

Increíble.

—¿Qué debo hacer? —se preguntó en voz alta. Confiaba en que la voz del bosque le procurara alguna respuesta, pero por mucho que aguzó el oído ante los imperceptibles silbidos del aire que se colaba junto al río, no fue capaz de percibir ninguna señal.

«Si alguien me encuentra con este libro, me expongo a ser tachada directamente de amiga del diablo, —pensó, consciente de la más que probable acusación que sufriría—. Y si optara por llevárselo al conde, quizá en palacio empezarían a interrogarme de malas maneras para saber cómo ha ido a parar a mis manos este libro dirigido al señor Rocabertí.»

—¡No es suficiente con el incendio! ¡Es necesario que el escarmiento sea más fuerte!

—¿Y qué propones?

—No lo sé... —Marçal se rascaba la cabeza con las uñas—. Pero no hay duda de que debemos tocarle la fibra sensible al conde para que desista de sus actividades, que no hacen más que afrancesar a nuestra gente.

Se extendió un rumor por la pequeña sala donde se habían encontrado.

—¡Ya lo tengo! —exclamó uno del grupo.

—¡Tú dirás, Mateo!

—Según tenemos entendido, la joya de la corona es el teatro de los jardines. ¿Es así?

—¡Cierto!

—Pues como se invitará a la flor y nata de la sociedad, podríamos sabotear la primera obra que se represente allí. ¡La vergüenza que sufrirá el condado será definitiva! —añadió.

—¡Es buena esa ocurrencia!

—¿Y sabemos cuándo será esto?

—¡A finales de verano!

—Necesitamos confirmarlo y preparar bien el plan para estropear el estreno. Cuando lo tengamos, nos volvemos a encontrar y nos organizamos. ¡Hasta entonces, chitón y a callar! —ordenó Marçal.

Con ese propósito se disolvió la reunión, que se había convocado detrás del santuario de la Mare de Déu del Camp. Los asistentes, buscando la complicidad de las sombras, fueron desfilando hacia sus respectivas casas.

Aurora vivía al margen de la sociedad, en el caserón que le había legado la vieja curandera que la había instruido y que la había traído al mundo asistiendo a su madre el día del parto. La mujer también le había dado el nombre por el cual ahora se la conocía: Malaveïna. Y también, como su madre, había sido víctima del enamoramiento de un chico que no le convenía y con quien había tenido una hija, Carmina. Sin embargo, Aurora quería que, además de recibir los conocimientos que ella le pudiera transmitir, su hija también tuviera una educación que le sirviera para moverse por el otro mundo, aquel que la juzgaba con una doble vara de medir. En ocasiones era bien vista y requerida por sus remedios, pero también se podía ver menospreciada, abucheada, rechazada o juzgada por los mismos motivos.

No quería para su hija lo que ella había tenido que soportar.

Por eso, cuando la niña tuvo edad para ir a la escuela, la llevó a Espolla, donde Maria Carlas instruía a las niñas en las primeras letras y Antoni Balmanyà a los niños. Y fue un día que iba a buscar a Carmina cuando el señor Balmanyà la llamó.

—Aurora, quería hablar contigo.

—Vos diréis, señor Balmanyà. ¿Os duele algo en lo que pueda intervenir con alguno de mis remedios? —se ofreció.

—¡Oh, no, no! Se agradece, ¡pero ya ves que estoy bien de salud, gracias a Dios! —Y se frotó la prominente barriga, que apenas le

permitía abrocharse el chaleco que lo embutía—. ¡A Dios y a alguna cosa más! —Y él solo se rio entre dientes.

Aurora también sonrió.

—Es de tu hija, de Carmina, de quien te quiero hablar.

—¿De la niña? ¿Qué hay de nuevo? ¿Es que no se aplica lo suficiente en las clases de vuestra señora?

—¡Qué va! No, no, ¡al contrario! Es una de las mejores alumnas que tiene en la escuela. Mi mujer me dice que es muy espabilada, atenta y trabajadora. Y muy generosa con las compañeras a las que les cuesta un poco más. —Hizo una pausa—. Quería proponerte que tu hija asista a las clases de canto, música y solfeo que se imparten en el palacio.

Aurora puso cara de incredulidad.

—¿Clases de canto? ¿En el castillo de los condes?

—Sí, tal como lo oyes. Los Rocabertí, imbuidos por el amor a la cultura que han cultivado en estos años que han vivido en París, han traducido esta estima en la apertura de una escuela de primeras letras y otra para favorecer las vocaciones artísticas. Y Carmina canta como los ángeles.

—Si vos lo decís... —dijo, escéptica, Aurora—. Sí que es verdad que todo el día tararea melodías y tonadas, pero de ahí a seguir estudios... —Torció los labios—. ¿Lo decís en serio?

—Puedo equivocarme, Aurora. ¡Pero si sumamos la inteligencia, la sensibilidad y la voz que tiene, Carmina puede llegar a ser una gran cantante!

Balmanya no lograba convencer a la madre, que no las tenía todas consigo.

—Yo mismo la acompañaré a la escuela de canto de palacio, porque voy a menudo para estudiar las infinitas especies de plantas, árboles y flores que se pueden ver en los jardines.

—De acuerdo —concedió sin muchas ganas Aurora, quien antes de irse, y aprovechando que el maestro frecuentaba el castillo, tuvo una ocurrencia—. Por cierto, señor Balmanya...

El maestro se giró.

—¿Sí?

—¿Os importaría llevar un libro al castillo de Peralada?

—¿Un libro?

—Sí... Es un ejemplar que me compromete, pero que no es mío, es del conde... —dijo retorciéndose las manos, inquieta.

Balmanya arrugó el entrecejo porque no comprendía nada de lo que le decía la chica.

—Perdona, pero no te entiendo. ¿Tienes un libro que es del conde?

Aurora asintió con la cabeza.

—Ha llegado a mis manos, por causas que ahora no vienen al caso, un libro que debería estar en los estantes de la biblioteca del castillo. Un libro que había encargado el señor conde, don Antoni.

—¿Y por qué lo tienes tú, Aurora?

La mujer suspiró profundamente. Se la veía incómoda y nerviosa, y miraba a un lado y a otro por miedo a que alguien pudiera oírla. Balmanya se dio cuenta de ello y le ofreció una salida:

—¿Quieres que entremos en mi despacho y me lo explicas? —E hizo un gesto con la mano señalando el camino hacia el interior de la escuela.

Aurora asintió. Cuando el maestro cerró la puerta tras él y la invitó a sentarse, ella le relató las circunstancias en las que había encontrado el libro en cuestión: la mochila, el sobre sellado, el diseño del sello y el destinatario del libro. Y, sobre todo, la temática, que la comprometía.

Balmanya esperó antes de responder, mientras rumiaba cómo proceder.

—Creo que lo más sensato, para tu tranquilidad, es que le diga al conde que lo he encontrado yo mientras paseaba por la ribera del Muga. ¿Te parece bien?

—A mí me haríais un gran favor —reconoció Aurora, aliviada—. Justo el otro día fui denunciada.

—¿Qué dices? ¿Y por qué?

—Por brujería y por pactar con el diablo.

—¡Anda ya! ¡Qué estupidez!

—No es la primera vez que debo oír que hago tratos con el Maligno. Pero esta vez tuve que comparecer ante el obispo coadjutor, el conde y el alguacil en la capilla del Carmen.

Y Aurora le contó cómo había ido todo y el papel que había desempeñado el conde.

—Don Antoni tomó la palabra en la disputa con el alguacil y sus argumentos dejaron al obispo completamente atónito. Y a mí también —reconoció.

—¿Qué quieres decir?

—El señor conde demostró que tenía muchos conocimientos en esta materia.

—¿Cuál?

—La brujería y el demonio. Aunque viendo el libro que estaba esperando, no me extraña. Es sobre satanismo y brujería.

—¿El libro que te encontraste y que yo le tengo que devolver habla de estos temas?

Aurora hizo un gesto afirmativo y Balmanya soltó un silbido.

—¡Vaya! A ver si cuando se lo lleve tengo la suerte de que me lo explique.

Llamaron a la puerta del despacho, que no estaba cerrada, solo entornada.

—¡Adelante!

—Buenos días, señor Balmanya. No quería molestaros... —Era una mujer recia, con gesto compungido.

—¡Hola, Quimeta! —Y el maestro se levantó para ir a saludarla—. No molestas para nada, mujer. Ya habíamos terminado de charlar. Tú dirás... ¿Qué pasa? —Y mientras la mujer empezaba a hablar, Aurora se levantó para irse.

—Mirad... —dijo la recién llegada, retorciéndose el delantal que llevaba sobre la falda—, el niño no podrá venir más a estudiar porque su padre, mi marido, está muy enfermo y necesitamos que Sebastianet se ponga a trabajar para traer algún jornal a casa.

—Vaya por Dios, Quimeta. Siento mucho lo vuestro y, sobre todo, lo de Sebastianet. ¡Tendrías que ver cómo progresa y cómo disfruta con lo que aprende cada día! —dijo orgulloso el maestro.

—Sí, sí, ya, soy consciente, señor Balmanya, pero... —e hizo un gesto con los brazos de impotencia— no puedo hacer más. Tiene que trabajar porque no nos queda otra salida. Yo tengo que cuidar de mi marido, y nuestro hijo tendrá que trabajar para que podamos comer y pagar las medicinas.

Cuando Aurora lo oyó, se ofreció a ayudarla.

—Quimeta, si quieres puedo ir a vuestra casa y ver qué remedios podría darle a tu marido.

—Te estaría muy agradecida —dijo la campesina, aceptando el ofrecimiento de Aurora, de quien ya conocía su eficacia como curandera. Y acompañó al maestro al patio trasero, donde Sebastianet y el resto de los niños jugaban a la billarda.

Maria Carlas vio como madre e hijo se alejaban de la escuela en compañía de la Malaveïna y encontró a su marido sentado en el

banco de piedra del patio, cavilando mientras fumaba en pipa.

—¿Qué te preocupa?

—No puede ser que el padre de un alumno esté muy enfermo y eso obligue al niño a dejar la escuela para ponerse a trabajar.

El maestro negaba con la cabeza.

—Creo que debería haber algún sistema que permita ayudarse, socorrerse mutuamente. Y si no, habrá que inventarlo —vaticinó mientras daba una larga calada y una nube con olor a pino sobrevolaba al matrimonio de maestros.

—¿Quieres decir como un... —y buscaba la palabra exacta, pero no le salía—, como un centro de beneficencia que se dedique a satisfacer las necesidades de la comunidad? —apuntó la señora Carlas.

—¡Sí! Podríamos crear una especie de asociación de personas afectadas por los mismos riesgos que quisieran compartir, proporcionalmente y sin ningún ánimo de lucro, la cobertura de estos riesgos mediante una contribución de cada asociado.

Hizo una pausa y continuó con su razonamiento.

—Porque lo que sucede ahora es que tenemos una situación de desamparo absoluto para aquellas personas que, tanto ellas como sus familias, dependen, viven, de su trabajo. Y si tienen un accidente, enferman o mueren, se quedan sin nada, a la intemperie, sin cobertura y sin recibir ningún tipo de prestación.

»Una sociedad de socorros mutuos, una entidad sin ánimo de lucro, solo con vocación de servicio. Para ayudar a quien lo necesite. Hoy puede ser el marido de Quimeta, mañana podemos ser tú o yo, Maria —aseguraba Balmanya a su mujer, que lo escuchaba asintiendo con la cabeza.

Y así fue como, tras exponer la idea en el ayuntamiento ante todos los miembros del consistorio, con el alcalde Joan Roca

escuchando atentamente, se fundó la Sociedad de Socorros Mutuos con la finalidad de brindar apoyo a los enfermos. Quien quisiera hacerse socio debía apuntarse al principio de un trimestre natural y pagar dos pesetas y media de entrada y una peseta de cuota cada mes. Aparte, se acordó por unanimidad que los cabezas de familia que se admitiesen como socios debían comprometerse a pasar una revisión médica, ya que si padecían alguna enfermedad crónica no eran aceptados por la Junta, que debía aprobar el alta. Los derechos de los socios incluían los medicamentos y la asistencia médica. Para este trabajo se contrató a un médico, el doctor Miquel Sala, con un salario de veinte duros al año.

Quien ingresaba en la sociedad tenía derecho a cobrar un jornal durante el tiempo que durara la enfermedad, y si hacía falta estaba obligado a velar por turnos a los socios gravemente enfermos, asistirles hasta la muerte y acompañarlos al cementerio. El espíritu de hermandad, de fraternidad, con el que Balmanya dotó a la asociación le valió el nombre de La Fraternal.

Y cuando el doctor Sala, que era el médico de la sociedad, no podía asistir al enfermo, sabían que siempre podían contar con otro tipo de medicina y acudir a los remedios de la Malaveïna.

Y llegó el día en que los niños de la escuela de Espolla hicieron una excursión muy especial. Visitarían los jardines del castillo de Peralada. La expectación era máxima. Antoni Balmanya los había preparado para que la visita fuera provechosa. La salida tenía un doble componente: de recreo, puesto que era una jornada diferente en la que pasarían todo el día fuera de la escuela, y científico, porque, al haberse ofrecido los condes a enseñarles aquel entorno único, Balmanya quería que los niños y las niñas pudieran estudiar aquel espacio singular. Quién sabe si de su aula podría enviar a algún chico a la escuela de agricultura que se acababa de instalar en Figueres. La institución, liderada por Narcís Fages de Romà, había dejado su sede original en Fortianell para trasladarse a la capital.

—¡Bienvenidos!

Antoni de Rocabertí recibió en la placita del castillo a aquella multitud de niños, que se sentían entre alborotados y cohibidos por la magnificencia del lugar. Nunca habían estado allí antes, y al ver aquellas torres tan imponentes que flanqueaban la fachada del palacio condal, les parecía que estaban a punto de entrar en un cuento de hadas.

—¡Gracias por este regalo que nos hace, señor conde! —reconoció Balmanya—. No sucede cada día que tengamos la oportunidad de ver unos jardines con una vegetación tan rica y diversa. —Y, dirigiéndose a todo el alumnado, preguntó en voz alta—: Aprenderemos mucho del día de hoy, ¿no es así, chicos?

Un sí unánime y ávido de conocimiento se elevó hacia el cielo. Balmanya asintió satisfecho junto al conde.

—Veréis algunos árboles porque ya los hemos plantado crecidos, pero, y lo lamento, hay algunos ejemplares que todavía están creciendo porque hace relativamente poco que los hemos sembrado. Si los árboles se pudieran estirar con los dientes... —explicó el conde, quien también les aseguró que el incendio finalmente no había causado tanto daño como se pensaba en un principio. Y antes de empezar la visita todavía les dijo—: ¡Veréis una diversidad tan grande de plantas, flores y árboles que os parecerá que el paisaje va cambiando mientras paseamos, como si diéramos la vuelta al mundo sin salir del Empordà! —les garantizó Rocabertí.

El mismo conde, que tenía una manera de hablar muy didáctica y pedagógica —no en vano ejercía de maestro en la escuela de primeras letras—, se encargó de guiarles por aquella experiencia, empezando por la avenida de los naranjos e ilustrándoles durante el recorrido.

Los niños y las niñas abrían los ojos para absorber los cambios de colores y de vegetación de los que eran testigos al pasear por la geometría perfecta del jardín francés, internándose después por encinares, palmerales o espacios con árboles frutales y plantas exóticas, o recorriendo los caminos sinuosos al estilo del jardín inglés, que buscaba, con aquella vegetación aparentemente no domesticada, favorecer la sorpresa y el descubrimiento de la esencia del paisaje, tras unas rocas o estatuas que representaban a dioses griegos. O entrando en algún espacio singular, como un laberinto de árboles de hoja perenne y arbustos que se había abierto detrás de un pequeño estanque del que brotaba una fuente majestuosa. Mientras los niños estaban dentro, Balmanya y el conde esperaron

cerca de un parterre con unas flores que provocaron un grito de alegría del maestro.

—¡Ciclamen!

—Efectivamente —confirmó, orgulloso, Rocabertí—. ¡Los ciclámenes no se habían visto nunca hasta ahora! ¡Celebro que los valoréis!

—Crecen a la sombra de los árboles, durante el invierno. Las hojas tienen esa forma de corazón con unas manchas grises, y las flores son muy vistosas, con colores intensos y muy aromáticas. Las encuentro preciosas. ¿Sabíais que el ciclamen era, junto con la aguileña, una de las flores elegidas por Leonardo da Vinci a principios del siglo XVI para cubrir los márgenes de sus manuscritos?

—¿De verdad? No lo sabía, no. Otra genialidad del renacentista toscano. Pero —cogió un ciclamen por el tallo y lo arrancó para ofrecérselo al maestro— ¿sabéis que si le dais a alguien un ciclamen expresáis sentimientos sinceros? Es una planta para demostrar sentimientos duraderos y un afecto profundo. —Y lo pasó por el ojal de la americana del maestro—. Espero que nuestra relación de amistad, señor Balmanya, florezca gracias al hecho de compartir los conocimientos que brotan del jardín, como hacían los epicúreos. De hecho, el sabio de Samos dejó escrito que «De todo lo que la sabiduría procura para el conjunto de una vida plena de felicidad, lo más importante, con diferencia, es el beneficio de la amistad» —concluyó, y Balmanya asintió sonriendo.

Esperaron hasta que el último niño saliera del laberinto para dirigirse a la parada final, el aviario. Quedaron fascinados con los pájaros que allí había, pero, sobre todo, lo que les dejó hipnotizados fue cuando un pavo real, de color azul, desplegó la cola y les mostró un plumaje compuesto por ojos verdes y azules. Una de las niñas, curiosa, levantó la mano para preguntar.

—¡Perdón! —dijo, con voz temblorosa y dirigiéndose al conde—. ¿Por qué tiene esos colores?

—Esos colores forman parte de las plumas, y son muy importantes para que los machos puedan seducir y cortejar a las hembras.

Los niños se rieron y salieron corriendo hacia la plazoleta de delante del castillo. Allí el conde les ofrecía un refrigerio para agradecerles la visita y la atención, y Antoni Balmanya aprovechó para llamar a la niña que acababa de preguntar.

—¡Carmina! No te vayas todavía. ¡Ven!

La niña obedeció y se acercó.

El maestro se agachó y le susurró algo al oído. Ella se encogió de hombros mientras se llevaba las manos a la boca y, un poco sonrojada, le dijo en voz baja: «¿Ahora?». El maestro asintió con la cabeza.

Entonces, Carmina se separó unos pasos de los dos hombres, se aclaró la garganta y empezó a entonar una canción. Antoni de Rocabertí se quedó pasmado, con la boca abierta. No daba crédito. Su reacción no hizo más que confirmar lo que creía Balmanya: que aquella criatura debía continuar sus estudios en la escuela de canto de palacio. Y así lo acordaron. Cuando Carmina se despidió del conde y se unió al resto del grupo, Balmanya se dirigió a Rocabertí:

—Señor, antes de marcharnos, y agradeciéndoos una vez más la visita, tengo algo para vos y no querría olvidarme de ello.

Balmanya sacó de la bolsa un paquete bien envuelto con un atado de bramante, un cordel muy fino de cáñamo. Rocabertí se sorprendió.

—¿Un obsequio para mí? ¡No hacía falta!

—Oh, no, señor conde, no es exactamente un obsequio. Es un libro que sé que estaba esperando porque lleva su nombre. —Y le entregó el sobre que acompañaba al ejemplar con el sello vaticano.

Rocabertí alzó las cejas, miró a su alrededor y no pudo evitar preguntar en voz baja:

—¿Y de dónde lo habéis sacado, si se puede saber? —preguntó con un susurro que delataba su nerviosismo.

—En realidad, lo encontré en el bosque.

—¿En el bosque? ¿Qué bosque?

—Doy largos paseos por nuestros bosques. Estaba... cerca del río.

—Balmanya no quería ni tampoco podía precisar más.

—¿Cerca de aquí? ¿En la ribera del Muga?

—¡Exacto! ¡Eso mismo! —Trató de sonar convincente, pero Rocabertí desconfió. Aceptó el libro y el sobre, pero le hizo un requerimiento.

—Señor Balmanya, ya sé que ahora tenéis que volver a Espolla, pero querría volver a veros, aquí en palacio, lo antes posible. ¿Entendido? —Sonó como una orden, porque la seriedad del rostro del conde reflejaba su preocupación.

—Mañana mismo, si así lo deseáis —se comprometió, solícito, el maestro.

Se despidieron con un apretón de manos. Mientras regresaban hacia Espolla, Balmanya se acarició ligeramente el pétalo del ciclamen que lucía en la solapa de la chaqueta y no pudo evitar pensar en el significado que el conde le había dicho que tenía: sinceridad. Él acababa de traicionar la franqueza que le había demostrado el conde. Acababa de faltar a la verdad a propósito del hallazgo del libro. Decidió que no podía ocultarle aquello y resolvió explicárselo al día siguiente, cuando volviera al castillo.

El trabajo de jardinero lo reconciliaba con la naturaleza. Tras años al frente de la finca de Garriguella y pendiente de la viña, Joan de Can Quelic ahora agradecía ver crecer aquellos jardines frondosos, tanto la parte más asilvestrada como la más artificial. Ambas formaban parte de un ecosistema único donde parecía que todo era posible.

Tumbado y concentrado en el cuidado de un parterre de flores, bajo su sombrero de paja, no vio acercarse al señor Balmanyà.

—¿Cómo va todo, Joan?

—¡Bien, señor Balmanyà, gracias! ¿Y vos? ¿Qué os trae a palacio de nuevo?

—Debo hablar con el señor conde de unos asuntos relacionados con la escuela... —Y el maestro lo miró y añadió—: ¿Sabéis? Ahora que os veía aquí ocupado, me habéis hecho pensar que vos, como jardinero, y yo, como maestro, tenemos mucho en común.

—¿Y eso, señor Balmanyà? ¿En serio lo decís? —dijo sorprendido el jardinero—. Me halagáis, pero ya me perdonaréis que discrepe. Vos tenéis unos conocimientos y una cultura que yo ni siquiera puedo alcanzar.

—Oh, no, Joan, no os menospreciéis. La jardinería es un trabajo que requiere muchos conocimientos, destreza técnica y aptitudes: paciencia, saber escuchar, aprender constantemente para poder dar a cada planta, a cada flor, lo que necesita. Es una profesión muy exigente y con mucha responsabilidad.

Balmanya se detuvo antes de continuar. El jardinero lo escuchaba con atención.

—La belleza que rodea la actividad que desarrollamos, vos aquí y yo en la escuela, creo que debemos considerarla un arte más que un trabajo normal. Al final de la jornada, al acabar el día, tenemos la recompensa de la alegría y la satisfacción de un bonito trabajo bien hecho. —Y el maestro concluyó su argumento—: Las plantas, como los niños, nos conectan con la esperanza, la anticipación, el aprendizaje y la crianza.

—Visto así... tenéis razón. —Joan asentía con la cabeza—. Nunca me había parado a pensarlo, pero sí que es cierto. No podría estar más de acuerdo con todo lo que explicáis.

Y Balmanya asintió, convencido de los argumentos que había defendido. Y le puso un ejemplo:

—Cuando veis que hay una flor que tiene posibilidades de crecer si le procuráis otro ambiente, otro abono, lo hacéis, ¿no es así?

—Doy fe, ¡y tanto!

—Pues de eso, entre otros temas, es de lo que vengo a hablar con el señor Rocabertí. Hay una chiquilla de Garriguella que asiste a la escuela de niñas que lleva mi mujer en Espolla que tiene una voz preciosa... ¡Canta como una alondra! Quiero que pueda seguir las clases de canto y música aquí en palacio.

—Sois de admirar. Hacéis muy bien —le reconoció Joan, quien al oír de dónde era la niña no pudo evitar preguntar—: ¿Y decís que es de Garriguella?

—Sí... —El maestro Balmanya dudó unos segundos, pero continuó—. Es la hija de la Malaveïna.

Cuando Joan oyó aquel nombre, se le cayeron las herramientas al suelo.

—¿De quién decís que es hija? —dijo mientras se agachaba a recogerlas, un poco turbado.

—De aquella curandera que vive en el caserón de la Malaveïna y que...

Joan le interrumpió.

—Sí, sí, ya conocía a la Malaveïna, pero... ¿pero no estaba muerta?

—¡Sí! Vos habláis de la vieja hechicera, isí! Pero... ¿no conocéis la historia?

—¿Qué historia?

—La de la Malaveïna.

Joan se encogió de hombros en señal de ignorancia y con aquel gesto invitó al señor Balmanyà a explicarse.

—Resulta que la vieja curandera, de quien todos pensaban que había hecho un pacto con el diablo y que tenía más años que Matusalén, un buen día se murió. Sin embargo, antes de irse de este mundo, la Malaveïna transmitió su sabiduría a una chica a la que acogió. Y no solo le ofreció todo su legado de curas y remedios, sino que también le cedió el apodo. En realidad, esta joven, la madre de la pequeña cantante, se llama Aurora, pero todos la llaman Malaveïna porque ejerce de curandera.

El maestro de Espolla hizo una pausa y prosiguió con el relato.

—El caso es que hace muchos años la vieja Malaveïna acogió en su casa a una chica con una niña recién nacida que huía de casa de sus padres.

Joan empezó a rascarse la nuca en señal de nerviosismo.

—Durante los años de la hambruna, que bien conocéis la que se sufrió a raíz de la plaga del oídio, la madre de la criatura murió y la vieja curandera se hizo cargo de aquella niña como si fuera suya...

Joan dejó de escuchar el relato del maestro. No daba crédito a lo que acababa de descubrir. El corazón le latía muy fuerte y estaba a punto de perder el conocimiento. Balmanya continuaba hablando, pero la mente de Joan estaba muy lejos de los jardines del castillo. Sus pensamientos estaban en aquella noche en la que, tras recibir la visita del administrador de los condes, Alba y la criatura habían desaparecido.

Ahora ataba cabos. Y sentía un dolor tan profundo como si le hubieran arrancado el corazón.

—... y de ahí que quiera que el arte de Carmina, que es como se llama la hija de Aurora, de la Malaveïna, pueda florecer esplendoroso en este nuevo espacio que han creado los condes de Peralada, ¿me entendéis, Joan? —concluyó Balmanya.

—Oh, sí, sí, señor Balmanya. Ahora tendréis que disculparme, pero... —respondió de manera atropellada, como si acabara de echarse la siesta.

—¡Ay, sí, dispensad! ¡Os he soltado un buen sermón y tenéis trabajo! Y a mí me espera el señor conde. Me ha gustado mucho charlar con vos. ¡Que os vaya bien! —Y se despidió para encaminarse hacia la entrada del palacio del conde.

Joan entró en su casa, sacó una botella de vino y se bebió un buen vaso. Acababa de descubrir que su nieta era la Malaveïna, que se llamaba Aurora y que tenía una hija, Carmina, que era su bisnieta.

Con un suelo ajedrezado en blanco y negro y distribuida en dos plantas, la biblioteca del castillo guardaba cerca de veintiocho mil volúmenes de gran valor. Las estanterías de madera de ambos pisos estaban repletas de miles de libros, manuscritos medievales, pergaminos, ejecutorias de nobleza y hasta doscientos incunables. Los condes atesoraban una buena colección de ejemplares humanísticos y científicos, además de estar suscritos a las mejores revistas de la época. No faltaban clásicos de Aristóteles, Cicerón, Ovidio o Claudio Ptolomeo, de quien se exponía, en la sala de abajo, una *Cosmographia* con mapas en color a doble página impresos en el siglo xv. En la mesa de al lado había una reproducción de un giroscopio. Aquel instrumento, formado por tres objetos esféricos en forma de disco montados sobre un eje, de manera que podían girar libremente en cualquier dirección, lo había inventado Léon Foucault. Cuando hacía poco más de tres años que Rocabertí había llegado a París, asistió a la demostración que el 26 de marzo de 1851 realizó el físico sobre la rotación de la Tierra. Foucault hizo instalar un péndulo enorme colgado de la cúpula del Panteón. Mandó cubrir el suelo de mármol de aquella antigua iglesia con una plataforma de madera, sobre la cual esparció una fina capa de arena, de forma que el puntero del péndulo trazaba su camino en la arena, dejando clara la lenta rotación. Rocabertí, al igual que el resto de los asistentes, quedó fascinado por aquel experimento público que les permitió ver cómo se movía la Tierra. Y al cabo de unos años había adquirido

aquella réplica, que reposaba en un lugar distinguido de la biblioteca. Muy cerca, había desplegado un telescopio sobre un trípode.

El conde esperaba al maestro de Espolla de pie, junto a aquel instrumento óptico que utilizaba para observar los cuerpos celestes en el firmamento.

—¡Dios os bendiga, señor Rocabertí! —Antoni Balmanya entró saludando.

El conde respondió con un saludo casi imperceptible. Estaba absorto con una pieza del telescopio y el maestro se interesó por ella.

—¿Todo bien, señor?

Rocabertí estaba manipulando una parte del cañón del telescopio.

—Unos problemas de mantenimiento de los espejos metálicos que molestan a la lente y empañan la visión.

—Vaya... —dijo Balmanya haciendo chasquear la lengua.

—¿Sabéis por qué os he hecho venir? —le preguntó el conde, todavía dándole la espalda.

—Ciertamente, no, señor conde.

El maestro de Espolla no fue del todo sincero, porque le daba la impresión de que conocía el motivo, pero le dejó hablar. Rocabertí decidió que ya se ocuparía de hacer reparar el telescopio más tarde y se giró hacia el maestro. Estaba serio, callado y tenía las manos detrás de la espalda. Balmanya insistió:

—Vos diréis. ¿Es por el ingreso de Carmina en la escuela de música?

—También..., pero no es el motivo principal. La razón por la que quería hablar con vos es este libro. —Y le mostró el ejemplar que tenía en las manos, que Balmanya le había dado el día anterior.

—Aah...

Rocabertí empezó a dar vueltas por la sala mientras hablaba.

—Debo confesaros que me sorprendió que me dijerais que lo encontrasteis al lado del río. Este ejemplar no es un libro cualquiera.

—Sí, ya me di cuenta —reconoció Balmanya.

—Y como creo que sois una persona de confianza, comparto con vos esta situación que me provoca cierta inquietud.

El maestro de Espolla se sintió aliviado y halagado a la vez.

—¡Oh, gracias, señor! Estaré encantado de escuchar qué os inquieta y, en la medida de lo posible, de ayudaros a mitigarlo.

—Es un libro que, nada más publicarse, la Santa Sede hizo retirar de la circulación. El Vaticano quería asegurarse de que no pudiera caer en manos equivocadas y desatar una doctrina que la Iglesia considera contraria a sus dogmas, especialmente porque cree que tiende a promover la adoración del demonio.

—¿Es un libro herético?

—Es un libro prohibido al que solo se puede acceder previa autorización del mismo santo padre. Y con mucha cautela y secretismo se hace llegar a manos del destinatario, que debe recibirlo de manos de un emisario de la Santa Sede.

Rocabertí hizo una pausa mientras su mirada se perdía entre las estanterías repletas de libros. La biblioteca tenía una sección llamada el infierno donde se encontraban los libros prohibidos, algunos por su carácter erótico y otros por ser considerados perjudiciales para la moral cristiana.

—¿Entendéis ahora mi inquietud cuando me dijisteis que lo habíais encontrado a la orilla del río? —dijo, preocupado.

—Me hago cargo... —reconoció Balmanya, que no sabía cómo explicarle la verdad.

El conde daba vueltas, inquieto. Aquella inquietud le provocaba una fuerte excitación. La preocupación le generaba una gran

ansiedad que ni su corazón ni sus nervios podían tolerar.

—Os entiendo, pero no os preocupéis, que...

—¡Sí que me preocupo! —le interrumpió, nervioso, y enseguida le vino un ataque de tos.

—¿Estáis bien?

—Sí, sí, no es nada... Con los tiempos que corren y a pesar de mi posición, no puedo permitir, de ninguna manera, que se sepa ni que se pueda relacionar la casa de Peralada con estas cuestiones.

—Mirad, en realidad el libro no lo encontré yo...

Rocabertí levantó las cejas y frunció el ceño.

—¿Cómo?

—Sí, señor conde, os lo quería explicar porque...

—¿Me habéis querido engañar?

—No, no, al contrario. —Balmanya gesticuló con las manos para pedirle calma—. Este libro lo encontró Aurora, la madre de Carmina, que es una conocida curandera. ¿Sabéis a quién me refiero?

El conde dijo que no con la cabeza. Balmanya continuó.

—El día que hablábamos del posible ingreso de su hija, Carmina, en vuestra escuela de música, me lo confió.

—¿Y por qué lo tenía esta mujer?

—Me dijo que lo encontró cerca del río. Ella a menudo se adentra en el bosque para recoger las hierbas y flores silvestres que necesita para elaborar sus remedios, y al pasar por la orilla del agua le llamó la atención un zurrón de piel. Cuando vio lo que contenía, el sello vaticano y a quién iba dirigido, se asustó. Pero decidió no dejarlo allí y se lo llevó a casa. Le daba miedo tenerlo porque constantemente tiene que hacer frente a acusaciones de brujería y tratos con el Maligno. De hecho, un proceso lo presidisteis vos.

—Tenéis razón. Ahora que lo mencionáis, es cierto que presidí una vista contra una mujer, hará unos meses, en presencia del obispo

coadjutor de Girona. Y ordené que la pusieran en libertad porque eran unas acusaciones infundadas. Todo eran suposiciones basadas en clichés e informaciones sin contrastar que, a base de repetirlas, van calando.

—¿Ah, sí?! No tenía conocimiento de ello —admitió Balmanya—. Pues debéis saber que, si me lo confió, fue porque no osaba traéroslo ella misma. No quería que pensarais mal... Y se lo pidió a un servidor.

Rocabertí se frotó la barbilla, cavilando, y al cabo de unos minutos tomó una decisión.

—Balmanya, decidle a Aurora que traiga a su hija a la escuela y que ese día venga a verme.

El maestro sonrió satisfecho.

—No os preocupéis, que así lo haré. Muchas gracias, señor Rocabertí. —Y salió de la biblioteca y del castillo en dirección a Espolla.

Mientras tanto, el conde se acercó a la mesa donde reposaba la réplica del giroscopio, lo cogió y le dio un pequeño toque para que se pusiera en movimiento. Y mientras aquellos discos giraban sobre el eje, pensó que conocer empíricamente el funcionamiento del objeto, el hecho de que los discos al girar se mantuvieran en pie, no quería decir que se conocieran las causas del fenómeno. Era un poco la misma sensación que tenía con todo aquel caso de Aurora. Por más vueltas que le daba, no conseguía encontrarle solución. Rocabertí volvió a dejar aquel dispositivo en su sitio, girando, y se sentó en uno de los sillones de la sala de lectura. A pesar de que no le convenía para su salud, se sirvió un vaso de ratafía, aquel licor de hierbas que parecía curarle todos los males. De un tiempo a esta parte, coincidiendo con los desvelos y quebraderos de cabeza de la construcción de los jardines y con el incendio, su corazón y su

cuerpo habían empezado a resentirse. Habían aparecido síntomas que ya reconocía. Beber aquel licor y fumar lo calmaba. Y por eso, a continuación, se encendió la pipa. La cargó, dio dos caladas intensas y enseguida quedó envuelto por un velo de nubes que desprendía el olor a miel e higos secos del tabaco inglés. Pensaba en todo lo que había hablado con el señor Balmanyá. En la conexión entre el libro prohibido, el libro de satanismo y brujería, con Aurora, aquella mujer que cada vez estaba más presente en su vida.

Tres silbidos. Aquella sería la consigna.

Cuando los oyeran debían actuar. Sin embargo, por el momento se limitaron a mezclarse entre el público para pasar desapercibidos. No les costó nada, ya que los condes habían convocado a todo el pueblo y había casi doscientas personas.

El día del estreno se respiraba elegancia. Los invitados llegaban al castillo por la entrada de los jardines y Joan los saludaba desde la casa del jardinero. Algunos, los vecinos del pueblo y de los alrededores, venían a pie. Otros, como los políticos, los empresarios, las autoridades militares y eclesiásticas, en carruajes y calesas. Todos desfilaban por la plaza del Carmen, y Antoni y Tomàs los esperaban para saludarlos antes de que accedieran al teatro, situado en la planta baja del convento, en un lugar conocido como la casa del prior. Era la antigua entrada al claustro y se accedía por una puerta dovelada, señorial, condal. Nada más entrar, se veía el escenario, una especie de auditorio que ocupaba toda la planta baja de la escuela. De hecho, cada vez que se ofrecía un espectáculo, ya fuera solo para las familias de los alumnos de la escuela o para un público más selecto, como ahora, se hacía realidad el milagro. Porque las aulas se transformaban en teatro. Y el teatro había conseguido tener una estética muy parisina. El escenario estaba cerrado con un telón de espeso cortinaje. De la misma anchura que el escenario, era una tela de color burdeos con el escudo condal de Peralada bordado en el centro. Detrás se adivinaban los decorados,

que, al igual que el vestuario, estaban cuidados hasta el menor detalle. Y bajo la boca del escenario, en el centro del proscenio, entre el escenario y la orquesta, se levantaba la concha del apuntador. Allí, escondido del público, el apuntador susurraba las frases a los cantantes para que no perdieran el hilo. Y a un lado y a otro de aquella pequeña cueva, una hilera de nueve luces de escena. Había dieciocho lámparas que ardían con luz de gas, la misma energía que abastecía el alumbrado del castillo y todas sus dependencias. Y aún bajo la tarima, el espacio del foso para la orquesta, que estaba separado de la platea por unas maderas. Aquí, en la platea, era donde se sentaban los espectadores. Había dos tipos de butacas: unos bancos para el público en general y unos asientos, acolchados, con respaldo y reposabrazos, reservados para los invitados de mayor renombre. Cuando todo el mundo se hubo sentado, se dio la orden de apagar las luces. Solo se dejaron encendidas las que ardían a ras de escenario, a solo un palmo de las borlas del cortinaje.

Los condes, los cantantes y los músicos estaban nerviosos.

Y el grupo de Marçal también.

La obra elegida era muy popular. Se había representado en bastantes plazas, pero para el estreno los condes habían ido a buscar a una compañía teatral de Figueres que tenía mucha fama y era una garantía de éxito. La orquesta, en cambio, era de músicos de Peralada.

El espectáculo estaba a punto de empezar.

De manera sincronizada se produjeron tres hechos. Entre bambalinas, un operario tiró de un sistema de poleas y cuerdas para hacer subir el telón. Al mismo tiempo, se oyó el repiquetear de la batuta del director sobre el atril y la orquesta sonó, y el público vio el decorado del escenario: las murallas de Peralada. El

acompañamiento orquestal inicial dio paso a una puesta en escena más o menos teatral cuando apareció un hombre con una cesta en la mano y una espada a la cintura, que se agachó para recoger una col de unos huertos que había delante de las murallas. La introducción musical fue disminuyendo para preparar el terreno al intérprete, quien miró al público y empezó a cantar con voz de contratenor que Peralada estaba asediada. Se presentó como un pañero que tenía un taller de mercería en la villa, donde elaboraba cintas, velos, mantos, paños y otros materiales complementarios para la costura y el adorno de los vestidos, y contó que, antes del asedio, los vendía. Acto seguido, se refirió a la situación desesperada que vivía la gente del pueblo, que se había ido armando de valor para salir al huerto a buscar verduras para preparar la comida. En aquel momento, irrumpió un soldado francés montado a caballo y se paseó por el escenario. El efecto sorpresa ante la audiencia fue inmediato.

Los ayes y los uyes se oyeron por toda la platea.

El militar acomete al hombre, porque no sabe qué intenciones le han llevado a salir de la villa amurallada; el actor que lo interpreta tiene una voz de barítono que retumba por el escenario. Ambos discuten y la conversación sube de tono. La música enfatiza los sentimientos de los personajes. Y el público, absorto por la historia, lo percibe.

El jinete recibe un golpe de espada que lo hace saltar de la montura, y una vez en tierra, en un momento intensificado por la música, el pañero se quita la ropa masculina y revela su identidad. Es la Mercadera.

Los aplausos, el zapateo contra el suelo de la sala y los silbidos crecieron entre el público. Los condes sonreían satisfechos con la reacción. Cuando se serenó la acción, la música amansó la agitación

de los espectadores y casi se hizo el silencio. Y fue justo entonces. Sin que nadie se diese cuenta, desde un rincón del patio de butacas Marçal se metió dos dedos en la boca, contrajo los labios y la lengua, y se oyeron tres silbidos que rasgaron el aire. Era la señal. La indicación que sus hombres esperaban para actuar y reventar el estreno.

Todo el teatro quedó expectante. Suspendido en el tiempo. Los actores y los músicos se detuvieron. Los condes se miraron entre ellos, sospechando que algo estaba a punto de suceder. Las autoridades invitadas, empezando por el propio alcalde de Peralada, se miraban perplejas entre sí y lanzaban miradas interrogantes a los Rocabertí, en busca de una respuesta.

Y en un abrir y cerrar de ojos la tuvieron.

Una lluvia de tomates y huevos podridos, que provenían de diversos puntos de la sala, impactó contra los actores, los músicos, los decorados y el escenario; algún representante político, militar y eclesiástico también recibió su parte. El alboroto que se formó en la sala fue considerable. El tumulto, la inquietud y el desorden se extendieron por el patio de butacas.

—¿Qué es este escándalo?! ¿Qué significa esto?! —preguntaba con enorme desasosiego Antoni de Rocabertí, a quien casi le da un soponcio. Su débil salud, que hacía tiempo que le aquejaba, recibía un segundo golpe. Ahora, sin embargo, no podía desfallecer ante aquella situación que, lejos de apaciguarse, aún iba a peor.

Mateu, del grupo de Marçal, tuvo la puntería suficiente para alcanzar los candiles de gas que había al borde del escenario. Derribó un par, y con eso fue suficiente para que las llamas trepan rápidamente por el cortinaje y prendieran en parte del decorado.

—¡Fuego! ¡Fuego! —gritó el apuntador desde su concha—. ¡Evacuen la sala!

Aquel grito desató el pánico y el miedo, que en vez de paralizar al público lo azuzó, como el viento hace con las llamas, hacia las dos salidas. Las carreras se tradujeron en una huida impetuosa y descontrolada. Por suerte, el administrador de los condes, Antòniu Tomàs, había actuado con rapidez y había hecho llamar a un par de mozos, que de inmediato entraron con una manguera para apagar las llamas, que ya empezaban a consumir algunas sillas.

Joan de Can Quelic oyó el alboroto desde la casa del jardinero y salió como un poseso hacia la plaza del Carmen.

—¿Qué ha pasado?! —preguntó a un grupo de personas que salían con el espanto grabado en la cara.

—¡Fuego! ¡Se quema el teatro! —gritó un hombre.

—¿Otro incendio? —Joan recordaba el de las viñas.

—¡Han boicoteado el estreno! ¡Un grupo de incontrolados ha lanzado huevos y tomates podridos, les han dado a las luces de gas y todo ha prendido como una antorcha! —detalló el mismo individuo, que ya se iba hacia las afueras del castillo.

—Marçal... —Joan masculló el nombre de su hijo entre dientes—. ¿Por qué?

—¡Quiero que encontréis a esos malnacidos que han provocado el incendio del teatro! —dijo, enérgico, Antoni de Rocabertí, y acto seguido escupió en un pañuelo que se había sacado del bolsillo. Se miró el esputo sanguinolento y no le gustó nada, pero por el momento se concentró en el problema que tenían sobre la mesa.

—¡Id pueblo por pueblo, masía por masía! Tenemos que encontrarlos, les haremos pagar por lo que han hecho —exigió el alcalde de Peralada al alguacil y a los miembros de la Guardia Civil de los cuarteles de Peralada y Garriguella.

—La acción del teatro fue coordinada, están organizados. Y eso significa que mucho me temo que ni ha sido la primera vez ni será la última que querrán actuar —aseguró Antòniu Tomàs—. Por tanto, debemos asegurarnos de que no puedan volver a hacerlo.

—¿Un grupo organizado? ¿Y creéis que ya ha perpetrado otros actos criminales? —preguntó el alcalde.

—Señor alcalde, me jugaría una mano y parte de la otra a que el incendio de los viñedos también fue obra suya.

—Pero ¿quiénes deben ser? ¿Y por qué lo hacen? ¿Qué buscan? ¿Qué pretenden? —se preguntaba Rocabertí.

Joan de Can Quelic, que también estaba en aquel encuentro, lo sabía.

Pero no podía decir nada. O no quería.

Los remordimientos le comían por dentro mientras volvía hacia la casa del jardinero después de haber asistido a la reunión con el

conde y las autoridades.

Tenía que avisar a Marçal, porque las batidas comenzarían esa misma noche.

Xac, el perro de Mas Carbonell, en Mollet de Peralada, no había parado de ladrar durante toda la hora de la cena, y ahora continuaba igual. Sin embargo, los ladridos de aquella noche eran diferentes a los de otras veces.

Tras cenar, los niños salieron de casa y bajaron hacia el nogal para jugar al escondite.

—¡Calla, Xac, calla! —le dijo Maria gritando.

El animal la miró, soltó un sonido de resignación, bajó la cabeza y le hizo caso, porque paró de golpe.

Maria era muy persuasiva cuando quería, y con los animales tenía bastante maña. Tras aquel golpe de autoridad, los niños no se preocuparon más y se dirigieron hacia el nogal. A Quelet le tocó quedársela, porque al elegir la paja le salió la más corta. Resignado, les dio la espalda y se giró para apoyar la cabeza en el antebrazo que había colocado sobre el tronco del nogal, y se puso a contar hasta cincuenta.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco...

Mientras tanto, el resto de los niños corrieron a esconderse por los rincones del corral, por las cuadras, por el pajar...

—... nueve, diez, once...

... o detrás de algún trasto que vegetaba por la era.

—... veinte, veintiuno, veintidós, veintitrés...

Marcel·lí no osaba adentrarse en la oscuridad del bosque. Nunca se había atrevido hasta aquella noche. Pero vio que todos los

escondites en los que había pensado se los habían quitado los demás.

—... treinta y cuatro, treinta y cinco, treinta y seis, treinta y siete...
Sencillamente, habían sido más rápidos que él.

—... cuarenta y cinco, cuarenta y seis, cuarenta y siete...

Quelet estaba a punto de llegar a cincuenta y Marcel·lí todavía no había encontrado un buen escondite. Miró hacia la oscuridad, tragó saliva y, sobre todo, se tragó todos sus miedos y atravesó el umbral de la claridad. De hecho, tampoco se fue demasiado lejos. Se acurrucó en un cobertizo que había al lado del pajar donde el campesino dejaba algunas herramientas, pero, como estaba fuera del perímetro que consideraban de seguridad, le daba miedo. Sin embargo, no había tenido ninguna otra opción.

—¡¡Cincuenta!!

Quelet había terminado de contar y empezaba a buscarlos. Marcel·lí respiró aliviado, porque sabía que no lo encontraría por la sencilla razón de que no buscaría más allá del círculo de escondites habituales. Supo que Maria había sido la primera en salvarse, después de salir corriendo de su rincón burlando la vigilancia de Quelet. El siguiente en salvarse fue Andreuet, y después Lluís. La única recompensa para Quelet fue descubrir a Lluïsa y a Emili, que después tendrían que echar a suertes a quién le tocaba quedársela.

—¿Y Marcel·lí?! ¿Dónde se ha metido? —oyó que decía Lluïsa.

—No lo sé, buscadlo —le respondió riendo Quelet.

En aquel preciso momento ocurrieron dos hechos que habrían dejado sin aliento a más de uno.

Del interior del Mas Carbonell salió una pareja de la Guardia Civil que, mientras rastreaba aquellos bosques a las afueras de Peralada, había decidido detenerse a tomar un vaso de vino fresco en Mas Vilella.

—¿Qué habéis perdido, muchachos? —preguntó uno de los agentes de la Benemérita.

—Nada... Estamos jugando al escondite y nos falta un niño —dijo Lluís.

—No se preocupen, ya lo encontraremos —respondió rápidamente Lluïsa.

—Entendido, pero si necesitáis ayuda llamadnos, que os echaremos una mano —se ofrecieron sonriendo.

—¡Buenas noches! ¡Buenas noches! —se desearon unos a otros.

Marcel·lí aguantaba la respiración, pero a pesar de ello sentía un jadeo acelerado. Resultó que no era su respiración, sino la de otra persona que estaba con él en el cobertizo, escondida.

Se le paró el corazón. Cuando el otro se dio cuenta le dijo:

—No tengas miedo, no pienso hacerte ningún daño; al contrario, quiero que me ayudes. Pero, por favor, no grites ni hagas nada extraño. Te lo suplico.

Marcel·lí asintió con un movimiento de cabeza, aunque estaba seguro de que allí, en medio de la oscuridad, no podía verlo.

—De acuerdo, muchas gracias. ¿Cómo te llamas, majo?

—Marcel·lí —contestó, tan rápido que tuvo que contener el corazón, porque por poco se le sale por la boca.

Entonces comprendió los ladridos insistentes de Xac durante toda la noche. El perro había notado que había alguien merodeando cerca de la casa.

—Cuando entres en tu casa, no le digas nada a nadie. En todo caso, puedes decirles que un hombre de esta tierra, que lucha por el futuro del país, os pide que lo escondáis durante unos días en vuestra casa, ¿entendido? ¿Me ayudarás?

Marcel·lí volvió a asentir con la cabeza en aquel espacio oscuro y caliente en el que se había convertido el cobertizo de las

herramientas.

—Marcel·lí, ¿dónde estás? —Eran las voces de sus hermanos, que lo estaban buscando.

El hombre que le había pedido ayuda le susurró:

—Ve, ve, corre para que no se preocupen, ¡pero recuerda que tienes que ayudarme!

—¡Sí! —le dijo tajante, y salió del cobertizo como un poseso para volver a aparecer, blanco como la cal que extraían de las montañas.

—¿Dónde estabas? —le preguntaron—. ¡No te encontrábamos por ninguna parte!

Marcel·lí no podía hablar y se limitó a señalar el cobertizo.

—¡Hombre, en el cobertizo no vale! —se quejó Lluïsa, que estaba enfadada porque le tocaba quedársela—. Como castigo podría contar él ahora, ¿no? —propuso.

Antes de que los otros pudieran dar por buena aquella iniciativa, Marcel·lí corrió directo a casa: necesitaba hablar con sus padres.

—¿Qué dices que hay en el cobertizo? —preguntó el padre.

—¡Cálmate, Josep, por el amor de Dios! —La madre intentaba tranquilizar a su marido.

—Mañana, cuando vuelva a pasar la pareja de la Guardia Civil, los llevamos al cobertizo y que lo detengan. No quiero tener problemas con los condes de Peralada.

—Josep, por favor, no seas así —intervino la mujer—. ¿Qué nos cuesta ayudarlo y esconderlo unos días?

—¿Qué nos cuesta? Muy caro nos puede costar: las tierras, la vida. Nos pueden encarcelar, y vete a saber si nos pueden enviar al garrote vil o fusilarnos por traición.

—Josep, piensa en tu hijo. Joan corre por esos mundos de Dios haciendo contrabando con Tomàs de Can Lletanies. Que san Antonio

los guarde, pero ¿no te has parado a pensar que si él estuviera en problemas también nos gustaría que alguien lo ayudara?

El padre reflexionó un momento sobre lo que le acababa de plantear la madre.

—Sí, claro que sí, mujer. Querría que lo ayudaran si pasara por un mal trago, pero es que no es lo mismo, no lo compares...

—Ni peros ni nada... Marcel·lí, mañana cuando oscurezca vuelves al cobertizo y lo llevas abajo.

—¿Dónde lo escondo, madre?

—Eso ya te lo dirá tu padre... ¿Josep?

—Sí, eeh..., detrás de los establos de las vacas hay una pequeña despensa que le podría servir de escondite. Una vez que esté ahí, entraré a hablar con él para decirle que no se puede quedar demasiados días porque las patrullas rondarán por aquí muy a menudo y aún tendríamos un disgusto.

Cuando al día siguiente Marcel·lí fue para llevarle un cuenco de leche, el fugitivo, que era Marçal, había desaparecido.

Antoni Balmanyà acompañó a Aurora y a Carmina el primer día que la niña asistía a las clases de canto de la escuela, en el castillo de los condes de Peralada. Madre e hija estaban nerviosas por lo que suponía dar aquel paso para su educación, y por este motivo el maestro de Espolla se había ofrecido a ir con ellas hasta el castillo. Además, Balmanyà llevaba otra cosa en mente. Tenía la idea de que Aurora pudiera hablar con el conde, tal como se había comprometido tras la última visita al castillo. Rocabertí tenía ganas de aclarar la cuestión de aquel libro prohibido, pero finalmente el encuentro no se pudo realizar. El conde había sufrido una indisposición que le había obligado a cancelar todos sus planes, incluso las clases que él mismo impartía en la escuela de primeras letras.

Aurora dejó a su hija en manos del profesor de canto y, cuando ella y el señor Balmanyà se disponían a salir de los dominios del castillo, se cruzaron con el jardinero, que arrastraba una carretilla con algunas flores y un pequeño saco de tierra.

Balmanyà lo saludó.

—¡Buenos días, Joan! Mucho trabajo, ¿eh? —dijo el maestro con aquella sonrisa bondadosa.

—Es cierto, señor Balmanyà. A estos jardines hay que cuidarlos cada día —admitió deteniéndose ante la pareja—. ¡Si no lo haces así, se convierten en una selva!

—Por cierto, dejadme que os presente a esta mujer que, al igual que vos, también sabe escuchar a las plantas y a las flores. Es

Aurora, de quien os hablé el otro día.

El corazón de Joan empezó a latir con fuerza. Y mientras hacía un gesto, que la chica le devolvió con una sonrisa, sudaba y notaba que le costaba tragar saliva. Tenía a su nieta frente a frente y no sabía cómo reaccionar.

—Es Joan; vive en la casa del jardinero porque es quien cuida de todo este espacio —dijo Balmanya, abriendo los brazos para intentar abarcar todo lo que alcanzaba y rodeaba el castillo.

—Mucho gusto —dijo tímidamente Aurora, y Joan le devolvió la sonrisa.

—Nosotros ya nos íbamos. Aurora ha dejado a su hija en clases de canto y el conde la recibirá otro día.

—¿El conde?

—Sí, quiere hablar con ella... —Pero Balmanya no tuvo necesidad de inventarse nada, porque Joan intervino.

—¿De su salud?

—Eeeh... —El maestro de Espolla dudaba—. Sí, sí, de su salud. —Y miró a Aurora.

—Como me dijisteis que ella era curandera, y como el conde no se encuentra bien... he pensado que quizá...

Los tres se quedaron en silencio, y finalmente Joan se encargó de romperlo.

—Aurora, ¿quizá te gustaría ver el jardín?

—¡Buena idea! —Balmanya aplaudió la propuesta del jardinero—. ¡Aurora os puede asesorar, y en algún rincón incluso podríais plantar algunas plantas y hierbas medicinales!

La chica accedió, y, mientras Balmanya se dirigía hacia el portal de salida del castillo, Joan y Aurora enfilaban la avenida de los naranjos para adentrarse en los jardines.

El piar de los pájaros y la variedad de colores que ofrecía la naturaleza les dieron la bienvenida. Joan estaba tan nervioso que decidió hablar de las flores.

—Siempre he pensado que las flores son el lujo de los pobres.

Aurora lo miró con curiosidad ante aquella afirmación.

—¿Qué queréis decir?

—La modesta frente de una pastora puede lucir una tiara de flores de la misma manera que la puede ostentar la frente altiva de una señora de la nobleza. Las flores sirven para adornar y engalanar la realidad: son el rico manto de la naturaleza.

—Es muy bonito eso que decís. Habláis con pasión y entusiasmo. ¿De dónde os viene este amor por la naturaleza?

—Siempre he estado en contacto con la naturaleza, con la tierra. Antes hacía vino para los condes, y allí aprendí a escuchar la tierra. Es un ser vivo y, como hacemos con las personas, debemos saber prestar oído para saber qué quiere, qué nos quiere decir, qué necesita. El arte de cultivar los jardines no es diferente al de cultivar la viña. Te permite mantener un diálogo con la naturaleza y aprender de ella.

—Tenéis mucha razón. A mí me enseñaron a leer el bosque, que no deja de ser un jardín inmenso. Y así he llegado a entender y aprender la sabiduría que atesora. A hablar con sus plantas, los árboles y con toda forma de vida que crece en él. Y he podido llegar a entender su lenguaje.

—Lo sé. El señor Balmanya me explicó que sabes curar, o al menos aliviar los síntomas de ciertas enfermedades, porque conoces el poder de las plantas.

—Sí, así es. Conozco el mensaje oculto de las flores, de las plantas, de las hierbas, y eso me permite curar a las personas que lo

necesitan. Ahora no me resulta nada fácil —reconoció Aurora—. Por suerte, la naturaleza es tan sabia que se expresa de muchas formas.

—Es muy cierto eso que dices —dijo Joan—. Hay personas que utilizan el lenguaje de las flores para presumir y vanagloriarse, como los condes, y otras que creen en su poder transformador y sanador, como tú. Si no, fíjate en el conde. Estos jardines son la prueba de ello. Tan espléndidos, suntuosos y magníficos... Todo este cambio de vegetación solo persigue un objetivo.

—¿Cuál?

—Hacer creer a quien llega al palacio que los condes son extremadamente poderosos, porque cuando alguien entra por el portal, antes de llegar a la entrada principal del palacio, ha dado tal cantidad de vueltas y giros sobre sí mismo que no es consciente del ardid.

—¿Qué queréis decir?

—Los jardines tienen esta preciosa diversidad que ves, pero los condes no solo la quieren para apreciarla, conocerla o estudiarla, como hacen los alumnos del señor Balmany y de otras escuelas, sino que son conscientes de lo poderosa que es la naturaleza. Y por eso la usan para demostrar su grandeza, aparentar más de lo que son y, al mismo tiempo, ocultar ciertas debilidades y secretos.

Aurora, que hasta entonces paseaba la mirada por la inmensidad y frondosidad de los jardines, sorprendida por cada rincón por donde deambulaban, miró a Joan con suspicacia. «¿Qué quiere decir? ¿Qué insinúa?», pensó, pero no osó preguntarlo. El jardinero se dio cuenta y, mientras tomaba un atajo para conectar con el camino de vuelta al acceso principal, cambió su discurso.

—El falso brillo de la riqueza no podrá engañar ni deslumbrar al sabio que prefiere el feliz reposo que le ofrece un jardín antes que los tormentos del poder. El señor conde ha tomado conciencia de

esta realidad. —Y Joan esbozó una sonrisa nerviosa. Esperaba no haber hablado más de la cuenta. Aurora asentía con la cabeza para afirmar y corroborar lo que decía Joan.

—Estos jardines tienen una inmensa riqueza, y de toda esta vigorosa vegetación se puede extraer mucha planta, mucho fruto y mucha flor con propiedades curativas. No tengáis ninguna duda.

Joan y Aurora se despidieron delante de la casa del jardinero. Y ambos compartieron una misma sensación: que no sería la última vez que se encontrarían.

Las batidas del alguacil y la Guardia Civil dieron sus frutos gracias, sobre todo, a un delator que les había indicado dónde podían encontrar al cabecilla de los alborotadores, y Marçal fue detenido y encarcelado junto con algunos de sus compañeros. En ese momento, llegaba al castillo un pequeño destacamento formado por cinco hombres, fuertemente armados y pendientes de los movimientos del sexto, que iba atado y amordazado: era Marçal, el hijo del jardinero. Llevaba en pies y manos una cuerda tan gruesa y con tantos nudos que tenía las muñecas y los tobillos amoratados. Lo habían atado con tanta fuerza que la sangre no le circulaba por las venas, pero ni siquiera eso fue motivo suficiente para aflojarle las cuerdas. De hecho, Marçal llegó al patio del castillo inconsciente. Había vendido muy cara su piel, y tuvieron que aturdirlo con un fuerte golpe en la nuca que lo dejó sin sentido. Por tanto, él tampoco sentía aquel dolor. No quisieron arrastrarlo hasta la prisión y optaron por reanimarlo a la fuerza, propinándole un par de bofetones, dos tortazos que resonaron en las paredes del patio y que le giraron la cara. Primero hacia la izquierda, después hacia la derecha. Pero la inercia y el peso de la cabeza volvieron a dejarlo en la posición inicial, es decir, con la cara hundida en el pecho.

Marçal entreabrió solo un ojo, el izquierdo, porque el derecho lo tenía amoratado, hinchado por los puñetazos que había recibido. No entendía por qué le habían dado una paliza tan grande. Le costaba

mantener la cabeza recta. Le daba vueltas y se le iba de lado. Notó que lo agarraban por el hombro y le ayudaban a mantenerse en pie.

—¡Echadle agua! —oyó que ordenaba una voz—. ¡Que espabile!

Un balde de agua y un par de golpes más le hicieron irse al suelo, y ahora sí que reaccionó. Reptando por el suelo del patio como si fuera un gusano por el barro, se fue incorporando hasta que consiguió ponerse en pie, recto con la espalda contra el pozo seco que había en medio del patio.

—¡Desatadlo, quitadle la camisa y las alpargatas! —ordenó el alguacil—. ¡Y a las mazmorras!

Sus hombres le obedecieron y lo dejaron solo en pantalones. Tenía el cuerpo lleno de moratones, magullado por los golpes que había recibido, que eran muy evidentes en el torso y en la espalda. Después lo empujaron hacia las escaleras que bajaban hacia la prisión, y una vez en la celda le ataron las muñecas y los tobillos con unas cadenas fijadas a unas anillas que había en el suelo de la celda.

Absorto, abstraído y encerrado en sus propias preocupaciones, Antoni de Rocabertí se había despedido de su médico y ahora subía ya por inercia los escalones que conducían hacia la biblioteca. Cuando levantó la cabeza y vio a quien le esperaba en el umbral de la puerta se sorprendió.

—Buenas tardes, Joan. ¿Qué hay de nuevo?, ¿qué te trae por aquí? —preguntó, levantando las cejas al ver que le esperaba su jardinero.

A primera vista, le pareció que tenía mala cara. Estaba ojeroso, con la barba y el pelo enmarañados.

—¿Te encuentras bien?

—Me urge hablar con vos, señor conde —respondió con franqueza.

—Entremos.

El conde le hizo un gesto invitándole a pasar al interior de la biblioteca. Una vez dentro de la estancia donde solía despachar los asuntos más prosaicos, le señaló una silla para que se sentara. Joan asintió con un movimiento de cabeza en señal de agradecimiento.

—Tú dirás... ¿Qué es eso tan urgente? —preguntó Rocabertí recostándose en la butaca.

—Gracias, señor —dijo el jardinero mientras hilaba su discurso con un tono de voz más bien desvaído, inseguro, poco fluido—. Ya sabéis que han... han capturado al responsable de los últimos actos criminales, señor...

—¡Excelente! —exclamó Rocabertí—. ¡Excelente! —repitió mientras se frotaba las manos y sus labios perfilaban una sonrisa que le iluminaba la cara.

—Gracias, señor —respondió Joan, serio.

—Ya debe de estar en el calabozo del castillo... Me gustaría verlo antes de que se lo lleven a la prisión de Figueres.

—Precisamente de eso quería hablarle, señor —lo interrumpió el jardinero—. De Marçal.

—¿De quién? —Al conde se le ensombreció la expresión y lo interrogó con la mirada.

—... de mi hijo, Marçal. Él es quien estaba al frente de los altercados —le reconoció con un hilo de voz tembloroso, casi con los ojos brillantes, confiando en un gesto de buena voluntad de su señor.

—¿Cómo? —El conde no daba crédito—. ¿Tu hijo es el responsable de todas las acciones contra Peralada? ¿Y tú lo sabías, Joan?

El jardinero se mordía el labio superior, cabizbajo y asintiendo con la cabeza. Como pudo, medio articuló una respuesta:

—Yo... Quise detenerlo, pero no quiso escucharme...

Rocabertí estaba furioso, y aquel sobresalto no era lo que más le convenía a su corazón, que le latía con fuerza. Le volvieron los temblores a las manos. Respiró hondo para intentar calmarse y Joan volvió a hablar.

—Solo imploro vuestra misericordia. Apelo a vuestra caridad cristiana y a vuestra disposición a perdonar. Solo así se puede moderar el rigor de la justicia y reducir la pena.

Impertérrito, inflexible, sin ablandarse, Rocabertí alzó una mano para hacerlo callar. Se mostró frío y distante porque entendía que debía hacerlo así, hablando con una dureza que reconocía que le costaba mantener.

—No, Joan, no puede ser. Tienes que entender que, y menos en este caso, no podemos echarnos atrás ni hacer distinciones. No podemos permitirnos administrar una justicia laxa. Hay que escarmentarlo de manera dura si queremos que el pueblo lo entienda. Y antes de que se lo lleven hacia Sant Ferran, tiene que pasar por el cepo y la picota. No insistas más, te lo ruego. —Y le hizo un gesto con la mano invitándolo a abandonar la sala.

Derrotado, Joan de Can Quelic acató las órdenes de su señor. Cuando salió del palacio, cruzó el claustro y se encaminó hacia las mazmorras del castillo. No pudo evitar pensar en unas imágenes que hacía días que le atormentaban.

En épocas pasadas, había visto que el cepo, un instrumento de tortura formado por dos piezas de madera, inmovilizaba de pies y manos a los reos de la prisión del monasterio. Cuando se trataba de un castigo, más que la picota era el cepo lo que se utilizaba generalmente en la plaza del pueblo para exponer al reo, servir de

escarnio y que quien quisiera pudiera someterlo a todo tipo de vejaciones. Al pueblo no había que alentarlos; la sed de justicia que tenían aquellos hombres y mujeres era innata, les salía de las entrañas. Les faltaba tiempo para lanzarle barro, huevos podridos, fruta estropeada, verduras pasadas, excrementos tanto de animales como de humanos. Todo lo que se hacía era poco para tratar de mortificar en vida al condenado. Joan pensaba en ello mientras descendía entre las paredes húmedas y ruinosas del sótano enrejado donde yacían enterrados los sueños de libertad de su hijo Marçal, a quien le esperaba un auténtico calvario.

La mazmorra no resultaba tan deprimente como le habían descrito que eran las prisiones del castillo de Sant Ferran de Figueres, donde una mezcla de hedor a orines, vómito, humedad y podredumbre conformaba el ambiente fétido que respiraba el condenado antes de ser ejecutado. En la prisión del castillo de Peralada las condiciones no eran tan infrahumanas, aunque la humedad y el hedor a orina ofendían a cualquier nariz, incluida la de Joan, quien, tras haber resistido en un principio el mal olor, finalmente se vio obligado a cubrirse la nariz y la boca con el guante que le protegía la mano derecha. Con la izquierda se apoyó en los barrotes para poder ver a su hijo. Notó la frialdad del hierro de la reja que encarcelaba a Marçal y, aunque lo sabía de sobra, no podía evitar preguntarse cómo había podido llegar hasta allí. Le invadía la impotencia.

—Hijo, ¿me oyes? —preguntó con un hilo de voz.

Con la cara entre los barrotes, Joan insistía una y otra vez, pero el cuerpo inerte que alguien había dejado en medio de la celda, junto a un charco, no se inmutaba. Con la poca luz que había, distinguió un movimiento y sintió un ligero jadeo. «¡Respira! —pensó—. ¡No está muerto, gracias a Dios!» Marçal estaba hecho un guiñapo, acurrucado sobre sí mismo; tras haber pasado por los puños de los

hombres que obedecían las órdenes condales, era un despojo humano.

—Marçal, hijo, ¿puedes oírme? —volvió a preguntar con inquietud.

Muy lentamente, y como si la ropa le pesara, Joan percibió unos tímidos movimientos de Marçal. De entre aquel bulto de ropa húmeda, sucia de sangre y barro, apareció la cara magullada de su hijo. Con los ojos morados, la boca hinchada y un reguero de sangre que aún no se había secado manando de la comisura de los labios, Marçal levantó la cabeza y miró a su padre con el mismo gesto de dignidad y firmeza que siempre lo había caracterizado.

La imagen de su hijo hecho un eccehomo estremeció a Joan de Can Quelic, que apretaba los dientes y aferraba con fuerza y rabia, ahora con las dos manos, los barrotes de la celda como si pudiera separarlos.

—Dios mío... Dios mío, hijo, ¿qué te han hecho? —susurró, mordiéndose el labio inferior.

Marçal soltó un suspiro pesado y trató de responder:

—Ya lo ves, padre... —Le costaba articular las palabras debido a los golpes que había recibido; había perdido un par de dientes que le saltaron por la violencia de los golpes que le habían infligido sin miramientos los guardias civiles.

—No hables, hijo, ahora no. Quería que supieras que he hecho todo lo que he podido, Dios sabe que lo he intentado todo, pero el conde... —se excusó Joan, aunque no se atrevió a terminar la frase.

—Tranquilo, padre, sé que cumples órdenes; ya contaba con que te harían hablar... —consiguió decir—. Pero no pasa nada, no te preocupes... —Tomó aire y trató de arrastrarse hasta la pared para sentarse de espaldas al muro.

Ver a su hijo reptando por el suelo de la celda le dolió mucho a Joan. Más aún que la acusación velada que le acababa de hacer su

hijo, quien pensaba que su padre lo había delatado a las autoridades. A pesar de que no era verdad, Joan no quiso contradecirle. Solo quería sacarlo de allí, pero no tenía forma de hacerlo.

—Tu conde... tiene los días contados —dijo resoplando por el esfuerzo que le suponía arrastrarse para buscar una postura más cómoda.

—¿Qué quieres decir? —Aquella revelación lo puso en guardia.

—Lo que oyes, padre... —Y Marçal le dedicó una media sonrisa que sirvió para que Joan fuera testigo de que le habían dejado la cara como un mapa—. Quizá hemos fracasado... —hizo una pausa y con los labios contraídos hizo una mueca porque algo le dolía mucho. Tosió un par de veces y, cuando pasó el dolor, retomó como pudo el hilo de su discurso—, pero... pero hay alguien, padre, que terminará lo que hemos empezado...

Apoyó la cabeza contra la pared, cerró los ojos y respiró con dificultad. Estaba exhausto. Y entonces dijo un nombre que Joan situó muy lejos en el tiempo.

—Basíliu Comanegra...

—¡Marçal! Hijo, despierta, ¿me oyes? ¡Si eso que dices es cierto, puede que te salve del escarnio público! ¡¿Me entiendes?! —Y sacudía los barrotes con tanta fuerza que parecía que fuera a arrancarlos—. ¡¡Marçal!!

Pero los gritos eran en vano. Marçal había perdido el sentido y, por mucho que volviera en sí, nada podría detener lo que ya hacía mucho que se había puesto en marcha. Solo era cuestión de tiempo, justo aquello que parecía que ni Joan ni el conde de Peralada tenían.

Cuando Marçal dijo su nombre, Joan sintió que le venían todos los males.

Basíliu Comanegra.

Basíliu y él habían sido muy amigos, habían compartido penas y trabajos, pero la desgracia que se llevó a sus padres le cambió el carácter para siempre. Con los años, Comanegra había ido alimentando sus ansias de destruir a los Rocabertí por lo que él consideraba un agravio que había herido la dignidad de su familia, y que le mortificaba gravemente. Dejó de trabajar las tierras, dejó de vendimiar, se fue del pueblo y juró venganza. No le costó nada reunir a su alrededor a cientos de acólitos, porque sabía hablar y los que le escuchaban quedaban imbuidos por el resentimiento y la rabia que irradiaba.

Sin embargo, Joan de Can Quelic sabía dónde encontrarlo.

Pasado Vilajuïga y tomando el camino que subía hacia el antiguo castillo de Quermançó, en una zona de cuevas y simas, se encontraba uno de sus campamentos. Antes, no obstante, debía atravesar el bosque de Montperdut. A Joan, el bosque siempre le había infundido respeto, y más cuando oía a quienes le decían que era como entrar en otro mundo, que se regía por otras leyes más allá de las del reino animal y vegetal, y que debían conocerse. Tenía estos pensamientos mientras pasaba entre pinos y encinas cuando de repente se vio sorprendido por dos hombres armados que, saltando de los árboles, le cortaron el paso.

—¡Deteneos ahora mismo!

Joan de Can Quelic dio un brinco hacia atrás porque no se los esperaba y, levantando los brazos, gritó:

—¡No me hagáis nada! —Tragó saliva y enseguida, enérgico, les dijo—: Quiero ver a Comanegra.

—¿Quién?

—Basíliu Comanegra. Sé que estos días acampa en estas montañas —les aseguró con firmeza, aunque sin bajar los brazos.

Sin dejar de apuntarle con los pedernales, los dos hombres se miraron y constataron que aquel individuo no se arredraba y los desafiaba con un semblante circunspecto.

—Decidle que Marçal de Can Quelic quiere verle —añadió Joan en un tono sereno. El desasosiego le corroía por dentro. Debía medir sus palabras y tener cuidado con lo que hacía, con lo que decía y con cómo lo decía.

Los dos hombres armados se dijeron algo al oído e inmediatamente uno de los dos salió corriendo en dirección a la montaña. Mientras tanto, el que le había dado el alto miraba a Joan, desafiante, y continuaba apuntándole.

Aquel instante de tensión entre el que suponía que era uno de los hombres de la partida de Comanegra y Joan se rompió por el chillido agudo de un águila perdicera que sobrevolaba la zona. El pistolero levantó el arma hacia el cielo y disparó contra el ave rapaz. Por suerte, no consiguió su objetivo. Y Joan no pudo evitar echarle una bronca:

—¿Qué haces, insensato?!

El hombre lo miró con desprecio y le escupió en las alpargatas.

—¡No me gustan esos malditos pajarracos! —gruñó entre dientes, y volvió a encañonarlo mientras le ordenaba—: ¡Y brazos en alto!

Joan le obedeció. Sin darse cuenta, los había bajado mientras observaba el águila.

—¡Qué sorpresa! ¡¿Qué haces aquí?!

Un vozarrón retumbó detrás de Joan. Al girarse, vio que se le acercaba un hombre corpulento, calvo y con barba, vestido con una zamarra que le llegaba hasta la cintura, donde llevaba sujeta una hoz a un lado y una pistola al otro. Era una casaca amplia de color azul marino, de origen militar, en la que el forro, rodeando la prenda, formaba las solapas y las mangas, adornadas con unos flecos dorados. Unos pantalones bombachos del mismo color y unas botas negras marcaban el paso firme y decidido de aquel hombre hacia Joan de Can Quelic.

—¡Baja los brazos, hombre! —le dijo sonriendo mientras se acercaba más para abrazarlo.

Joan bajó los brazos, pero dio dos pasos atrás.

—¡Válgame Dios! ¿Rechazas mi abrazo? —Y le tendió la mano.

Joan se la aceptó y, después de aquel frío apretón de manos, Comanegra lo invitó a sentarse en unas piedras grandes que había al pie del camino.

—Y ahora apareces tú, después de tantos años... Yo esperaba a tu hijo. —Sacudió la cabeza en señal de sorpresa e incredulidad.

—Pues ya ves que no lo soy.

Comanegra asentía y hacía una mueca con la boca porque no entendía nada.

—La última vez que vi a tu hijo, pregunté por ti y me contestó que no habías venido porque estabas jodido..., pero veo que ahora estás bastante bien —reconoció Comanegra golpeándose las rodillas.

—No sabía en qué andaba metido mi hijo, pero, ahora que estoy al corriente y que sé que tú estás detrás, he decidido venir a verte.

—Me da la impresión de que te ha costado bien poco encontrarme...

—Alguien me dijo una vez que las ratas siempre usan la misma madriguera.

Comanegra esbozó una sonrisa.

—Siempre has sido muy socarrón, Joan. —Y echando el cuerpo hacia delante y situándose casi a un palmo le dijo—: Te lo volveré a preguntar... ¿Qué narices haces aquí?

—La Guardia Civil ha detenido a mi hijo, está en el calabozo del castillo de Peralada y espera a que se lo lleven a la prisión de Figueres. He venido a pedirte que las acciones que hace tiempo que cometéis contra los condes se acaben.

—Mira, en eso sí que te puedo complacer. —Y volvió a sonreír detrás de aquella barba negra y espesa.

Joan alzó las cejas, sorprendido. Pero Comanegra solía mostrar una sorna que ocultaba su mala intención, y por eso le dejó hablar.

—Los condes de Peralada pronto serán historia.

—¿Por qué?

—No debería decírtelo, pero ya que me has pedido que acabemos con todo esto, tienes que saber que estamos preparando un atentado contra los condes.

—¿Un atentado? ¿Contra los condes? ¿Cuándo? ¿Dónde?

—Joan, Joan... —Comanegra levantó las manos como si quisiera detenerlo—. Joan, no te esfuerces, que no te lo voy a decir. Pero, tranquilo, no te preocupes, que tardarás muy poco en verlo.

Comanegra volvió a sonreír, pero Joan vio que algo nublaba la vista de aquel malhechor, porque chasqueó la lengua.

—Si sale bien, que no lo dudo, debo confesarte que quizá no veré el Empordà libre de afrancesados.

—¿Qué quieres decir?

—Estoy enfermo, Joan. Padezco un mal que no me deja vivir y que me llevará a la tumba —admitió Comanegra.

Y, de nuevo, el chillido del águila perdicera interrumpió aquel momento.

Ambos hombres levantaron la vista hacia el cielo mientras el pistolero de Comanegra, que vigilaba la conversación desde una cierta distancia, efectuaba otro disparo.

En aquella ocasión, como el ave volaba más bajo, tuvo puntería y, tal como era su intención, la abatió. El águila cayó a pocos metros de donde tenía lugar el encuentro y el cazador salió corriendo a recoger su presa.

Comanegra, satisfecho por la puntería de su hombre, le dijo a Joan:

—¿Lo ves? Más tarde o más temprano, los pájaros grandes también caen.

Joan de Can Quelic estaba horrorizado por lo que acababa de ver, pero aquello no le distrajo de lo que tenía en mente. Antes, cuando había oído que Comanegra le confesaba que estaba enfermo, había tenido una idea. Una idea que quizá era absurda, aunque debía probarlo. Tenía más que ganar que no que perder.

—¿Te puedo ofrecer un trato?

—¿Un trato?

—Sí: un trato, un acuerdo. Creo que nos podemos entender. A cambio, sin embargo, tienes que deponer las armas, abandonar la lucha y rendirte.

—¡Estás loco si crees que me voy a entregar! ¡Moriré luchando! —Se golpeaba el pecho, orgulloso.

—¿No preferirías curarte, vivir y ver cómo prosperan estas tierras y su gente, que también es la tuya?

—¡No! No mientras haya un Rocabertí en palacio.

—Los condes que hay ahora no tuvieron nada que ver en la muerte de tus padres. Fue un accidente, una desgracia que los condes anteriores ni siquiera pudieron prever.

—Di mejor que no quisieron evitarlo. ¡Los enviaron a una muerte segura!

—¡No podían saber que pasaría lo que pasó! Y, en cualquier caso, no puedes cambiar el pasado y, sobre todo, no puedes culpar de ello a los condes actuales.

—Son de la misma sangre y tienen las mismas formas de actuar que el difunto conde.

—Lo que hacen ahora los condes de Peralada por la gente de su pueblo y los de alrededor que lo deseen es una gran obra, y una oportunidad única para las generaciones que vienen. Dan educación, formación, saber, conocimientos básicos para poder ir por la vida y progresar.

—¡Adoctrinan! ¡Eso es lo que hacen! ¡Bien que me lo corroboró tu hijo!

—¡No! ¡No, Basíliu, no! Te equivocas de medio a medio. Dan herramientas a los niños para que, el día de mañana, puedan vivir del trabajo que les guste, sea el que sea. ¡Ten en cuenta que los niños de la orquesta y la cobla llevan un huerto y saben leer y escribir! ¡Son cosas que a ti y a mí nunca nos dieron! ¡Nos pusieron una azada en las manos y, a cualquier edad, a trabajar! —recordaba de manera encendida Joan, que continuaba exponiendo las razones en las que se fundamentaba su alegato—. Su compromiso es real, Basíliu. Fíjate en otro ejemplo de su espíritu benefactor y generoso: hay un joven de Can Albreda que está en Suiza para aprender el oficio de relojero y estudia en la escuela de más renombre de Ginebra. ¡Y son los propios condes quienes costean los estudios y la estancia de tres años del joven!

Comanegra, impertérrito, no se dejaba impresionar por lo que le contaba.

—Basíliu... —Joan se dirigió a él por su nombre—. Por los viejos tiempos, prométeme que te lo pensarás. Déjame que te envíe a una persona muy especial que puede curarte, y cuando empieces a encontrarte mejor, lo verás de otra manera.

Comanegra lo miró de hito en hito, sosteniéndole la mirada durante un buen rato. Finalmente bajó los ojos y se marchó por donde había venido, bosque adentro hacia las cuevas.

No respondió a la oferta, pero tampoco la rechazó.

Y con eso, a Joan le bastó para volver a Peralada con cierto optimismo.

El doctor Bonet, el médico de Peralada, había tenido que atender una urgencia y el doctor Sala, de la Sociedad de Socorros Mutuos de Garriguella, no estaba disponible. Por eso, de las curas del prisionero de la mazmorra del castillo se encargó la Malaveïna. Cuando accedió a la celda donde estaba recluido Marçal, Aurora se estremeció. Su estado inspiraba horror y, a pesar de que le traía ungüentos y remedios para los golpes y las heridas, no sabía si podría curarlo antes de que se lo llevaran a Figueres. Marçal reaccionó al ver que la puerta de hierro se abría y entraba una mujer joven.

—¡Levántate, que vienen a curarte! —le ordenó el carcelero. Marçal obedeció y se puso a disposición de la curandera.

—Deberíais quitarle las esposas —exigió ella.

El guardián de las mazmorras frunció el ceño, sacudió la cabeza y no le hizo caso. La Malaveïna insistió:

—¿Es que no me habéis oído? Necesito que tenga las manos libres para curarle las heridas.

El vigilante refunfuñó y accedió, aunque le hizo una advertencia.

—Entendido, pero si me necesitáis, dad un grito. Estaré ahí fuera.

—Y salió de la celda para que Aurora pudiera trabajar.

Marçal y Aurora se sentaron el uno frente al otro, y la curandera fue directa al grano. Primero comenzó limpiándole las heridas, las llagas que supuraban, y después le aplicó pomadas, emplastos y aceites. Marçal aguantó estoicamente sin quejarse, mirándola con una mezcla de sentimientos: por un lado, de agradecimiento, y por otro, de curiosidad.

—Eres muy joven para tener estos conocimientos —le soltó.

Aurora sonrió. No era la primera vez que tenía que responder a las dudas que despertaba su juventud.

—¿Tienes miedo de que no lo haga bien? ¿Esperabas a una mujer vieja y arrugada? —le preguntó—. A menudo, la gente a la que trato no da crédito, porque asocian estos cuidados a mujeres mayores, a viejas hechiceras.

—Pues sí, no te voy a engañar.

—Desde muy pequeña fui instruida en el lenguaje de las flores, de las plantas y de la naturaleza en general.

—¡Qué suerte! —exclamó Marçal mientras Aurora seguía administrándole los ungüentos necesarios para que la cicatrización fuera más rápida.

—¿Y tú? ¿No eres demasiado joven también para albergar tanto odio? —le espetó la Malaveïna.

—Tienes razón... —sonrió—. Pero es que a mí ese odio me lo hicieron sentir desde muy pequeño.

—¿Y cómo puede ser eso?

—Los condes fueron los responsables de que mi familia se rompiera. Condenaron a mi hermana a abandonar estas tierras, como si fuera una proscrita.

—¿Por qué? —quiso saber Aurora.

—Porque había tenido una criatura con el hijo de los condes y no estaban dispuestos a aceptarlo. Mi hermana y su hija desaparecieron como si se las hubiera tragado la tierra, y yo los considero culpables de este crimen execrable. Por eso, desde entonces, les maldigo, y desde aquel día me prometí que haría todo lo posible por reparar aquel daño.

Aurora hacía rato que había dejado de trabajar y escuchaba atentamente el relato de Marçal, porque se sentía reflejada en la historia que contaba. Sin embargo, se concentró en darle una respuesta que le hiciera pensar.

—¿Tú crees que albergar este sentimiento de venganza y este deseo de satisfacer tu resentimiento e infligir un castigo por un agravio de hace tantos años te ha merecido la pena? Mírate. Eres un despojo humano, estás desfigurado...

—Mi dignidad y la de mi familia están intactas —replicó él con firmeza.

—¿Dignidad, dices? No te engañes... Creo que la has perdido toda. La dignidad es el respeto que se merece alguien que se lo gana con acciones honestas e íntegras.

—Mis acciones son honestas y dignas, a favor de un pueblo que no merece a estos gobernantes.

—Creo que el odio te ciega y no te deja ver la realidad. Quiero pensar que mi oficio, mi misión en esta vida, pasa también por curar esas heridas que tienes en el alma, y que alargan y alimentan el odio sin sentido.

—Eso no se cura con aceites ni ungüentos —dijo Marçal con aire de desprecio.

—Ya lo creo que sí —dijo convencida Aurora—. No subestimes el poder de la naturaleza, del bosque, para curar. Si no, ¿cómo te crees

que superé la muerte de Alba, mi madre?

Marçal se quedó sin palabras cuando oyó el nombre de su hermana. Y dentro de su cabeza una serie de piezas encajaron de golpe.

En aquel momento apareció en la puerta de hierro su padre. Cuando Joan de Can Quelic vio que la Malaveïna estaba curando a su hijo, empezó a creer que su suerte estaba cambiando.

13 de marzo de 1887

El doctor Bonet apuró un vaso de ron. Tenía las facciones desencajadas. Se secó el sudor que le perlaba la frente con un pañuelo que volvió a guardar en el bolsillo.

—Ataque de gota originado en el estómago, tisis, indicios de apoplejía, parálisis de la médula espinal y una sombra en el corazón que le fatiga de forma desmesurada —dijo en voz alta el diagnóstico al que había llegado tras visitar al paciente.

La salud de Antoni de Rocabertí siempre había sido delicada. Cuando era pequeño, sus padres, los condes, no habían escatimado ni esfuerzos ni dinero, y lo habían llevado por toda Europa a los mejores médicos para sanarle. Pero en aquella ocasión ya no había nada más que hacer.

—El organismo está agotado y las continuas preocupaciones no han hecho más que empeorar su ya de por sí precario estado de salud. No creo que pase de esta noche.

—¿No podemos hacer nada? ¿Nada de nada puede salvarle la vida? —preguntó Antòniu Tomàs, el administrador de los condes.

El doctor Bonet apretó los labios mientras negaba con la cabeza.

—Lo siento mucho.

Tomàs se quedó pensativo y apesadumbrado. Y de repente, como cuando se abre una grieta en un cielo nublado antes de la tormenta, tuvo una revelación.

—Quizá no esté todo perdido —se dijo a sí mismo el administrador.

Y salió corriendo a buscar lo que creía que podía ser el último remedio que curara al conde. Quiso encargarse él mismo. Era una cuestión de vida o muerte, y no valían intermediarios.

Dirigió sus pasos hacia aquel caserón que había a las afueras de Garriguella, en los límites de las fincas del viñedo propiedad de los condes de Peralada. No le gustaba, y nunca había confiado en aquellas artes que decían que eran curativas, pero, dada la situación en la que se encontraba, no podía elegir. Llamó a la puerta y notó un escalofrío que le recorría la espalda.

Y cuando abrieron y vio la cara de la chica, no podía creérselo.

Era idéntica al conde.

Antoni de Rocabertí tenía el sueño ligero, le despertaba el revoloteo de una mosca. Ahora, sin embargo, sintió batir el aire muy cerca de sus oídos. Era un aleteo pesado y acompasado. Después notó el aleteo junto a él, hasta que se detuvo. La siguiente sensación, muy real, fue un pinchazo en la nuca que le recordó al que había recibido Alba años atrás, cuando ambos estaban subidos a aquel roble mientras espiaban el aquelarre de brujas. Se medio incorporó, sobresaltado, llevándose una mano al lugar donde había recibido el pinchazo y vio revoloteando ante él, con las alas desplegadas, una mariposa.

Y no una cualquiera.

Tenía las alas, potentes y robustas, de color blanco amarillento, con franjas negras verticales. Las alas inferiores, abiertas, mostraban unas manchas azuladas, negras y anaranjadas, y terminaban en una especie de larga cola. La cabeza y el cuerpo eran castaños o

negruzcos, con un dibujo que recordaba a una calavera. Se le erizaron los pelos de la nuca y se le heló la sangre. Un escalofrío le recorrió la espalda. La trompa que la mayoría de las de su especie utilizaban para succionar el néctar y el polen de las flores, en su caso tenía otra utilidad: pinchaba la piel de sus víctimas para extraer la sangre que le servía de alimento. Era un singular cruce entre dos especies poderosas y peligrosas: la mariposa cebrá y la mariposa de la muerte o de la calavera. El resultado había sido aquella criatura. De vuelo nocturno, solían entrar en las casas al anochecer y esparcían sus males al sacudirse las alas. Portaban un veneno mortal y, cuando se posaban sobre la cabeza de las personas, eran un augurio de muerte. Eran aliadas de las brujas y su aparición anunciaba la llegada de una hechicera. Dicho y hecho.

El chirrido agónico de la bisagra de la puerta que daba a la estancia del conde fue toda la bienvenida que recibió Antòniu Tomàs. El administrador entró en la estancia condal acompañado de una mujer que se dedicaba al arte de la hechicería. Iba abrigada con un manto de color marrón oscuro, una especie de túnica con capucha que se retiró para hacer un tímido saludo al noble.

Cuando Antoni de Rocabertí la vio, le dio un vuelco el corazón. Al principio pensó que era fruto del problema cardíaco que padecía. Sin embargo, enseguida entendió que lo que estaba haciendo era recordar, es decir, volvía a pasar por el corazón una fisonomía, un conjunto de facciones que le evocaban a una persona que había conocido en otra época y por quien su corazón nunca había dejado de latir. Incluso le pareció que la conocía, que la había visto antes. Y, de hecho, era muy cierto.

«Desvarío», pensó. «Seguramente estos pensamientos, estas cosas desaforadas, sin sentido, son efecto de la fiebre», intentaba convencerse.

La chica metió la mano en el zurrón que llevaba colgado de un hombro, cruzándole el cuerpo hasta el lado contrario, y sacó un frasco donde llevaba aceite de sabina, que dejó en la mesita de noche del conde.

—... ¿te conozco? —susurró él con un hilo de voz, medio incorporado en su cama.

—No es la primera vez que nos vemos —contestó la mujer.

—... es que tu cara... —insistió el conde—. Esos ojos verdes con motas de oro... me resultas familiar. Como si te hubiera conocido hace muchos años. Pero es evidente que no puede ser, porque tú eres joven y yo..., yo soy un viejo enfermo. ¿Eres de Peralada?

—No exactamente —respondió enigmática—. Vivo a medio camino.

—¿A medio camino...?

—Entre Peralada y Garriguella.

—¿De Garriguella? —dijo, incrédulo, el conde.

—Sí. Mi madre era hija de los masoveros de la finca que los condes de Peralada tenían en Can Quelic, en Garriguella.

La cabeza de Antoni de Rocabertí empezaba a comprenderlo todo.

—Hace muchos años, cuando yo acababa de nacer, tuvimos que irnos de casa y nos refugiamos en el bosque. Allí una gran mujer nos acogió. —E hizo una pausa porque se le quebraba la voz.

Aquella historia le sonaba a Antoni, que negaba con la cabeza.

—Y cuando mi madre murió, crecí al lado de aquella mujer, mi única familia, porque hizo de madre y de padre para mí y me instruyó en todo lo que sé. Adquirí sus conocimientos, y ella me permitió aprender y entender el lenguaje de las flores, de las plantas y de las hierbas. Y antes de que ella dejara este mundo, me hizo heredera y custodia de su saber y de su legado para poder continuar haciendo lo que ella mejor sabía hacer: sanar, curar. Hasta el punto

de que todo el mundo me llama por el nombre con el que fue conocida ella... —E hizo una pausa.

—... y ¿cuál es ese nombre?

—Malaveïna.

Rocabertí abrió los ojos y la boca en señal de sorpresa.

—Tú eres la curandera que sigue sus pasos, los de la vieja Malaveïna. —Poco a poco, el conde recuperaba la memoria—. ¿Tú eres a la que acusaron de brujería en el proceso que celebramos en el Carmen?

Aurora asintió con la cabeza, pero Rocabertí no la recordaba porque aquel día apenas le había visto la cara. Finalmente preguntó lo que hacía rato le rondaba por la cabeza.

—¿Cómo se llamaba tu madre?

—Alba.

Al oír el nombre, Antoni de Rocabertí empezó a sollozar y, enseguida, a llorar sin consuelo. Tenía delante a su hija.

«Ahí está esa familiaridad que le encontraba», pensó, y susurró unas palabras casi solo para él:

—Todos los hombres se encuentran a sí mismos en su primer hijo. El primer hijo es el amor hecho evidencia.

Aquella chica era la prueba irrefutable, el fruto, del amor que sentía por Alba. Se encontró a sí mismo en su primer hijo, y era para estar orgulloso de ello. Aunque fuera al final de su vida. Como mínimo se iría de este mundo con una alegría inmensa y poco buscada.

Detuvo en seco esos pensamientos porque se dio cuenta de que probablemente ella no sabía que estaba ante su padre.

—¿Y tú? ¿Cómo te llamas?

—Aurora.

—Aurora. —El conde repitió lentamente cada letra de su nombre —. No me extraña nada, eres como ella, como Alba... Eres luz, como tu madre...

Rocabertí se incorporó.

—¿Te puedes acercar? —Y le señaló el trozo de cama donde quería que se sentara—. Tengo que contarte una historia.

Aurora obedeció el deseo del conde y se acercó.

—Hace muchos años, me presenté en una vendimia, pero unos cuantos chicos de un grupo de vendimiadores quisieron impedírmelo y echarme de malas maneras. Hubo una persona, sin embargo, la jefa del grupo, que no les dejó y les hizo desistir de sus intenciones. Me enamoré al instante de aquella chica. La cortejé y nos amamos en secreto. Yo era el hijo de los condes y ella, la hija de un trabajador de una de nuestras fincas.

»Cuando mis padres descubrieron nuestra relación, nos separaron. A mí me enviaron a Francia y a aquella chica la obligaron a marcharse de nuestras tierras.

—Aquella chica era mi madre y se fue de su casa con una hija recién nacida, que era yo...

Rocabertí exhaló un suspiro que le ensanchó el corazón. En sus ojos brillaban unas lágrimas que acompañaban a una sonrisa. E hizo el gesto de estirar los brazos hacia la que ahora sí sabía con certeza que era su hija.

Aurora se acercó y se abrazaron.

—Hija...

El conde cerró los ojos y el olor del cabello de la joven, mezcla de pino y romero, le provocó una reacción inmediata. El olfato era uno de los sentidos que, sin darse cuenta, más le condicionaba. Bien lo sabía, tras tantos años en contacto con las flores. Las flores tienen significados, las flores hablan, las flores, como los olores, evocan

recuerdos. Y aquel olor era tan potente y sugerente que lo empujó a buscar y encontrar en el cajón de la memoria y las emociones un episodio que, con el paso de los años, no podía creer que hubiera olvidado.

Como si se tratara de un hechizo, de un embrujo, tuvo una percepción muy real de ciertas sensaciones vividas años atrás con Alba. La veía, en realidad, veía a ambos. Corrían por el bosque y se llenaban los pulmones de su aroma, un olor que los excitaba y los tranquilizaba a partes iguales.

El olor de la naturaleza que tantas veces los había acogido.

Eran criaturas del bosque, eran jóvenes, eran felices.

Era tan fuerte lo que sentía que Rocabertí no daba crédito. Emitió un gemido y un pequeño bufido.

Aurora notó que el abrazo de Antoni languidecía, que perdía intensidad y fuerza. Se separó un instante y comprobó que los brazos le habían caído a ambos lados del cuerpo. Un cuerpo que había dejado de luchar contra la enfermedad y un corazón que había dejado de latir y que, finalmente, estaba en paz.

El rostro lo reflejaba. Una sonrisa se le había quedado dibujada en los labios.

—Papá... —susurró Aurora, que por primera y última vez se dirigía a Antoni de Rocabertí de esa manera.

Y la mariposa cebrá se posó sobre el cabecero de la cama.

Notas

1

[1](#). Término catalán que significa 'mala vecina'.

Malavecina
Martí Gironell

La traducción de esta obra ha contado con una ayuda del Institut Ramon Llull.



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45). Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración de la cubierta: José Luís Paniagua
Imagen de la cubierta: © Josep Maria Cañellas (Àlbums Rubaudonadeu) / Arxiu Nacional de Catalunya

Título original: *Malaveïna*

© Martí Gironell, 2026
Publicado de acuerdo con Pontas Literary & Film Agency

© por la traducción del catalán, Rosa María Prats de la Iglesia, 2026

© Columna edicions, Llibres i Comunicació, S.A.U.
© Editorial Planeta, S. A., 2026
Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662664,
08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com
www.edestino.es

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2026

ISBN: 978-84-233-7064-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Table of Contents

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Nota del autor

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

Notas

Créditos